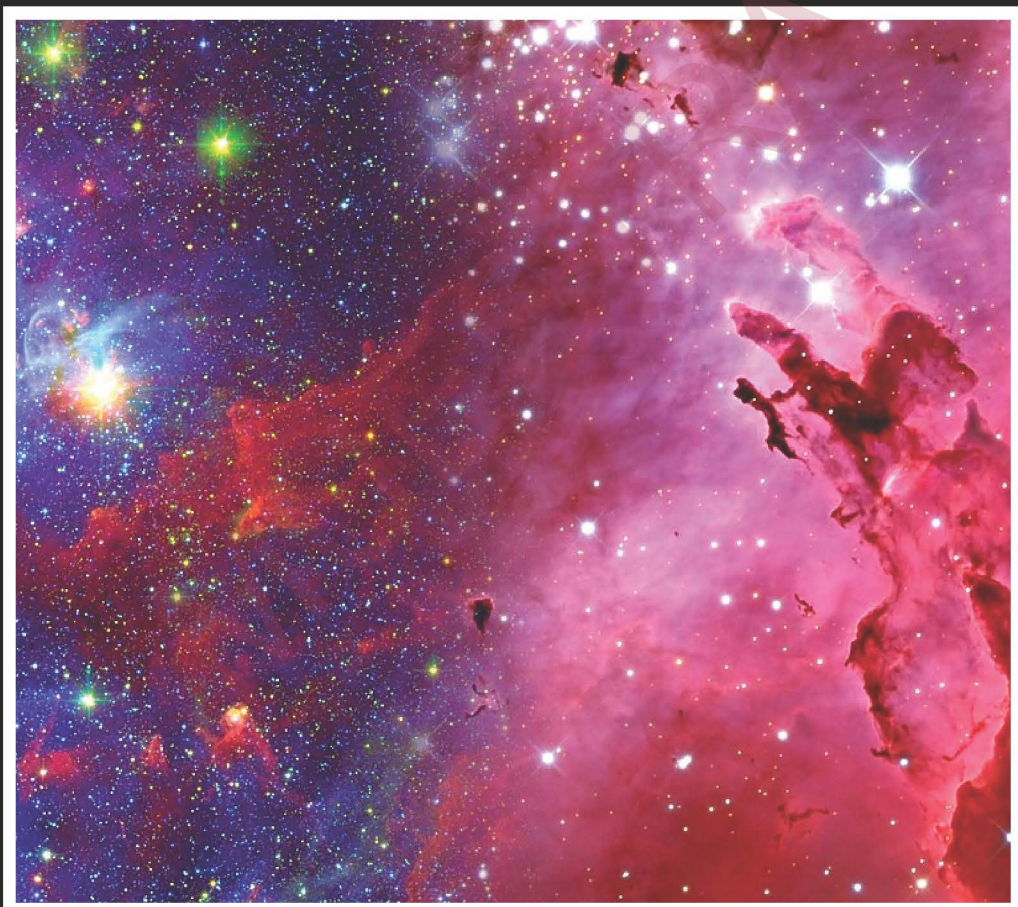


CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN 04

Hacedor de Estrellas

OLAF STAPLEDON

CIENCIA FICCIÓN DE 1937



Prologado por Fred Azeredo

Ilustrado por Kevin Hess
(«Star Maker The Visual Edition»)

Traducido y comentado por Rubene Guirauta

EDICIONES

el

cilindro

HACEDOR DE ESTRELLAS

Olaf Stapledon

Ciencia ficción de 1937

CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN 04

Prologado por Fred Azeredo

Ilustrado por Kevin Hess («Star Maker: The Visual Edition»)

Traducido y anotado por Rubene Guirauta

EDICIONES

el

cilindro

www.elcilindro.com

Título: Hacedor de Estrellas

Título original: *Star Maker*

Primera edición en inglés: 1937

Primera edición en español: febrero de 2024

Colección: Clásicos de la ciencia ficción 04

Prólogo: *Reconsidering Star Maker*, de Fred Azedero ©

Ilustraciones: cedidas en exclusiva para esta edición de *Star Maker: The Visual Edition*, de Kevin Hess ©

Traducción y notas: Rubene Guirauta ©

Imagen de portada: Fragmento de *Sin título*, de spirit111

© Ediciones El Cilindro

Todos los derechos reservados sobre textos, traducción, prólogo, ilustraciones y cubierta

Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su transmisión o almacenamiento por ningún medio, sin permiso previo de los titulares de los derechos de autor. Una traducción literaria es una obra derivada y goza de los derechos de autor que otorga la Ley de Propiedad Intelectual.

EDICIONES



www.elcilindro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO. RECONSIDERANDO <i>HACEDOR DE ESTRELLAS</i>	5
PREFACIO (DEL AUTOR)	9
CAPÍTULO I. LA TIERRA	13
1. El punto de partida.....	13
2. La Tierra entre las estrellas	16
CAPÍTULO II. VIAJE INTERESTELAR.....	21
CAPÍTULO III. LA OTRA TIERRA	33
1. En la Otra Tierra	33
2. Un mundo ajetreado	38
3. Perspectivas de la especie	51
CAPÍTULO IV. VUELVO A VIAJAR.....	63
CAPÍTULO V. INNUMERABLES MUNDOS.....	73
1. La diversidad de los mundos.....	73
2. Humanidades extrañas.....	79
3. Nautiloides	87
CAPÍTULO VI. INDICIOS DEL HACEDOR DE ESTRELLAS ..	93
CAPÍTULO VII. MÁS MUNDOS	101
1. Una especie simbólica	101
2. Seres compuestos.....	110
3. Hombres-Planta y otros	118
CAPÍTULO VIII. SOBRE LOS EXPLORADORES.....	131
CAPÍTULO IX. LA COMUNIDAD DE LOS MUNDOS	137
1. Ajetreadas utopías	137
2. Luchas mundanas	144
3. Una crisis en la historia galáctica	155
4. Éxito en una subgalaxia.....	158
5. La tragedia de los pervertidos	163
6. Una utopía galáctica.....	166

CAPÍTULO X. UNA VISTA DE LA GALAXIA.....	171
CAPÍTULO XI. LAS ESTRELLAS Y SUS ALIMANÑAS.....	181
1. Las muchas galaxias	181
2. Desastre en nuestra galaxia	182
3. Estrellas.....	188
4. Simbiosis galáctica.....	197
CAPÍTULO XII. UN ESPÍRITU CÓSMICO INCOMPLETO ...	203
CAPÍTULO XIII. EL PRINCIPIO Y EL FIN	207
1. De vuelta a las nebulosas	207
2. El Momento Supremo se acerca.....	211
3. El Momento Supremo y después.....	216
CAPÍTULO XIV. EL MITO DE LA CREACIÓN	225
CAPÍTULO XV. EL HACEDOR Y SUS OBRAS	229
1. Creaciones inmaduras	229
2. Creación madura	238
3. El cosmos definitivo y el espíritu eterno	244
CAPÍTULO XVI. EPÍLOGO: DE VUELTA A LA TIERRA.....	249
ESCALA TEMPORAL 1	255
ESCALA TEMPORAL 2	256
ESCALA TEMPORAL 3	257
ILUSTRACIONES DE <i>STAR MAKER THE VISUAL EDITION</i>	259
SOBRE LA EDICIÓN DE MINOTAURO Y ÉSTA	263

PRÓLOGO. RECONSIDERANDO *HACEDOR DE ESTRELLAS*

por Fred Azeredo

EL CANON LITERARIO DE LA EDAD DE ORO DE LA CIENCIA FICCIÓN SE FIJÓ hace tiempo; sus mayores figuras son tan conocidas que incluso a los no iniciados les suenan sus nombres: Verne, Wells, Asimov, Bradbury. Hasta E.E. Smith. Pero... ¿cuántos fans de la CF, aparte de los más intensos o bizarros (yo soy de ambos), conocen a Olaf Stapledon? ¿Alguno? Curioso, ¿no? Y éste fue un hombre bien conocido en su época, un hombre que escribió un libro (¡éste!) al que el propio Arthur C. Clarke se refirió como «probablemente el más poderoso trabajo de la imaginación jamás escrito». Aun así, Stapledon ha quedado como una figura oscura para la cultura popular. Su momento de mayor fama reciente ha sido la adaptación orquestal de *La última y la primera humanidad* por el fallecido compositor islandés Jóhann Jóhannsson. Pero, aparte de esto, el hombre y su obra quedan muy lejos del *mainstream*. Qué lástima. *Hacedor de estrellas* es una obra que todo fan de la CF debería leer... y voy a decirles por qué.

Tendrían razón en desconfiar de una afirmación tan general. Al final, a cada fan de la CF le gustan historias muy diferentes; hasta la definición del género varía de persona a persona. Pero *Hacedor de estrellas* no es una historia convencional. De hecho, no es ni una historia en el sentido común de la palabra. Es una fuente de ideas sin filtro, un viaje cerebral vertiginoso basado en una progresión narrativa tan universal que cualquiera que tenga el menor interés en los misterios de nuestro universo (presumo que la mayor parte de lectores de CF lo tienen) quedará fascinado, sin duda.

Me imagino que ahora querrían oír algo más específico. Esto es lo que puedo decir sin arruinar la sorpresa: el libro empieza con un hombre, aparentemente un inglés de mediados del siglo XX, como el autor, pero igualmente podría ser cualquier ser humano, mirando las estrellas en el cielo nocturno. Sin aviso, su mente es contactada por una inteligencia superior extraterrestre que lo guía en una epopeya psíquica por todo el universo. El hombre observa el ascenso y caída de varias civilizaciones planetarias, comparte su consciencia con un representante de cada una y, al cabo, se torna parte de una superconsciencia que trasciende la realidad material. Allá, al final de su trayecto, el protagonista se encuentra con el propio Hacedor de Estrellas —la versión de Dios en el universo de Stapledon, concebido

como una extensión del propio autor— y su comprensión del sentido de la existencia cambia para siempre.

Si *Hacedor de estrellas* fuese sólo un poco más filosófico, sería demasiado abstracto para ser interesante. Y, si se diluyese la imaginación grandiosa e irreprimible de la obra, la trama parecería demasiado simple. Qué bueno, entonces, que Stapledon supiera poner todos sus elementos narrativos en armonía, consiguiendo una gran obra que es casi milagrosamente entretenida. Mucha de la diversión de la lectura del libro proviene de sus aparentemente infinitas reservas de invenciones fascinantes. La mayor parte de la CF de la época se limitaba a planetas idénticos y monstruos con ojos de insecto (y no es que esto sea malo...), pero la ambición de Stapledon es claramente mayor. Su cosmos está lleno de vida de todo tipo: estrellas inteligentes, sociedades de plantas, astronaves con instintos maternos... éstas y tantas otras que ni siquiera recuerdo.

Si el objetivo de la CF es hacer que nos maravillemos —y creo que lo es— entonces *Hacedor de estrellas* debe ser considerado como uno de los mayores éxitos del género. No tiene ninguno de esos fastidios propios de la Edad de Oro —personajes planos, *technobabble* sin fin, politiquero de la época toscamente insertado en la narración—. Lo que queda son las mejores partes del género, las que nos hicieron fans desde el principio: la terrible majestad de Arrakis en las obras de Herbert, el enciclopedismo de la saga de la Fundación de Asimov, los detalles extraños del Marte de Heinlein... todo combinado en un cóctel alucinante e irresistible.

Me encanta también la forma en que el libro consigue adoptar una perspectiva verdaderamente cósmica, superando la infame tendencia que comparten casi todos los escritores humanos: el antropocentrismo. En el diverso panorama universal de Stapledon, la Tierra y sus habitantes son sólo un punto en un tapiz infinitamente mayor, ni más ni menos importante que cualquier otro. Para el Hacedor de Estrellas, a quien le importa sólo perfeccionar su arte, la historia entera de nuestro universo es solo una primera tentativa destinada a ser superada por la próxima, que será también superada... y así continuará para siempre. Al cabo del día, después de todo, el protagonista descubre que comprender la insignificancia cósmica de la humanidad tiene el efecto opuesto al que creía; no genera apatía, sino una convicción renovada. Como dice Stapledon, «la crisis humana no pierde, sino que gana significado». No debemos olvidar que este libro fue publicado en 1937, con el mundo acercándose al precipicio de una nueva guerra global. En este contexto, su mensaje era aún más esencial... aunque permanece hoy igualmente relevante.

Volvamos al texto en sí. No puedo expresar la felicidad que me causa leer una obra de CF que se marca metas tan altas y las alcanza todas, sin excepción. Otras historias del género parecen absurdamente provincianas al lado de la escala inconcebible de la historia de Stapledon. *Hacedor de estrellas* a veces parece casi mítico, como si fuese una epopeya transmitida oralmente desde el pasado remoto... o quizás desde un futuro lejano. Para el Hacedor ambos tiempos son prácticamente el mismo.

Caro lector, espero que esta corta descripción dé una idea de la grandeza, la profundidad y, ante todo, la intensidad de este libro. Si quiere un resumen de todo esto en una sola frase, ésta servirá: imagina la historia de nuestro universo a través de todo el espacio y todo el tiempo contada por, nada menos, que Dios. Si quiere más, deje de perder el tiempo y lea la novela en esta nueva traducción al español. Prometo que no la olvidará con facilidad.

Fred Azeredo

Este prólogo fue publicado originalmente a modo de ensayo, en inglés, en el webzine ImaginAtlas (<https://imaginatlas.ca>), como parte de una serie que explora las obras más subestimadas en la historia de la ciencia ficción. Fred Azeredo lo ha traducido, adaptado y cedido especialmente para esta edición. Gracias, Fred, esto nos acerca más al Hacedor de Estrellas.

PREFACIO (DEL AUTOR)

EN UN MOMENTO EN EL QUE EUROPA AFRONTA EL PELIGRO DE UNA CATÁSTROFE peor que la de 1914 un libro como éste puede ser denostado como una distracción a la desesperada y urgente defensa de la civilización contra la moderna barbarie.

Año tras año, mes tras mes, la ya difícil situación de nuestra fragmentada y precaria civilización se agrava. Más allá de nuestras fronteras el fascismo se torna más audaz y despiadado en sus incursiones, más tiránico con sus propios ciudadanos, más bárbaro en su desprecio por la independencia de criterio. Incluso en nuestro propio país tenemos razones para temer una tendencia hacia la militarización y el recorte de las libertades civiles. Además, pasan las décadas sin que demos ni un paso decidido que palíe la injusticia de nuestro orden social. Nuestro caduco sistema económico condena a millones de personas a la frustración.

En esta situación es difícil para los escritores seguir su vocación, a la vez, con valor y con juicio ecuánime. Algunos se limitan a encogerse de hombros, retirándose de la lucha central de nuestra época. Éstos, cerrando la mente a los problemas más vitales del mundo, producen inevitablemente obras no sólo no carentes de profundidad para sus coetáneos, sino también sutilmente insinceras. Porque estos escritores deben ingeniárselas, consciente o inconscientemente, para convencerse de que esta crisis en los asuntos humanos no existe, de que es menos importante que su propio trabajo o de que, en todo caso, no es asunto suyo. Pero la crisis sí existe, es de suprema importancia y nos concierne a todos. ¿Puede alguien inteligente e informado sostener lo contrario sin engañarse?

Sin embargo, simpatizo mucho con algunos de esos «intelectuales» que declaran que no tienen nada útil con lo que contribuir a la lucha y que, por lo tanto, es mejor que no se involucren. De hecho, yo soy uno de ellos. En nuestra defensa debo decir que, aunque inactivos o ineficaces como partidarios de la causa, no la ignoramos. Es más, constante y obsesivamente, reclama nuestra atención. Pero estamos convencidos, por prolongado ensayo y error, de que el servicio más útil que podemos prestar es de tipo indirecto.

El caso es diferente para algunos otros escritores. Se lanzan con valentía a la lucha, emplean su habilidad para apremiar con propaganda o incluso toman las armas por la causa. Si su capacidad es la precisa y si la particular lucha a la que sirven es en verdad parte de la gran empresa de defender la civilización (o crearla) pueden, por supuesto, hacer un trabajo

valioso. Además, pueden adquirir gran experiencia y comprensión humana, aumentando así en gran medida su capacidad literaria. Pero la misma urgencia de su servicio puede cegarles a la importancia de mantener y extender, incluso en esta época de crisis, lo que llamaría metafóricamente la «autoconciencia autocrítica de la especie humana», o el intento de ver la vida del hombre como un todo en relación con el resto de las cosas. Esto implica intentar considerar todos los ideales, teorías y asuntos humanos con el menor prejuicio humano posible. Los que están en el fragor de la lucha tienden inevitablemente a volverse, aunque sea por una causa grande y justa, partidistas. Renuncian con generosidad a parte de esa neutralidad, de ese poder de fría evaluación que es, a fin de cuentas, una de las capacidades humanas más valiosas. En su caso tal vez sea así porque una lucha desesperada lo que precisa es devoción y no desapego. Pero algunos, que también luchan de corazón, han de servir esforzándose por mantener, además de lealtad, un espíritu más desapasionado. Y tal vez el intento de mirar a nuestro turbulento mundo sobre el fondo de las estrellas pueda, después de todo, aumentar y no disminuir la importancia de la actual crisis humana. También puede reforzar nuestro amor por nuestro prójimo.

En esta creencia he intentado construir un imaginativo esbozo de la pavorosa, pero esencial, totalidad de las cosas. Sé muy bien que es un bosquejo ridículamente inadecuado y, en cierto modo, infantil, incluso cuando se mira desde la perspectiva de la experiencia humana contemporánea. En una época más tranquila y sabia podría parecer una locura. Sin embargo, a pesar de su crudeza y de su lejanía, quizá no sea del todo irrelevante.

Arriesgándome a levantar ampollas, tanto en la izquierda como en la derecha, he utilizado ocasionalmente ciertas ideas y palabras derivadas de la religión y he intentado interpretarlas en relación con las necesidades modernas. Las valiosas pero gastadas palabras «espiritual» y «adoración», que se han vuelto casi tan obscenas para la izquierda como las palabras sexuales de siempre lo son para la derecha, pretenden aquí sugerir una experiencia que la derecha tiende a pervertir y la izquierda a malinterpretar. Esta experiencia, diría yo, implica desapegarse de todos sus fines privados, sociales y raciales. No en el sentido de que lleve al hombre a rechazarlos, sino de que le haga valorarlos de una manera nueva. La «vida espiritual» parece ser, en esencia, el intento de descubrir y adoptar la actitud que se corresponde con nuestra experiencia como un todo, del mismo modo que sentimos que la admiración es apropiada hacia un ser humano ejemplar. Esta empresa puede conducirnos a una mayor lucidez y consciencia y, por lo

tanto, puede tener un gran efecto benéfico sobre el comportamiento. De hecho, si esta experiencia de suma humanización no produjera, junto con una especie de piedad hacia el destino, la decidida voluntad de servir al despertar de la humanidad, sería una mera farsa y una trampa.

Antes de concluir este prefacio debo expresar mi gratitud al profesor L. C. Martin, al señor L. H. Myers y al señor E. V. Rieu¹ por sus críticas útiles y comprensivas, a raíz de las cuales reescribí muchos capítulos. Incluso ahora dudo en asociar sus nombres a una obra tan extravagante. Juzgada como una novela, es notablemente mala. De hecho, no es una novela en absoluto.

Ciertas ideas sobre planetas artificiales fueron sugeridas por el fascinante librito del señor J. D. Bernal *The World, the Flesh, and the Devil*². Espero que no desapruete demasiado mi uso de ellas.

Debo agradecer a mi esposa tanto por su trabajo en las pruebas de imprenta como por ser ella misma.

Al final del libro he incluido unos apuntes sobre las magnitudes que pueden resultar útiles a los lectores no familiarizados con la astronomía. Algunos encontrarán divertidas esas escalas de tiempo tan esquemáticas.

O. S. Marzo de 1937³

¹ L. C. Martin fue un especialista en microscopia del Imperial College, en Londres. Leopold Hamilton Myers (1881-1944), nacido en Cambridge, fue un novelista inglés. Emile Victor Rieu (1887-1972), londinense, fue un poeta y editor inglés. Este último, de hecho, fue el mentor editorial de Olaf Stapledon.

² John Desmond Bernal (1901- 1971), fue un sociólogo y cristalógrafo irlandés. En *The World, the Flesh, and the Devil* (1929), inédito en español, que yo sepa, que se podría traducir como *El mundo, la carne y el diablo*, introduce el concepto de una esfera hueca de 16 kilómetros de diámetro que podría servir de nave para viajes interestelares (lo que se ha llamado la «esfera de Bernal»), idea que más tarde mejoró Gerard Kitchen O'Neill en lo que se conoce como «cilindro de O'Neill»

³ Aunque a primeros de 1937 la amenaza del fascismo iba cobrando fuerza en Europa, Stapledon demuestra una gran clarividencia al advertir tan claramente del creciente peligro. Para ese momento Alemania aún no había llevado a cabo sus acciones más osadas, como la unificación con Austria y la ocupación de los Sudetes y luego casi todo el resto de Checoslovaquia. Aunque para 1937 Italia sí había comenzado su expansión por África, así como Japón por Asia y el Pacífico. En su novela *Juan Raro*, aún anterior (1935), Stapledon también advierte explícitamente del riesgo de una nueva guerra mundial (particularmente en su capítulo 10)

CAPÍTULO I. LA TIERRA

1. EL PUNTO DE PARTIDA

UNA NOCHE DE PARTICULAR AMARGURA SUBÍ A LA COLINA. LOS OSCUROS brezos entorpecían mis pasos. Debajo de mí desfilaban las farolas de los suburbios. Las ventanas, con sus cortinas echadas, eran ojos cerrados que contemplaban la vida interior de los sueños. Más allá de la oscura superficie del mar palpitaba un faro. En lo alto, oscuridad. Distinguí nuestra casa, nuestro islote entre las tumultuosas y amargas corrientes del mundo. Allí, durante una década y media, nosotros dos, de carácter tan diferente, habíamos crecido uno en el otro, apoyándonos y alimentándonos mutuamente, en una intrincada simbiosis. Allí planeábamos cada día nuestros diversos afanes y hacíamos recuento de las peculiaridades y sinsabores del día. Allí se amontonaban las cartas por contestar, los calcetines por zurcir. Allí nacieron los niños, esas súbitas nuevas vidas. Allí, bajo aquel techo, nuestras dos vidas, reacias en ocasiones una a la otra, eran al mismo tiempo una sola. Una vida más grande y más consciente que cualquiera de las dos por separado.

Todo esto, sin duda, era bueno. Sin embargo, también había amargura. Y la amargura no sólo nos invadía procedente del mundo, sino que también brotaba dentro de nuestro propio círculo mágico. Y era el horror por nuestra futilidad, por nuestra propia irrealdad, y no sólo por los delirios del mundo, lo que me había llevado hasta la colina.

Siempre andábamos apresurados de una pequeña tarea perentoria a otra, pero obteníamos resultados insustanciales. ¿Acaso habíamos concebido mal toda nuestra existencia? ¿Estábamos, por así decirlo, viviendo sobre unas premisas falsas? Y, en particular, este compañerismo nuestro, este punto de apoyo aparentemente tan bien cimentado para lidiar con el mundo, ¿no sería, después de todo, nada más que un pequeño remolino de complacencia y de hábitos domésticos dando tumbos en la superficie de una gran corriente carente en su ser de profundidad y significado? ¿Acaso, en el fondo, no nos habríamos engañado a nosotros mismos? Detrás de esas ventanas, absortos en nosotros mismos, ¿vivíamos como tantos otros sólo un sueño? En un mundo enfermo hasta los más sanos están enfermos. Y nosotros dos, hilando nuestra pequeña vida casi siempre con rutinas, rara vez con claridad de conciencia, rara vez con determinación, éramos producto de un mundo enfermo.

Sin embargo, esta vida nuestra no era pura y estéril fantasía. ¿No la trenzábamos con las fibras de la realidad, que íbamos juntando con todas

las idas y venidas más allá de nuestra puerta, con todos nuestros intercambios con el suburbio, con la ciudad, con ciudades remotas y con los confines de la Tierra? ¿Y no habíamos tejido juntos la auténtica expresión de nuestra propia naturaleza? ¿Acaso nuestra vida no producía cada día hebras de actividad, más o menos firmes, que se entretrejan con la creciente maraña, con el intrincado y siempre prolífico patrón de la humanidad?

Consideré el «nosotros» con interés sereno y con una especie de divertido asombro. ¿Cómo podría describir nuestra relación, incluso a mí mismo, sin menospreciarla o insultarla con los cursis adornos del sentimentalismo? Porque nuestro delicado equilibrio entre dependencia e independencia, nuestro mutuo contacto, fríamente crítico, finamente burlón, pero amoroso, era sin duda un microcosmos de auténtica comunidad, era después de todo, en su estilo sencillo, un ejemplo real y viviente de ese elevado objetivo que el mundo persigue.

¿El mundo entero? ¿El universo entero? Ahí arriba, la oscuridad dejó ver una estrella. Un trémulo rayo de luz, proyectado quién sabe cuántos miles de años atrás, me golpeó con una visión y me atenazó el corazón. Pues en un universo como éste, ¿qué significado podía tener nuestra fortuita comunidad, frágil y evanescente?

Pero entonces me invadió irracionalmente una extraña devoción, ciertamente no hacia la estrella, una mera caldera que sólo la distancia santificaba en vano, sino hacia algo más, hacia a lo que el terrible contraste entre la estrella y nosotros significaba para el corazón. Pero, ¿el qué?, ¿qué significaba? El intelecto, mirando más allá de la estrella, no encontraba al Hacedor de Estrellas, sino sólo oscuridad. Ni Amor, ni siquiera Poder, sino sólo Nada. Y, sin embargo, sentía reverencia.

Impaciente, me sacudí esa locura y regresé de lo inescrutable a lo familiar, a lo concreto. Prescindiendo de la adoración, también del miedo y la amargura, decidí examinar más fríamente este importante «nosotros», ese hecho sorprendentemente impresionante, que para nosotros seguía siendo básico en el universo, aunque en relación con las estrellas pareciera algo tan insignificante.

Considerados incluso sin menospreciar nuestro trasfondo cósmico, después de todo, éramos insignificantes, quizá ridículos. Éramos algo común, algo trillado, socialmente aceptado. Sólo éramos una pareja casada, que se las arreglaba para vivir junta sin demasiadas tensiones. El matrimonio en nuestra época era sospechoso. Y el nuestro, con su trivial origen romántico, era doblemente sospechoso.

Nos habíamos conocido cuando ella era una muchacha. Nuestros ojos se encontraron. Ella me miró por un momento con tranquila atención. Yo incluso imaginé, románticamente, un oscuro y profundo reconocimiento en su mirada. Yo, en todo caso, reconocí en aquella mirada (o así me convenció mi yo adolescente) mi destino. ¡Sí! ¡Qué predestinada había parecido nuestra unión! Pero ahora, en retrospectiva, ¡qué accidental! Ciertamente, por supuesto, que como pareja habíamos encajado bastante bien, como dos árboles cercanos cuyos troncos se han elevado juntos como uno solo, distorsionándose mutuamente, pero en mutuo sostén. Ahora, en frío, la consideraba como un complemento útil, aunque a menudo exasperante, de mi vida personal. Éramos, en general, compañeros sensatos. Nos dábamos cierta libertad, y así podíamos sobrellevar nuestra proximidad.

Así era nuestra relación. Contado así, no parecía muy relevante para la comprensión del universo. Sin embargo, en mi corazón sabía que sí lo era. Ni siquiera las frías estrellas, ni el cosmos entero con todas sus inanes inmensidades podían convencerme de que éste, nuestro preciado átomo de comunidad, por imperfecto que fuera, por efímero que tuviera que ser, no fuera relevante.

Pero, ¿podría esta indescriptible unión nuestra tener, más allá de sí misma, algún significado real? ¿Probaba, por ejemplo, que la naturaleza esencial de todos los seres humanos era amar, en lugar de odiar y temer? ¿Era una prueba de que todos los hombres y mujeres del mundo, aunque impedidos por las circunstancias, eran en el fondo capaces de sostener una comunidad mundial unida por el amor? Además, al ser un producto del cosmos, ¿demostraría que el amor era, en cierto modo, básico para el propio cosmos? Y, por su propia excelencia intrínseca, ¿proporcionaría alguna garantía de que nosotros dos, sus frágiles protagonistas, debíamos tener en algún sentido una vida eterna? ¿Probaba, de hecho, que el amor era Dios y que Dios nos esperaba en su cielo?

No. Nuestra hogareña, amistosa, exasperante, alegre y simplona, aunque muy preciada comunidad de espíritu, no probaba ninguna de estas cosas. No probaba nada, salvo su propia imperfecta verdad. No era más que el diminuto y brillante epítome de una de las muchas existencias potenciales. Recordé los cúmulos de estrellas no visibles. Recordé el tumulto de odio, miedo y amargura que es el mundo del hombre. Recordé, también, nuestra propia discordancia, no infrecuente. Y me recordé a mí mismo que muy pronto nos desvaneceríamos como las ondas que la brisa levanta en un estanque tranquilo.

Una vez más me vino el extraño contraste entre las estrellas y nosotros. El incalculable poder del cosmos realzaba, misteriosamente, la fuerza de nuestra efímera chispa de comunidad y de los breves e inciertos proyectos humanos. Y todo esto vivificaba el cosmos.

Me senté sobre los brezos. Ahí arriba la oscuridad estaba en franca retirada. De entre las nubes, los habitantes del cielo salían de su escondite, estrella a estrella.

A cada lado se extendían más allá de la vista las colinas en sombra y el mar, que se adivinaba en la distancia. Pero el vuelo de halcón de la imaginación los seguía mientras se curvaban hacia abajo más allá del horizonte. Percibí que me encontraba sobre un pequeño grano redondo de roca y metal, envuelto en una fina capa de agua y aire, girando en la luz del Sol y en la oscuridad. Y, sobre la piel de aquel pequeño grano, enjambres de personas, generación tras generación, habían vivido en el trabajo y en la ceguera, con intermitente alegría e intermitente lucidez de espíritu. Y toda su historia, con su folklore, sus imperios, sus filosofías, sus orgullosas ciencias, sus revoluciones sociales, su creciente anhelo de comunidad, no era más que un parpadeo en un día de las vidas de las estrellas.

Ojalá se pudiera saber si entre esas huestes resplandecientes hay, aquí y allá, otros granos de roca y metal habitados por espíritus, y si la torpe búsqueda del hombre de la sabiduría y del amor es sólo una agitación única e insignificante ¡o parte de un movimiento universal!

2. LA TIERRA ENTRE LAS ESTRELLAS

Desaparecida la oscuridad, el cielo era, de horizonte a horizonte, una extensión ininterrumpida de estrellas. Dos planetas me miraban fijamente, sin titilar. Las constelaciones más prominentes afirmaban su individualidad. Los hombros y los pies cuadrangulares de Orión, su cinturón y su espada, el Carro, el zigzag de Casiopea, la intimidad de las Pléyades, todo estaba bien trazado en la oscuridad. La Vía Láctea, un vago aro de luz, cruzaba el cielo.

La imaginación completaba lo que la vista no alcanzaba. Mirando hacia abajo, me parecía ver a través de un planeta transparente, a través del brezo y la roca sólida, a través de los cementerios enterrados de especies desaparecidas, a través del flujo del basalto fundido, el núcleo de hierro de la Tierra; luego seguía, en apariencia aún hacia abajo, a través de los estratos meridionales hacia el océano y las tierras del sur, más allá de las raíces de los árboles de caucho y los pies del revés de los habitantes de las antípodas, a través de su toldo azul, perforado por el sol del día, y hacia la noche

eterna, donde el Sol y las estrellas conviven. Allí, vertiginosamente lejos debajo de mí, como peces en la profundidad de un lago, estaban las constelaciones australes. Las dos cúpulas del cielo se fundían en una esfera hueca, poblada de estrellas, negra incluso al lado del sol cegador. La joven Luna era una curva de alambre incandescente. El aro completo de la Vía Láctea rodeaba el Universo. Presa de un extraño vértigo, busqué refugio en las pequeñas ventanas brillantes de nuestra casa. Allí seguían, así como todo el suburbio y las colinas. Pero las estrellas brillaban a través de todo. Era como si todas las cosas terrestres estuvieran hechas de cristal, o de algún vidrio límpido y etéreo. El reloj de la iglesia empezó a tañer la medianoche. Débilmente, a lo lejos, dio la primera campanada.

Mi imaginación se vio ahora estimulada con una nueva y extraña percepción. Mirando de estrella en estrella, vi el cielo no ya como un techo y un suelo repujados con joyas, sino como un abismo más allá de los soles centelleantes. Si bien la mayoría de las más grandes y conocidas estrellas del cielo son nuestros vecinos cercanos, algunas muy brillantes son en realidad remotas, aunque refulgentes; mientras, algunas muy tenues nos resultan visibles sólo por hallarse muy cerca. Todo a mi alrededor el espacio intermedio estaba atestado de enjambres y ríos de estrellas. Pero incluso éstas me parecían ahora cercanas, pues la Vía Láctea se había alejado a una distancia incomparablemente mayor. A través de los intersticios de sus partes más próximas divisé un sinfín de luminosas nebulosas y, hacia el abismo, más y más poblaciones estelares.

El universo en el que el destino me había colocado no era un recinto plagado de lentejuelas, sino un vívido vórtice de corrientes estelares. ¡No! Era algo más. Atisbando entre las estrellas más exteriores vi también, como meras motas y puntos de luz, otros vórtices semejantes, galaxias dispersas en el vacío. Profundidad y más profundidad. Tan lejos que ni el ojo de la imaginación podría encontrar límites a esa cósmica galaxia de galaxias que lo abarcaba todo. El universo se me revelaba ahora como un vacío en el que flotaban tenues copos de nieve, y cada copo era un universo.

Observando el más tenue y remoto de todo este enjambre de universos me pareció, mediante una imaginación hipertelescópica, verlo como una población de soles. Y cerca de uno de esos soles había un planeta y en el lado oscuro de ese planeta una colina y en esa colina estaba yo mismo. Nuestros astrónomos nos aseguran que en esta finitud sin límites que llamamos cosmos las trayectorias de la luz no conducen al infinito, sino a su fuente. Entonces recordé que, si mi visión hubiera dependido de la luz física y no de la luz de la imaginación, los rayos que me llegaran así, «dando

la vuelta» al cosmos, me mostrarían no a mí mismo, sino unos acontecimientos pasados, anteriores a que se formara la Tierra, o tal vez incluso el Sol.

Rehuyendo una vez más esas inmensidades, volví a buscar las ventanas de nuestro hogar que, aunque traspasado por la luz de las estrellas, seguía siendo para mí más real que todas las galaxias. Pero nuestro hogar se había esfumado, junto con todo el suburbio, las colinas y el mar. El mismo suelo sobre el que había estado sentado había desaparecido. En su lugar quedaba, muy por debajo de mí, una penumbra inmaterial. Y yo mismo parecía incorpóreo, pues no podía ver ni tocar mi propia carne. Cuando traté de mover las extremidades, nada sucedió. Ya no tenía miembros. La familiar cinestesia de mi cuerpo, junto al dolor de cabeza que me molestaba desde la mañana, habían dado paso a una vaga ligereza y bienestar.

Cuando comprendí del todo el cambio que se había producido en mí me pregunté si había muerto y estaba entrando en un nuevo plano, inesperado, de existencia. Me exasperó al principio. Al poco me sentí consternado al comprender que, si en verdad había muerto, no regresaría a mi preciado y particular átomo de comunidad y la intensidad de esa angustia me sorprendió. Pero pronto me reconforté pensando que, después de todo, probablemente no estaba muerto, sino en una especie de trance del que podría despertar en cualquier momento. Resolví, por lo tanto, no alarmarme en exceso por este misterioso cambio. Observaría con interés científico todo lo que me sucediera.

Noté que la oscuridad que había reemplazado al suelo se encogía y condensaba. Las estrellas del otro lado ya no eran visibles a su través. Pronto la Tierra bajo mí fue como un enorme tablero circular, un amplio disco de oscuridad rodeado de estrellas. Al parecer, me alejaba de mi planeta natal a una velocidad increíble. El Sol, que antes había sido visible para la imaginación en la porción inferior del cielo, quedó de nuevo eclipsado físicamente por la Tierra. Aunque ya debía de hallarme a cientos de millas⁴ del suelo, no acusé la ausencia de oxígeno y de presión atmosférica. Sólo experimenté un creciente bienestar y una deliciosa efervescencia de pensamientos. El extraordinario brillo de las estrellas me emocionó. Ya fuera por la ausencia de aire que las velara, por el incremento en mi sensibilidad

⁴ He mantenido en esta traducción las unidades imperiales originalmente usadas por Stapledon. Una milla (terrestre) equivale a 1609 metros. Una milla se divide en 1760 yardas, con lo que cada yarda equivale a 91 centímetros. Una yarda se divide en tres pies, cada uno de poco más de 30 centímetros. Por último, cada pie en doce pulgadas, cada una de unos 2.5 centímetros.

o por ambas cosas, el cielo había adquirido un aspecto insólito. Todas las estrellas parecían haber aumentado su brillo. El firmamento resplandecía. Las estrellas principales parecían faros de vehículos lejanos. La Vía Láctea, que ya no se difuminaba en la oscuridad, era un río de granos de luz que me rodeaba.

A lo largo del limbo oriental del planeta, muy por debajo de mí, apareció una tenue línea de luminosidad que, a medida que me elevaba, adquiría cálidas tonalidades anaranjadas y rojas. Evidentemente, viajaba no sólo hacia arriba, sino también hacia el este, en dirección al alba. Pronto el sol emergió, devorando con su brillo la enorme media luna del amanecer. A medida que yo ascendía, tanto el Sol como el planeta fueron alejándose, mientras ese hilo de la mañana se iba ensanchando bajo la luz solar. La zona iluminada se agrandó, como en una luna visiblemente creciente, hasta iluminar la mitad del planeta. Entre las zonas de noche y día un cinturón de sombra con tonos cálidos, ancho como un subcontinente, señalaba ahora la franja del amanecer. Continué ascendiendo y moviéndome al este y vi los continentes moviéndose hacia el oeste. Hasta que estuve sobre el Pacífico a mediodía. La Tierra se me mostraba ahora como un gran orbe brillante cientos de veces mayor que la luna llena. En su centro, el reflejo del sol sobre el océano formaba una deslumbrante mancha de luz. La circunferencia que ceñía el planeta era un anillo de neblina luminosa, que se difuminaba hacia la circundante negrura del espacio. Gran parte del hemisferio norte, algo inclinado hacia mí, era una extensión de nieve y nubes. Pude distinguir parte de los contornos de Japón y China, sus marrones y verdes recortando los azules y grises del océano. Hacia el ecuador, donde el aire era más claro, el océano era oscuro. Un pequeño remolino de nubes brillantes era, tal vez, la parte superior de un tifón. Las Filipinas y Nueva Guinea se delimitaban con precisión. Australia apenas se adivinaba en el brumoso limbo meridional.

Ese espectáculo ante mí me conmovió. Y no la ansiedad, sino el asombro y la admiración, se apoderaron de mí, pues la belleza de nuestro planeta me sorprendió. Era una perla enorme, engarzada en un ébano repujado con joyas. Era nácar, era ópalo. No, era mucho más hermoso que cualquier joya. Su paleta de color era sutil, etérea. Reflejaba la delicadeza, el brillo, la complejidad y la armonía de un ser vivo. Me resultó extraño, en mi lejanía, sentir como nunca antes la presencia vital de la Tierra como la de una criatura viva sumida en un trance del que anhela vagamente despertar.

CAPÍTULO I. LA TIERRA

Observé que ni uno solo de los rasgos visibles de esta gema celeste y viviente revelaba la presencia del hombre. Ante mí se desplegaban, aunque invisibles, algunos de los núcleos de población humana más populosos. Debajo se extendían inmensas regiones industriales que con su humo ennegrecían el aire. Sin embargo, toda esta aglomeración de vida y de empresas críticas para la humanidad no dejaban huella alguna en los rasgos del planeta. Desde este elevado mirador, la Tierra no hubiera parecido diferente antes del surgimiento del hombre. Ni un ángel que nos visitara, ni un explorador de otro planeta hubiera podido adivinar que en este insulso orbe pululaban tantos animalejos, unas bestias casi angelicales que dominaban el mundo y se torturaban entre sí.

MUESTRA

CAPÍTULO II - VIAJE INTERESTELAR

MIENTRAS CONTEMPLABA MI PLANETA NATAL SEGUÍA ELEVÁNDOME EN EL ESPACIO. La Tierra se encogía visiblemente en la distancia y, mientras yo progresaba hacia el este, parecía girar debajo de mí. Sus continentes avanzaban hacia el oeste. Aparecieron sobre su extremo oriental el Atlántico y el crepúsculo, seguido pronto por la noche. En pocos minutos, me pareció, el planeta se había convertido en una inmensa media luna, brumosa y menguante, al lado de otra media luna, nítida y diminuta: su satélite.

Asombrado, reparé en que debía de estar viajando a una velocidad fantástica, imposible. Tan rápido era mi progreso que me parecía estar atravesando una constante lluvia de meteoritos. Puesto que sólo brillaban por el reflejo de la luz solar se mantenían invisibles hasta que casi llegaban a mi altura. Aparecían sólo por un instante, como rayas de luz, como una farola vista desde un tren. Choqué de frente con muchos de ellos, pero nada sentí. Una enorme masa irregular de roca, del tamaño de una casa, me aterrizó. Al ser iluminada se hinchó ante mis ojos mostrando durante una fracción de segundo una superficie de ásperos grumos. Me engulló. O, mejor dicho, deduzco que debió de engullirme, pero mi paso fue tan rápido que, apenas la había divisado, me encontraba ya dejándola atrás.

Muy pronto la Tierra fue una simple estrella. Digo «pronto», pero mi sentido del paso del tiempo se había vuelto muy confuso. Minutos y horas, incluso días, tal vez incluso semanas, eran ahora indistinguibles.

Aún trataba de hacerme una composición de lugar cuando me di cuenta de que ya había rebasado la órbita de Marte y me precipitaba hacia el Cinturón de Asteroides. Algunos de estos diminutos planetas estaban ahora tan cerca que parecían grandes estrellas moviéndose sobre el fondo de las constelaciones. Un par de ellos mostraron formas gibosas, luego de media luna, antes de perderse detrás de mí.

Ahora Júpiter, muy por delante de mí, brillaba cada vez más y cambiaba su posición entre las estrellas. El gran globo aparecía ahora como un disco. Pronto fue más grande que el menguante Sol. Sus cuatro satélites principales eran pequeñas perlas que flotaban a su lado. La superficie del planeta, por sus bandas nubosas, me pareció como hecha de tocino. Las nubes enturbiaban el borde del disco planetario. Me acerqué a él y lo sobrepasé. Debido al enorme espesor de su atmósfera la noche y el día se fundían sin límites claros. Observé aquí y allá en su hemisferio oriental, el

no iluminado, vagas zonas de luz rojiza que tal vez eran el resplandor proyectado a través de las densas nubes por erupciones volcánicas⁵.

En pocos minutos, o tal vez en años, Júpiter volvió a ser una estrella, perdiéndose luego en el esplendor del Sol, empequeñecido, pero aún ardiente. Ningún otro de los planetas exteriores se hallaba cerca de mi rumbo, pero pronto supe que debía de estar mucho más allá de los límites de la órbita de Plutón. El Sol era ahora tan sólo la más brillante de las estrellas, y proseguía desvaneciéndose detrás de mí.

Ahora sí, me llegó la angustia. Ya no se veía nada más que un firmamento estrellado. El Carro, Casiopea, Orión, las Pléyades se burlaban de mí con su familiaridad y su lejanía. El Sol no era ahora más que una más entre otras estrellas brillantes. Nada cambiaba. ¿Estaría condenado a permanecer así para siempre en el espacio, como un observador incorpóreo? ¿Habría muerto? ¿Era éste mi castigo por una vida particularmente poco aprovechada? ¿Sería ésta la condena para quienes empedernidamente permanecemos ajenos a los asuntos, pasiones y prejuicios humanos?

Con la imaginación volví a mi colina suburbana. Vi nuestra casa. La puerta se abrió. Una silueta, iluminada por la luz del vestíbulo, salió al jardín. Permaneció por un momento mirando alrededor y luego regresó a la casa. Pero todo esto estaba sólo en mi imaginación. En realidad, no había nada más que las estrellas.

Al cabo de un rato noté que el Sol y todas las estrellas cercanas a él se enrojecían. Las del polo opuesto del cielo se tornaban de un azul helado. Me vino a la mente la explicación de este extraño fenómeno. Yo seguía viajando, y viajaba tan rápido que la luz misma no era del todo indiferente a mi pasar. Las ondas luminosas detrás de mí tardaban en alcanzarme. Me llegaban, por tanto, con frecuencia menor de la habitual, y las veía, por consiguiente, rojas. Por el contrario, las ondas que salían a mi encuentro en mi vuelo vertiginoso se apretaban y acortaban, y las veía azuladas⁶.

⁵ Desde poco después de la invención del telescopio se conocían fenómenos en Júpiter como la Gran Mancha Roja. Posibles explicaciones fueron que se trataba de una montaña colosal o de una gran erupción volcánica. Hoy sabemos que no hay vulcanismo en Júpiter, compuesto básicamente por hidrógeno y helio en estado líquido, y que la Gran Mancha Roja es un anticiclón atmosférico que lleva activo varios siglos. En 1937, cuando se escribió *Hacedor de Estrellas*, ya existía, gracias a la espectrografía, casi la certeza de que Júpiter estaba compuesto por gases y de que carecía de una superficie sólida y que, por tanto, carecía también de vulcanismo.

⁶ Se refiere al efecto Doppler. Era conocido desde 1842 para ondas sonoras y desde 1848 para ondas electromagnéticas, esto último de la mano del físico francés Hippolyte Fizeau

Muy pronto los cielos presentaron un aspecto extraordinario, pues todas las estrellas situadas detrás de mí eran ahora de un rojo intenso, mientras que las situadas delante eran violetas. Detrás de mí, rubíes; delante, amatistas. Alrededor de las constelaciones de rubíes se extendía una zona de topacios, y alrededor de las de amatistas, una zona de zafiros. Junto a mi curso, a cada lado, los colores se volvían del blanco habitual en los familiares diamantes del cielo. Como viajaba casi en el plano galáctico, el arco de la Vía Láctea, blanco a ambos lados, era violeta delante de mí y rojo detrás. Llegó un punto en que las estrellas que tenía delante y detrás se oscurecieron hasta desaparecer, dejando en el cielo dos agujeros sin estrellas, cada uno de ellos rodeado por una zona de estrellas de colores. Evidentemente, seguía acelerando. La luz de las estrellas delanteras y traseras me llegaba ahora en una forma fuera del alcance de mi visión humana.

A medida que aumentaba mi velocidad las dos manchas sin estrellas, delante y detrás, cada una con su franja coloreada, crecieron invadiendo la zona intermedia de estrellas normales que se extendía a mis lados. Entre ellas detecté ahora movimiento. Por efecto de mi propio paso, las estrellas más cercanas parecían derivar sobre el fondo de estrellas más distantes. Esta deriva se aceleró, hasta que, por un instante, todo el cielo visible se llenó de estrellas en movimiento. Entonces, todo desapareció. Presumiblemente mi velocidad era tan grande en relación con cada estrella que la luz de ninguna de ellas era ya visible para mí.

Aunque ahora yo viajaba, tal vez, más rápido que la propia luz, me parecía estar flotando en el fondo de un pozo profundo y estancado. La oscuridad sin forma y la completa falta de toda sensación me aterrorizaron, si puedo llamar «terror» al pensamiento que ahora experimentaba sin ninguno de los síntomas corporales del terror, ni temblor, ni sudor, ni jadeo ni palpitación. Desamparado y lleno de pena por mí, extrañé mi hogar, anhelé ver una vez más el rostro que mejor conocía. Con el ojo de la mente podía verla ahora, sentada junto al fuego cosiendo, con un asomo de ansiedad, frunciendo sus cejas. ¿Yacería —me pregunté— mi cuerpo muerto sobre el brezo? ¿me encontrarían allí por la mañana? ¿Cómo afrontaría ella este gran cambio en su vida? Seguramente con entereza, pero también con sufrimiento.

(1819-1896), razón por la cual también se lo conoce como efecto Doppler-Fizeau. Se produce cuando la frecuencia de una onda cambia debido al movimiento relativo entre el emisor y el receptor de la onda. En el caso de la luz, el efecto Doppler se conoce también como corrimiento al rojo o al azul.



Aunque mientras me rebelaba desesperadamente contra la disolución de nuestro preciado átomo de comunidad era consciente de que algo dentro de mí, el espíritu, la esencia que hay en mí, deseaba enfáticamente no retroceder, sino perseverar en este increíble viaje. La añoranza por el familiar mundo humano ya no podría contrarrestar ni un ápice mi sed de aventura. Yo era demasiado hogareño para buscar el peligro y la incomodidad por puro gusto, pero derrotó esa reticencia la comprensión de la oportunidad que el destino me estaba dando, no sólo de explorar las profundidades del universo físico, sino de descubrir qué papel desempeñaban realmente la vida y la mente entre las estrellas. Una aguda ansiedad se apoderó ahora de mí, no por las aventuras, sino por comprender el significado del hombre, o de cualquier ser semejante al hombre, en el cosmos. Nuestro preciado hogar, esa honesta margarita primaveral junto a la aspereza de la vida moderna, me impulsaba a aceptar de buen grado mi extraño viaje. Pues, ¿no podría encontrar que todo el universo no era mero polvo y ceniza con unas pocas vidas atrofiadas aquí y allá, sino que en realidad era un mundo de flores que haría empalidecer a los eriales terrestres?

¿Realmente era el hombre, como deseaba serlo, el protagonista de la espiritualidad cósmica, al menos durante su tiempo? ¿O era sólo una de muchos millones de ramas que florecían dentro de la espiritualidad? ¿O la humanidad no tenía más importancia para el conjunto universal que las ratas para una catedral? ¿Y era el verdadero objeto del hombre el poder, la sabiduría, el amor, la adoración, o todo junto? ¿O la misma idea de objeto, de finalidad, carecía de sentido en relación con el cosmos? Esos trascendentales interrogantes eran los que me gustaría responder. También —me decía— debía aprender a discernir con más claridad y a afrontar con rigor ese algo que vislumbramos y nos mueve a la adoración.

Ahora, para mi amor propio, me parecía que no era ya un individuo aislado, ansioso de engrandecimiento personal, sino más bien un emisario de la humanidad. Mejor dicho, un órgano de exploración, una sonda proyectada por los humanos vivientes para entrar en contacto con sus semejantes en el espacio. Debía seguir adelante, costara lo que costara, aunque mi trivial vida terrenal tuviera un final prematuro y mi mujer e hijos se quedaran sin mí. Debía seguir adelante y, de algún modo, algún día, aunque fuera después de siglos de viaje interestelar, debía regresar.

Cuando recuerdo aquella fase de exaltación, ahora que efectivamente he regresado a la Tierra tras las más impresionantes aventuras, me consterna el contraste entre el tesoro espiritual que aspiraba a entregar a mis semejantes y la pobreza del tributo real. Este fracaso se debió tal vez a que,

aunque acepté el reto de la aventura, sólo lo hice con secretas reservas. El miedo y el deseo de comodidad, ahora lo reconozco, nublaron mi voluntad. Mi resolución, tan audaz, resultó después de todo frágil. El coraje a veces me falló y añoré mi planeta natal. Una y otra vez en el curso de mis viajes tuve la sensación de que, debido a mi naturaleza aprensiva y poco sofisticada, no comprendía los aspectos más relevantes de los acontecimientos.

De todo lo que experimenté en mis viajes sólo una fracción me resultó claramente inteligible, incluso en ese momento en el que, como contaré, mi capacidad natural estuvo aumentada por seres de desarrollo superior al humano. Ahora que me encuentro de nuevo en mi planeta natal y que ya no dispongo de tal ayuda no puedo evocar la mayor parte de la profunda comprensión que alcancé en el pasado. Y así, mis registros mentales, que competen a la más ambiciosa de todas las exploraciones humanas, resultan ser, después de todo, no más fiables que los galimatías de cualquier mente trastornada por el impacto de una revelación más allá de su comprensión.

Vuelvo a mi historia. No sé cuánto tiempo pasé debatiéndome, pero poco después de haber tomado mi decisión, la oscuridad absoluta quedó iluminada de nuevo por las estrellas. Aparentemente estaba en reposo, pues las estrellas eran visibles en todas direcciones y su color era el habitual.

Pero un cambio misterioso se había apoderado de mí. Pronto descubrí que, con sólo desear acercarme a una estrella podía ponerme en movimiento hacia ella, y a una velocidad muy superior a la de la luz. Esto, como yo sabía muy bien, era una imposibilidad física. Los científicos me habían asegurado que un movimiento más rápido que la velocidad de la luz carecía de sentido. Deduje que mi movimiento debía de ser de algún modo un fenómeno mental, no físico, que me permitía adoptar puntos de vista sucesivos sin medios físicos de locomoción. También me pareció evidente que la luz con la que ahora se me mostraban las estrellas no era luz física corriente, pues noté que mi nuevo y expeditivo medio de desplazamiento no tenía efecto alguno sobre los colores. Por muy rápido que me moviera, conservaban su tono de diamante, aunque fuera algo más brillante y vívido que con la visión convencional.

Apenas me sentí seguro con mi nuevo poder de locomoción empecé a utilizarlo febrilmente. Me enfraqué en un viaje de investigación astronómica y metafísica, aunque ya mi fijación por la Tierra comenzara a distorsionar mi propósito. Centré demasiado mi atención en la búsqueda de planetas y, en particular, de planetas de tipo terrestre.

Al azar, puse rumbo hacia una de las estrellas cercanas más brillantes. Avanzaba tan rápido que algunas luminarias menores y más cercanas pasaban a mi lado como meteoritos. Merodeé cerca de un gran sol, insensible a su calor. En su superficie moteada, a pesar del brillo penetrante, pude ver, con mi visión milagrosa, un grupo de enormes y oscuras manchas solares, cada una de las cuales era un pozo en el que se hubieran acomodado una docena de Tierras. Alrededor del limbo de la estrella las protuberancias de su cromosfera parecían árboles y penachos ardientes, monstruos prehistóricos despavoridos, de puntillas, sobre un globo demasiado pequeño para ellos. Más allá, la pálida corona desplegaba sus sucesivas capas hacia la oscuridad. Mientras rodeaba la estrella en un vuelo hiperbólico busqué ansiosamente planetas, pero no encontré ninguno. Busqué de nuevo, meticulosamente, virando y trasluchando, cerca y lejos. En las órbitas más amplias un objeto tan pequeño como la Tierra podría pasarme desapercibido. Nada encontré, salvo meteoros y unos pocos cometas irrelevantes. Fue de lo más decepcionante, puesto que la estrella parecía ser del mismo tipo que el Sol. En secreto, esperaba descubrir no sólo planetas, sino la propia Tierra.

Una vez más me adentré en el océano del espacio en dirección a otra estrella cercana, donde sufrí otra decepción. Y aún me acerqué a otra solitaria caldera que se reveló también carente de esas diminutas motas que albergan la vida.

Ahora corría de estrella en estrella como un perro perdido busca a su amo. Iba de aquí para allá tratando de encontrar un sol con planetas y, entre esos planetas, mi hogar. Revisé estrella tras estrella, pero impaciente, no presté atención a muchas otras, al comprobar enseguida que eran demasiado grandes, tenues y jóvenes como para ser la luminaria de la Tierra. Algunas eran indefinidas gigantes rojas, que se hubieran extendido hasta la órbita de Júpiter. Otras, más pequeñas y condensadas, brillaban como mil soles y tenían color azul. Sabía que nuestro Sol era una estrella promedio, pero ahora encontré muchas más de esas grandes jóvenes que de las enjutas y amarillentas de mediana edad. Al parecer, debía de haberme desviado hacia una región de condensación estelar tardía.

Me fijé, pero sólo para evitarlas, en grandes nubes de polvo, enormes como constelaciones, que eclipsaban las corrientes estelares. Me fijé, también, en extensiones de pálido gas incandescente, que brillaban a veces por su propia luz, a veces por la luz reflejada de las estrellas. A menudo, estos nacarados continentes nebulares se estaban segregando en su interior en una serie de vagas perlas de luz, embriones de futuras estrellas. Observé,

sin auténtico interés, muchas parejas de estrellas, y tríos y cuartetos, en los que compañeras de similar tamaño bailaban estrechamente unidas. Una vez, y sólo una, me topé con una de esas raras parejas en las que uno de sus miembros no es más grande que una simple Tierra, si bien muy brillante y masiva como una gran estrella. A lo largo y ancho de esta región de la galaxia encontré, aquí y allá, alguna estrella moribunda apagándose sombríamente. De tanto en tanto, también, las costras extinguidas de sus cadáveres. A éstas no podía verlas hasta estar encima y, aún entonces, sólo débilmente por la luz del firmamento reflejada en ellas. Nunca me acerqué mucho, pues no me interesaban en mi enloquecida añoranza de la Tierra. Me producían escalofríos al presagiar la muerte universal. Me reconfortó, con todo, comprobar que aún eran tan pocas.

No encontré planetas. Sabía muy bien que el nacimiento de los planetas se debía a la aproximación de dos o más estrellas y que tales accidentes debían de ser muy poco frecuentes⁷. Me recordé a mí mismo que las estrellas con planetas debían de ser tan raras en la galaxia como las gemas entre los granos de la arena de una playa. ¿Qué posibilidades tenía de encontrar con alguno? Empecé a desanimarme. El espantoso desierto de oscuridad y fuego estéril, el enorme vacío tan escasamente salpicado de puntos de luz, la colosal futilidad de todo el universo, me oprimían horriblemente. Y ahora, para hacerlo aún más angustiioso, mi poder de locomoción renqueaba. Sólo con un gran esfuerzo conseguía moverme entre las estrellas y, a cada momento, más y más lentamente. Pronto me encontraría suspendido en el espacio, como una mariposa en una colección. Pero solo, eternamente solo. Sí, seguramente éste sería mi infierno personal.

Me dominé. Me recordé a mí mismo que, incluso si ése fuera mi destino, no era para tanto. La Tierra seguiría muy bien sin mí. Y aunque no hubiera ningún otro mundo vivo en el cosmos, la Tierra estaba viva y podría despertar a una vida mucho más plena. Yo podría haber perdido mi

⁷ Los modelos de formación planetaria han evolucionado mucho desde 1937. En aquella época coexistían varias teorías, que se podrían agrupar, más o menos, en la «teoría de las mareas» y la «hipótesis nebular», cada una con sus partidarios y detractores. La primera, que sostiene Stapledon en esta novela y que había presentado en 1917 el astrónomo británico James Jeans (1877-1946), sugería que dos objetos masivos han de aproximarse para que por efecto de las mareas una porción de su materia sea desprendida y acabe formando planetas. Hoy (2024) está bien asentado que los planetas se forman por coalescencia en el mismo disco de acreción que forma la estrella o las estrellas del sistema, según sostenía la hipótesis opuesta, la nebular. En 1937 no se conocía ningún planeta extrasolar, por lo que era razonable apostar por su excepcionalidad. Hoy se conocen varios miles y parecen ser objetos muy abundantes.

planeta natal, pero aun así, mi amado mundo seguiría existiendo. Además, si toda mi aventura era un milagro, ¿no podría, precisamente por milagro, tropezarme con alguna otra Tierra? Me recordé que había emprendido una importante peregrinación y que yo era el emisario del hombre a las estrellas.

Recobrado el valor, recobré mi poder de locomoción. Evidentemente este poder dependía de una mentalidad vigorosa y desprendida de uno mismo. Y lo había refrenado con un estado de ánimo autocompasivo y nostálgico de la Tierra como el reciente.

Decidido a explorar una nueva región de la galaxia, donde tal vez habría más estrellas antiguas y más esperanza de hallar planetas, me encaminé a un remoto y poblado cúmulo. Por el escaso brillo de los astros individuales de esta esfera de luz vagamente moteada supuse que debía de estar muy lejos.

Seguí avanzando en la oscuridad. Como nada me distrajo de mi curso a través del océano del espacio interestelar nunca pasé lo suficientemente cerca de alguna estrella como para que se me mostrara como un disco. Las luces del cielo pasaban a lo lejos, como las luces de los barcos en alta mar. Después de un viaje en el que perdí la noción del tiempo me encontré en un inmenso desierto vacío de estrellas, una brecha entre dos corrientes estelares, una hendidura en la galaxia. La Vía Láctea me rodeaba, y en todas las direcciones se extendía el habitual polvo de estrellas, pero no había luces notables, salvo el bulbo del remoto cúmulo que era mi meta.

Este firmamento tan poco habitual me perturbaba porque aumentaba el contraste con el de mi hogar. Casi me consolaba observar, más allá de las estrellas más lejanas de nuestra galaxia, diminutas manchas que eran otras galaxias⁸, incomparablemente más distantes que los recovecos más profundos de la Vía Láctea. Así recordaba que, a pesar de todos mis viajes vertiginosos, milagrosos, aún me mantenía dentro de mi galaxia natal, todavía dentro de la misma pequeña célula del cosmos donde ella, la amiga

⁸ El conocimiento de que existen otras galaxias más allá de nuestra Vía Láctea era relativamente nuevo cuando se escribió *Hacedor de Estrellas* (1937). A primeros del siglo XX, cuando se empezó a usar la espectrografía, aparecieron las primeras sospechas de que algunas nebulosas podrían encontrarse mucho más lejos de lo que se suponía, por el corrimiento al rojo que algunas presentaban. Pero no fue hasta 1929 cuando quedó bien asentado por parte del astrónomo estadounidense Edwin Hubble (1889-1953) que muchas de las nebulosas no eran sino galaxias independientes, mediante el estudio, entre otras, la galaxia de Andrómeda y sus estrellas cefeidas. Presentó, además, pruebas sólidas que respaldaban la teoría de la expansión del universo recientemente propuesta por el matemático belga Georges Lemaître (1894-1966) en 1927.

de mi vida, vivía. Me sorprendió, por cierto, ver tantas de las galaxias foráneas a simple vista y que la más grande fuera una marca pálida y nubosa mayor que la Luna en el cielo terrestre⁹.

Mi viaje no había producido cambios en las galaxias lejanas, al revés que en el cúmulo estelar que tenía ante mí, que se había expandido a ojos vista. Poco después de haber atravesado el gran vacío que he descrito tuve delante el cúmulo mostrándose como una enorme nube de brillantes. En seguida atravesé una zona muy populosa y el cúmulo se desplegó ante mí cubriendo todo el frente de mi visión con sus arracimadas luces. Me sentí como un barco que se adentra en un puerto y se encuentra con otras naves. Así, fui dejando atrás estrella tras estrella. Cuando penetré hasta el corazón del cúmulo me encontré en una región mucho más poblada que cualquiera de las que había explorado. Por todas partes el cielo refulgía de soles, algunos mucho más brillantes que Venus en el cielo de la Tierra¹⁰. Sentí la alegría de un marinero que, tras una travesía oceánica, arriba a puerto de noche y se encuentra rodeado por las luces de una metrópoli. En esta región tan congestionada, me dije, debían de haberse producido muchos acercamientos entre estrellas y debían de haberse formado muchos sistemas planetarios. Una vez más busqué estrellas de mediana edad, de tipo solar. Todas las que había visto hasta entonces eran jóvenes gigantes, tan grandes como todo el Sistema Solar. Tras una cuidadosa inspección hallé algunas estrellas candidatas, pero ninguna tenía planetas. Encontré también muchas estrellas dobles y triples describiendo sus incalculables¹¹ órbitas y

⁹ La Luna, vista desde La Tierra, cubre 0.5°. La mayor galaxia de nuestro Cúmulo Local, Andrómeda, cubre en realidad algo más de 2°, siendo así bastante mayor a la Luna. Lo que sucede es que a simple vista sólo se puede distinguir su núcleo, como un leve borrón de luz que abarca, depende de la agudeza visual de cada cual, alrededor de 0.2°. La Gran Nube de Magallanes, una galaxia satélite de la Vía Láctea, de tamaño real muy inferior a Andrómeda pero mucho más cercana, cubre sus buenos 10° de cielo, pero es muy tenue y sólo es visible desde el hemisferio austral.

¹⁰ Venus, visible desde la Tierra en las primeras o últimas horas de la noche, alcanza la magnitud -4.4, según la posición relativa que ocupen ambos cuerpos respecto al Sol. En comparación, la estrella más brillante del firmamento, Sirio, alcanza -1.4, lo que es unas 15 veces menos brillante que Venus en su máximo.

¹¹ Probablemente Stapledon con «incalculables» se refiere al Problema de los Tres Cuerpos, profusamente estudiado por Langrange (1749-1827), Delaunay (1816-1872) y Poincaré (1854-1912), entre otros muchos. El caso es que no existe una solución analítica general para las trayectorias de tres o más cuerpos sometidos a interacción gravitatoria (como sí la existe para dos), con lo que, en cierta forma, es incalculable. Estos estudios

grandes continentes de gas, en los que se condensaban nuevas estrellas. Por fin ¡por fin! encontré un sistema planetario. Con unas expectativas casi insostenibles di vueltas entre estos mundos; pero todos eran mayores que Júpiter y todos estaban en estado líquido. De nuevo me precipité de estrella en estrella. Debí de visitar miles, pero todo fue en vano. Sintíendome solo y enfermo, hui del cúmulo. A mi espalda se fue reduciendo a una pelusa que centelleaba con gotas de rocío. Delante de mí, un tramo de oscuridad ocultaba una parte de la Vía Láctea y de las regiones vecinas, y sólo unas pocas luces cercanas se interponían entre mí y esa negrura. Los bordes irregulares de esa enorme nube de gas o polvo se revelaban por los destellos de las estrellas brillantes que le quedaban detrás. Esa visión me entristeció al pensar en las tantas noches en las que desde mi casa había contemplado cómo la luna plateaba los bordes de las nubes. Pero la nube que ahora se me interponía hubiera podido tragarse no sólo mundos enteros, no sólo innumerables sistemas planetarios, sino constelaciones completas.

Una vez más me faltó el valor. Intenté patéticamente apartarme de las inmensidades cerrando los ojos. Pero no tenía ni ojos ni párpados. Yo ya sólo era un observador incorpóreo y errante. Intenté evocar el pequeño interior de mi casa, con las cortinas corridas y la lumbre crepitando. Intenté convencerme de que todo aquel horror de oscuridad, distancia y estéril incandescencia no era más que una ensoñación en mi dormitar junto al fuego. En cualquier momento podría despertarme. Ella dejaría su labor de costura, se acercaría, me tocaría y sonreiría. Pero las estrellas siguieron teniéndome prisionero.

De nuevo, aunque las fuerzas me fallaban, reemprendí la búsqueda. Después de haber vagado de estrella en estrella durante lo que pudieron ser días, años o eones, la suerte o algún espíritu guardián me dirigió a cierta estrella parecida al Sol. Centrado en ella y mirando hacia el exterior divisé un pequeño punto de luz moviéndose contra el fondo de estrellas. Al saltar hacia él, vi otro, y otro. Había aquí, sin duda, un sistema planetario muy parecido al mío. Tan obsesionado seguía con los estándares humanos que busqué en seguida entre esos mundos el más parecido a la Tierra.

Y me pareció asombrosamente terrestre a medida que su disco crecía ante mí, o debajo de mí. Su atmósfera era evidentemente menos densa que la nuestra, pues los contornos de sus misteriosos continentes y océanos se recortaban nítidamente. Como en la Tierra, el oscuro mar lanzaba destellos de luz solar. Unas nubes blancas flotaban aquí y allá sobre los mares y

fueron muy provechosos. En particular, los trabajos de Delaunay anticiparon la «teoría del caos», que luego se convertiría en toda una rama de las matemáticas.

las tierras que, como en mi planeta, estaban moteadas de verdes y pardos. Pero incluso desde esa altura vi que los verdes eran más vivos y mucho más azulados que la vegetación terrestre. Observé también que en este planeta había menos océano que tierra y que en los centros de los grandes continentes se extendían deslumbrantes desiertos de un blanco lechoso.

MUESTRA

CAPÍTULO III - LA OTRA TIERRA

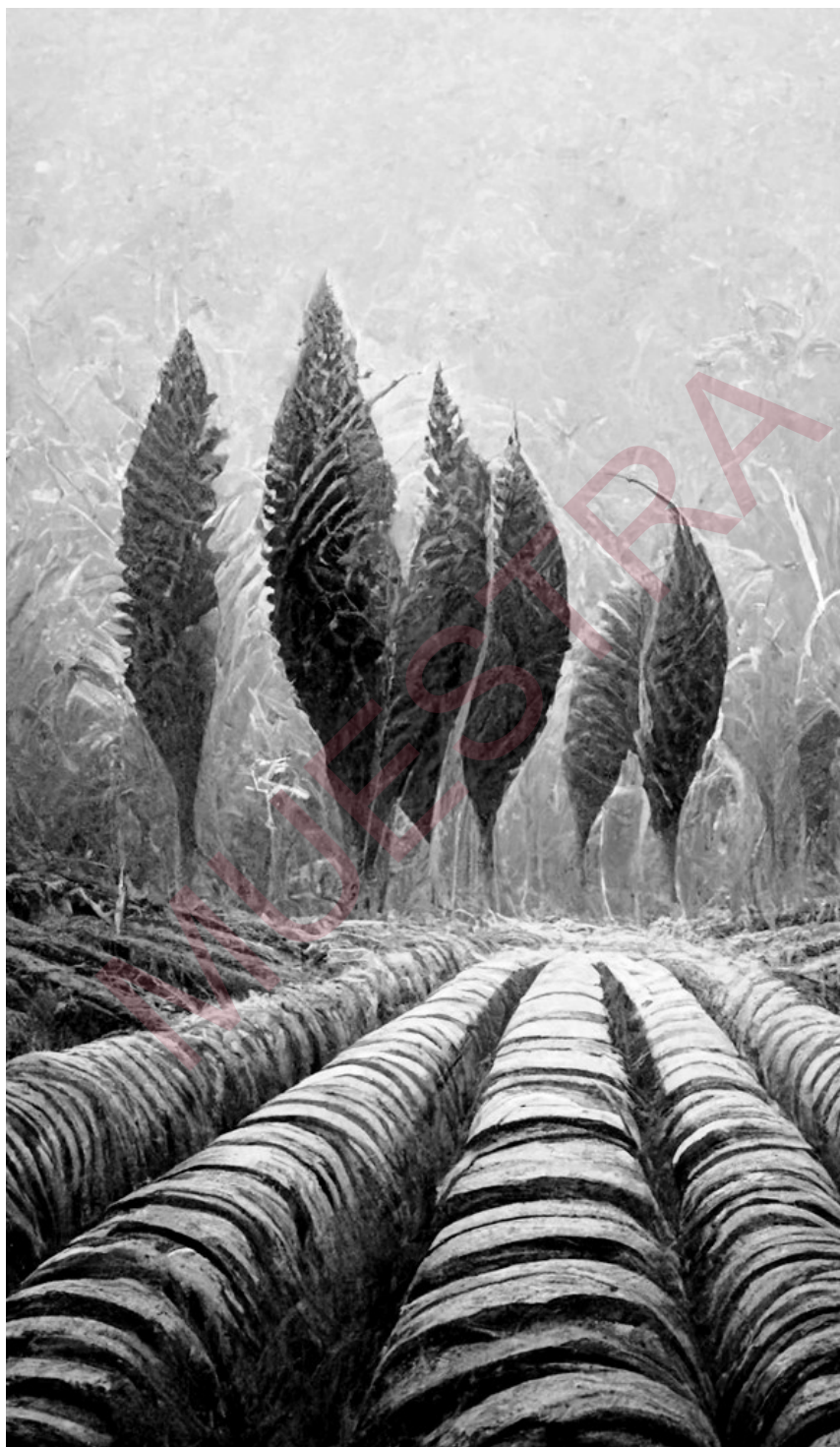
1. EN LA OTRA TIERRA

A MEDIDA QUE DESCENDÍA LENTAMENTE HACIA LA SUPERFICIE DEL PEQUEÑO planeta me encontré buscando una tierra que prometiera parecerse a Inglaterra. Pero, apenas me di cuenta de lo que estaba haciendo, tuve que recordarme que las condiciones aquí serían completamente diferentes de las terrestres y que sería muy poco probable encontrar seres inteligentes. Y que, aunque tales seres existieran, probablemente me resultarían inasequibles. Quizá fueran arañas gigantes o medusas reptantes. ¿Cómo podía esperar entrar en contacto con semejantes monstruos?

Después de deambular al azar sobre las escasas nubes y sobre los bosques, sobre las llanuras y praderas moteadas y sobre las deslumbrantes extensiones de desierto, elegí un país marítimo de la zona templada, en una península de verde brillante. Cuando hube descendido casi hasta el suelo me sorprendió el verdor del paisaje. Se trataba de una vegetación parecida a la nuestra en lo esencial, pero extraña en sus detalles. Las hojas gruesas, incluso bulbosas, me recordaban a nuestra flora del desierto, pero aquí los tallos eran delgados y fuertes, como nervios. Quizá lo más llamativo de esta vegetación era su color, de un verde azulado muy vivo, como el de los viñedos tratados con sales de cobre. Más tarde descubriría que, en efecto, las plantas de este mundo habían aprendido a protegerse con sulfato de cobre de los microbios y las plagas de insectos que habían assolado este planeta, más bien seco.

Pasé apenas rozando una brillante pradera salpicada de arbustos azul oscuro. El cielo tenía también un azul muy profundo, desconocido en la Tierra salvo a gran altitud. Había algunas nubes bajas, eran cirros¹², y asumí que su aspecto de pluma se debía a lo tenue de la atmósfera. Así lo confirmaba que, aunque mi descenso había ocurrido a mediodía de un día de verano, varias estrellas lograban verse en un cielo casi nocturno. Todas las superficies expuestas estaban intensamente iluminadas. Las sombras de los arbustos más cercanos eran casi negras. Algunos objetos lejanos, parecidos a edificios, pero probablemente meras rocas, parecían encajados entre

¹² En la Tierra las nubes se clasifican en bajas, medias, altas y de desarrollo vertical. Los cirros, junto a sus tipos (cirrostratos y cirrocúmulos) son un tipo de nubosidad alta, por encima de los 6000 metros, que no se da en capas medias ni bajas.



ébano y nieve. En conjunto, el paisaje era de una belleza sobrenatural y fantástica.

Planeé sin alas sobre la superficie del planeta, a través de claros de vegetación, por extensiones de roca fracturada, siguiendo las orillas de los arroyos. Pronto llegué a una amplia región cubierta por hileras paralelas de unas plantas parecidas a los helechos que tenían racimos de frutos en el envés de sus hojas. Era casi imposible creer que esta disposición geométrica de las plantas no hubiera sido inteligentemente planeada. ¿O se trataba de un fenómeno natural desconocido en mi planeta? Tal fue mi sorpresa que mi capacidad de locomoción, tan sujeta a las interferencias emocionales, empezó a fallarme. Me tambaleé en el aire como un borracho. Reacompañándome, avancé renqueante por encima de los cultivos hacia un objeto bastante grande que yacía a distancia de mí, junto a una franja de tierra desnuda. El objeto se reveló como un arado, para mi estupefacto asombro. Era un instrumento bastante extraño, pero no había duda de la forma de la reja, oxidada y hecha obviamente de hierro. Había dos mangos de hierro y cadenas para unirlo a una bestia de carga. Al mirar a mi alrededor vi las inconfundibles roderas de un carro y un trozo de tela sucia colgando de un arbusto. Era difícil creer que me encontrara a muchos años luz de Inglaterra. Sin embargo, en lo alto, seguía ese cielo sobrenatural, con estrellas en pleno mediodía.

Seguí las huellas del carro a través de un bosquecillo de extraños arbustos, cuyas grandes, gruesas y combadas hojas tenían en sus bordes frutos parecidos a cerezas. De pronto, tras una curva del camino, me topé con un hombre. O al menos eso le pareció a mi vista, asombrada y fatigada de mirar estrellas. No me habría sorprendido tanto el carácter extrañamente humano de aquella criatura si por entonces hubiera ya comprendido las fuerzas que guiaban mi aventura. Describiré más adelante las influencias que me abocaron a descubrir primero los mundos más afines al mío. Mientras tanto, el lector puede imaginarse mi asombro ante este extraño encuentro. Siempre había supuesto que el hombre era un ser único. Una inconcebiblemente compleja conjunción de circunstancias lo había producido y no era de suponer que tales condiciones se repitieran en ninguna parte del universo. Sin embargo, aquí, en el primer planeta de mi exploración, me encontraba con lo que, evidentemente, era un campesino. Al acercarme a él vi que no se parecía tanto al hombre terrestre como lo parecía a distancia. Pero era un hombre, a pesar de todo. Entonces, ¿había



CAPÍTULO V. INNUMERABLES MUNDOS

1. LA DIVERSIDAD DE LOS MUNDOS

EL PLANETA EN EL QUE DESCENDIMOS DESPUÉS DE NUESTRO LARGO VUELO entre las estrellas fue el primero de los muchos que visitaríamos. En algunos permanecimos, según el calendario local, sólo unas semanas, en otros varios años. Nos alojábamos juntos en la mente de algún nativo. A menudo, cuando llegaba el momento de partir, nuestro anfitrión nos acompañaba en las siguientes aventuras. A medida que pasábamos de mundo en mundo, a medida que amontonábamos experiencia sobre experiencia, como estratos geológicos, parecía que este extraño viaje por los mundos duraba muchas vidas. Aunque los pensamientos sobre nuestros propios planetas natales nos acompañaban constantemente. De hecho, en mi caso, no fue hasta que me encontré en ese exilio cuando me di cuenta plenamente de la pequeña joya de unión personal que había dejado atrás. Comprendí cada mundo, lo mejor que pude, siempre en la clave del mundo remoto donde había transcurrido mi propia vida y, sobre todo, manteniendo como referencia aquella vida en común que ella y yo habíamos construido juntos.

Antes de intentar describir, o acaso sugerir, la inmensa diversidad de mundos en los que me adentré debo decir unas palabras sobre cómo se desenvolvía la propia aventura. Tras las experiencias relatadas quedó clara la poca utilidad del método del vuelo incorpóreo. En efecto, nos proporcionaba una vívida percepción de los rasgos visibles de nuestra galaxia y a menudo lo utilizábamos para orientarnos cuando habíamos hecho algún nuevo descubrimiento por el método de la atracción psíquica. Puesto que sólo nos daba libertad en el espacio, no en el tiempo, y además los sistemas planetarios escaseaban, resultaba casi infinitamente improbable que el método del mero vuelo físico aleatorio produjera resultados. Sin embargo, la atracción psíquica, una vez la dominamos, resultó muy eficaz. Este método dependía del alcance de la imaginación de nuestras mentes. Al principio, cuando su alcance estaba estrictamente limitado por la experiencia de nuestros propios mundos sólo podíamos entrar en contacto con mundos muy parecidos al nuestro. Además, en esta etapa nuestra, como de noviciado, invariablemente nos topábamos con estos mundos cuando atravesaban la misma crisis espiritual que subyace a la difícil situación actual del *Homo sapiens*. Parecía que para penetrar en un mundo habíamos de tener una profunda semejanza o identidad con nuestros anfitriones.

A medida que pasábamos de un mundo a otro aumentaba nuestra comprensión de los principios subyacentes a nuestra aventura y nuestra capacidad para aplicarlos. Además, en cada mundo que visitábamos buscábamos un nuevo colaborador para que nos diera una visión de su mundo y ampliara el alcance de nuestra imaginación para proseguir con la exploración la galaxia. Este método de «bola de nieve» con el que crecía nuestra empresa revestía gran importancia, ya que magnificaba nuestros poderes. En las etapas finales de la exploración hicimos descubrimientos que hubieran estado infinitamente más allá del alcance de cualquier mente humana en solitario.

Al principio Bvalltu y yo nos creíamos embarcados en una aventura puramente privada. Más tarde, a medida que íbamos reuniendo colaboradores, seguíamos creyendo que nosotros mismos éramos los únicos iniciadores de la exploración cósmica. Pero al cabo de un tiempo entramos en contacto psíquico con otro grupo de exploradores cósmicos, nativos de mundos aún desconocidos para nosotros. Con estos aventureros, después de experiencias difíciles y a menudo angustiosas, unimos fuerzas formando primero una comunidad íntima y, más tarde, esa extraña unión mental que Bvalltu y yo ya habíamos experimentado juntos en nuestro primer viaje entre las estrellas.

Cuando nos encontramos con muchos más grupos como el nuestro nos dimos cuenta de que, aunque cada pequeña expedición había tenido un comienzo solitario, todas estaban destinadas a reunirse tarde o temprano, puesto que por muy ajenos que fuéramos unos de otros al principio cada grupo iría adquiriendo gradualmente tal alcance en su capacidad de imaginar que, antes o después, entraría en contacto con otros.

Con el tiempo quedó claro que nosotros, habitantes individuales de una multitud de otros mundos, desempeñábamos un papel pequeño dentro del gran movimiento mediante el cual el cosmos trataba de conocerse a sí mismo e, incluso, de ver más allá de sí mismo.

Al decir esto no pretendo, ni por un momento, afirmar que por haber participado en este vasto proceso de autodescubrimiento cósmico mi historia sea cierta en un sentido literal. De hecho, ni merece ser tomada como parte de la verdad objetiva absoluta del cosmos. Yo, el individuo humano, sólo pude participar de una forma superficial y equívoca en la experiencia sobrehumana de ese «yo» comunitario al que contribuimos los innumerables exploradores. Este libro, por necesidad, debe ser apenas una caricatura ridículamente falsa de la aventura real. Pero aún más, a pesar de que fuéramos una multitud tomados de una multitud de ambientes diferentes,



CAPÍTULO VII. MÁS MUNDOS

1. UNA ESPECIE SIMBÓLICA

EN ALGUNOS PLANETAS GRANDES DE CLIMA MUCHO MÁS CALUROSO QUE EL de nuestros trópicos por su proximidad de a algún sol violento, a veces, encontrábamos una especie inteligente parecida a los peces. Nos desconcertaba descubrir que un mundo submarino pudiera elevarse hasta una mentalidad de tipo humano, así como hasta ese drama del espíritu que ahora nos encontrábamos tan a menudo.

Los océanos bañados por el sol más someros de estos grandes planetas proporcionaban una inmensa diversidad de hábitats y gran riqueza de seres vivos. Una verde vegetación, clasificable en tropical, subtropical, templada y ártica, tapizaba los brillantes fondos oceánicos. Había praderas y bosques submarinos. En algunas regiones los herbazales se alzaban desde el fondo del mar hasta las olas. Bajo esas auténticas selvas la cegadora luz azul del sol se reducía casi a la oscuridad. Inmensas formaciones coralinas, surcadas por pasadizos y pobladas por toda clase de seres vivos, elevaban sus agujas y torrecillas hacia la superficie. Innumerables tipos de peces de todos los tamaños, desde el de la sardina hasta el de la ballena, habitaban los muchos niveles de las aguas, algunos deslizándose por el fondo, otros atreviéndose a saltar de vez en cuando en el aire tórrido. En las regiones más profundas y oscuras multitud de monstruos marinos, bien sin ojos, bien luminosos, se alimentaban de la incesante lluvia de cadáveres que descendía desde los niveles superiores; sobre su mundo abisal se extendían otros mundos cada vez más brillantes y coloridos, donde sus llamativos habitantes tomaban el sol, ramoneaban, acechaban y se cazaban. En estos planetas generalmente alcanzaba la inteligencia una criatura social poco imponente, ni pez, ni pulpo, ni crustáceo, sino con algo de ellos tres. Tenía, típicamente, tentáculos prensiles, ojos agudos y un cerebro sutil. Hacía nidos de algas en las grietas del coral o construía fortalezas de mampostería coralina. A su debido tiempo aparecían trampas, armas, herramientas, agricultura submarina y florecían el arte primitivo y los rituales de las religiones primigenias. Y, al cabo, seguía el conocido y fluctuante progreso del espíritu desde la barbarie hacia la civilización.

Uno de estos mundos submarinos era excepcionalmente interesante. Al principio de la existencia de nuestra galaxia, cuando aún pocas de las estrellas se habían condensado pasando del tipo gigante al tipo solar y

cuando todavía habían nacido muy pocos planetas, en un cúmulo congestionado se aproximaron mucho una estrella doble y una estrella solitaria; extendieron entre sí sus filamentos ardientes y engendraron una prole planetaria. De estos mundos uno, una esfera inmensa y muy acuática, produjo con el tiempo una estirpe que lo dominó. No era una sola especie, sino una íntima asociación simbiótica entre dos criaturas muy dispares. Una procedía de un tronco similar al de los peces; la otra recordaba a nuestros crustáceos, pues su forma era la de una especie de nécora o de araña de mar. A diferencia de nuestros crustáceos no estaba cubierto por un frágil caparazón sino por una piel correosa, como de paquidermo. En la madurez ese útil cuero se volvía más o menos rígido, salvo en las articulaciones, pero en la juventud era muy flexible con objeto de permitir el crecimiento del cerebro. Esta criatura vivía en las aguas costeras de las numerosas islas del planeta. Ambas especies eran mentalmente de rango humano, aunque cada una con temperamento y cualidades diferentes. En tiempos primitivos cada una había alcanzado en su propio hemisferio del gran planeta acuoso, siguiendo su propio camino, lo que podría llamarse la última etapa de la mentalidad subhumana. Por entonces ambas especies habían entrado en contacto y luchado desesperadamente. Su campo de batalla eran las aguas costeras poco profundas. Los «crustáceos», aunque francamente anfibios, no podían pasar mucho tiempo bajo el mar; los «peces» no podían emerger de él. En realidad, las dos razas no competían entre sí por los recursos, ya que los «peces» eran principalmente herbívoros y los «crustáceos» principalmente carnívoros. Sin embargo, ninguno podía tolerar la presencia del otro. Ambos eran lo suficientemente humanos como para ser conscientes de que rivalizaban por ser los aristócratas en un mundo infrahumano, pero ninguno era lo bastante humano como para darse cuenta de que el camino para cada raza residía en la cooperación con la otra. Las criaturas parecidas a los peces, a las que llamaré «ictioides», tenían velocidad y autonomía, así como las ventajas del tamaño grande. Los parecidos a los cangrejos, a los que llamaré «aracnoides», tenían mayor destreza manual y acceso a tierra firme. La cooperación habría sido muy beneficiosa para ambas especies, ya que uno de los alimentos básicos de los aracnoides era un parásito de los ictioides.

A pesar de la posibilidad de ayudarse mutuamente las dos especies se esforzaron por exterminarse la una a la otra. Y casi lo consiguieron. Tras una época de enloquecidas matanzas mutuas algunas de las variedades menos belicosas y más flexibles de las dos especies fueron descubriendo las ventajas de fraternizar con el enemigo.

Este fue el comienzo de una asociación muy notable. Pronto los aracnoides montaron a lomos de los veloces ictioides accediendo así a cotos de caza más remotos.

Las eras se fueron sucediendo y las dos especies se moldearon mutuamente hasta constituir una unión bien integrada. El pequeño aracnoide, no más grande que un chimpancé, cabalgaba en una cómoda oquedad detrás del cráneo del gran «pez» ajustando su espalda a su contorno. Los tentáculos del ictioide se especializaron en la manipulación a gran escala, mientras los del aracnoide en el trabajo minucioso. La evolución trajo también una interdependencia bioquímica. A través de una membrana en el receptáculo del ictioide se producía un intercambio de productos endocrinos, lo que permitió al aracnoide convertirse en un organismo totalmente acuático. Siempre y cuando mantuviera un contacto frecuente con su huésped podía permanecer bajo el agua indefinidamente y descender a cualquier profundidad. También se produjo una sorprendente adaptación mental en las dos especies; los ictioides se volvieron en general más introvertidos, los aracnoides más extrovertidos.

Las crías de ambas especies vivían en libertad hasta la pubertad. A medida que desarrollaban su deseo simbiótico cada una buscaba una pareja de la otra especie. Su unión duraba toda la vida y sólo se interrumpía por breves encuentros sexuales. La simbiosis en sí constituía una especie de contrapunto a la sexualidad al tratarse de una sexualidad puramente mental ya que, por supuesto, para la cópula y la reproducción cada individuo tenía que buscar una pareja perteneciente a su propia especie. Sin embargo, encontramos que incluso cada pareja simbiótica consistía, invariablemente, en un macho de una especie y una hembra de la otra. El macho, cualquiera que fuese su especie, se comportaba con devoción paternal hacia las crías de su pareja simbiótica.

Me falta espacio para describir la extraordinaria integración mental de estas extrañas parejas. Sólo puedo decir que, aunque en órganos sensoriales y en temperamento las dos especies eran muy diferentes, y aunque en casos anómalos se producían conflictos trágicos, la asociación habitual era a la vez más íntima que el matrimonio humano y mucho más enriquecedora para el individuo que cualquier amistad entre miembros de distintas razas humanas. A lo largo del crecimiento de la civilización, de tiempo en tiempo, alguna mente maliciosa intentaba suscitar un conflicto interespecífico generalizado con relativo éxito temporal. Pero los problemas rara vez llegaban ni tan siquiera a los de nuestra «guerra de sexos». Así de ne-

cesaria era cada especie para la otra. Ambas contribuían por igual a la cultura de su mundo, aunque no siempre de la misma forma. En el trabajo creativo de cualquier tipo uno de los miembros de la pareja aportaba la mayor parte de la originalidad y el otro la moderaba críticamente. Raros eran los trabajos en los que uno de los miembros fuera totalmente pasivo. Los libros, más bien pergaminos elaborados con pulpa de algas, casi siempre venían firmados por la pareja. En general, los aracnoides dominaban la habilidad manual, la ciencia experimental, las artes plásticas y la organización social aplicada. Sus compañeros ictioides sobresalían en el trabajo teórico, en las artes literarias, en la sorprendentemente avanzada música de aquel mundo submarino y en la religión en su vertiente más mística. Aunque esta generalización no ha de interpretarse como algo riguroso.

La relación simbiótica parece haber dado a la especie dual una flexibilidad mental superior a la nuestra, así como una aptitud más tendente a la comunidad. Pasaron rápidamente por la fase de lucha entre tribus, durante la cual los cardúmenes nómadas de parejas simbióticas se hostigaban unos a otros como huestes de caballería submarina. Los aracnoides, cabalgando a sus compañeros ictioides, atacaban al enemigo con lanzas y espadas de hueso, mientras las monturas se batían con sus poderosos tentáculos. Pero la fase bélica tribal fue notablemente breve. Cuando se sedentarizaron, lo que trajo la agricultura submarina y las ciudades de coral, la lucha entre ciudades aliadas fue la excepción, no la regla. Impulsada por su gran movilidad y facilidad de comunicación esta especie doble pronto construyó una federación mundial de ciudades desarmadas. Asombrados supimos que, en el apogeo de la civilización pretecnológica de este planeta, para cuando en nuestros mundos la división en amos y esclavos económicos ya se habría vuelto seria, el espíritu comunal de la ciudad triunfó sobre toda empresa individualista. Muy pronto este mundo se convirtió en un tejido de comunas municipales interdependientes pero independientes.

Por entonces parecía que las luchas sociales habrían desaparecido para siempre. Pero la crisis más grave de esa especie aún estaba por llegar.

El entorno submarino no ofrecía a la especie simbiótica grandes posibilidades de progreso. Todas las fuentes de riqueza ya habían sido explotadas y reguladas. La población se mantenía en un tamaño óptimo para sostener al mundo en su alegre discurrir. El orden social satisfacía a todas las clases y parecía estable. La vida de los individuos era plena y variada. La cultura, cimentada sobre una gran tradición, se ocupaba ahora por entero en profundizar en los grandes campos del pensamiento desarrollados hacía

mucho tiempo por venerados antepasados inspirados directamente, se decía, por la deidad simbiótica. Nuestros amigos en este mundo submarino, nuestros anfitriones mentales, miraban esta época pasada desde la suya propia, mucho más turbulenta, a veces con nostalgia, pero a menudo con horror pues en retrospectiva les parecía que apuntaba los primeros débiles signos de la decadencia de la especie. Los simbióticos se adaptaban a su entorno inmutable tan perfectamente que la inteligencia y la brillantez ya estaban perdiendo valor y pronto podrían empezar a desvanecerse. Pero pronto se reveló que el destino tenía otros planes.

En un mundo submarino la capacidad de obtener energía mecánica es escasa. Pero los aracnoides, como se recordará, eran capaces de vivir fuera del agua. En las épocas anteriores a la simbiosis sus antepasados salían periódicamente a las islas para el cortejo, la cría y la caza. Desde entonces su capacidad de respirar en el aire había disminuido, pero nunca se había perdido del todo. Todos los aracnoides seguían emergiendo para el apareamiento, así como también para ciertos ejercicios rituales. Fue en este último contexto donde se produjo el gran descubrimiento que cambió el curso de la historia. Durante cierta competición la fricción de las armas de piedra al entorchocar produjo chispas y, éstas, fuego en la hierba seca.

En una sucesión asombrosamente rápida surgieron la fundición, la máquina de vapor y la corriente eléctrica. La energía se obtuvo en los comienzos de la combustión de una especie de turba formada en las costas donde se acumulaban las algas. Más tarde, de los constantes y violentos vientos. Aún después, de las trampas fotoquímicas que absorbían la abundante radiación solar. Todas estas invenciones fueron, por supuesto, obra de los aracnoides. Los ictioides, aunque seguían desempeñando un gran papel en la sistematización del conocimiento, quedaron excluidos de la gran labor aplicada de la experimentación científica y los inventos mecánicos de las costas. Pronto los aracnoides tendieron cables desde las centrales eléctricas de las islas hasta sus ciudades submarinas. Al menos en este trabajo los ictioides podían participar, aunque necesariamente en un papel subordinado. Sus compañeros aracnoides los eclipsaban no sólo por la experiencia en ingeniería eléctrica, sino también por su capacidad práctica innata.

Durante al menos un par de siglos las dos especies siguieron cooperando, aunque cada vez con mayor tensión. La iluminación artificial, el transporte mecánico de mercancías por el fondo oceánico y la fabricación a gran escala produjeron un incremento inmenso de la calidad de vida en las ciudades submarinas. Las islas se llenaron de edificios dedicados a la

ciencia y la industria. La física, la química y la biología avanzaron a pasos agigantados. Los astrónomos empezaron a cartografiar la galaxia. También descubrieron que un planeta vecino ofrecía magníficas oportunidades para el asentamiento de aracnoides, quienes podrían, sin esperar gran dificultad, adaptarse al clima alienígena, divorciándose así de sus compañeros simbióticos. Los primeros intentos de vuelo con cohetes alternaron tragedias y éxitos. La Dirección de Actividades Extraterrestres pidió un aumento de la población de aracnoides.

De forma inevitable surgió un conflicto entre las dos especies, así como en la mente de cada individuo, de una u otra especie. Nosotros, los exploradores novicios, entramos por primera vez en este mundo en el punto álgido de este conflicto, cuando estos seres, en virtud de su crisis espiritual, nos eran accesibles. Los ictioides aún no habían sucumbido en el plano biológico a su posición relegada, pero psicológicamente ya mostraban signos de una profunda decadencia mental. Les atacaba un profundo desaliento y lasitud, como los que tan a menudo minaron a nuestras civilizaciones atrasadas al encontrarse en lucha con el torrentoso río de la civilización europea. Pero en el caso de los simbióticos, con esa extremadamente íntima relación entre las dos especies (mucho más que entre los seres humanos más allegados), la difícil situación de los ictioides afectaba profundamente a los aracnoides. En la mente de los ictioides los éxitos de sus compañeros fueron durante mucho tiempo una mezcla de angustia y júbilo. Las contradicciones desgarraban a cada individuo de cada especie. Si bien todo aracnoide sano deseaba participar de la nueva vida aventurera, también deseaba, por puro afecto y afinidad simbiótica, compartirla con su pareja ictioide. Además, todos los aracnoides eran conscientes de la sutil dependencia de su pareja, una dependencia a la vez fisiológica y psicológica, pues los ictioides eran quienes más aportaban a la unión autoconocimiento y ese grado de contemplación imprescindible para mantenerse bajo control. Resultaba esto evidente por el hecho de que ya entre los aracnoides habían aparecido luchas intestinas en las que las islas tendían a competir entre sí, y una gran organización industrial con otra.

No puedo evitar señalar que, si esta profunda división de intereses se hubiera producido en mi propio planeta entre nuestros dos sexos, el sexo favorecido habría empujado al otro a la servidumbre. Tal «victoria» de los aracnoides estuvo a punto de ocurrir. Cada vez se disolvían más parejas. Sus miembros intentaban, mediante fármacos, suministrar a su sistema las sustancias químicas que normalmente proporcionaba la simbiosis. Sin em-

bargo, no había sustituto para la dependencia mental y las parejas divorciadas sufrían graves trastornos mentales, desde el grado sutil hasta el escandaloso. Sin embargo, se creó una gran población capaz de vivir de algún modo sin la relación simbiótica. Las luchas se tornaron violentas. Los más intransigentes de ambas especies se atacaron mutuamente, arrastrando también a los moderados. Siguió un período bélico de confusión y desesperanza. En cada bando una pequeña minoría, aborrecida, abogaba por una «simbiosis modernizada», en la que cada especie pudiera contribuir a la vida común incluso en una civilización tecnificada. Muchos de estos reformadores conocieron el martirio.

A la larga, la victoria habría sido para los aracnoides, ya que controlaban las fuentes de energía y los medios de producción. Pero pronto se hizo evidente que el intento de romper el vínculo simbiótico no tenía el éxito que aparentaba. Incluso en el fragor de la guerra los comandantes se veían incapaces de impedir la confraternización generalizada con el enemigo. Los miembros de las parejas disueltas se reunían furtivamente para arrebatarse unas horas o unos momentos de compañía. Los viudos y los desertores de ambas especies se aventuraban tímidos pero ansiosos hacia los campamentos enemigos en busca de nuevas parejas. Compañías enteras se rendían con el mismo propósito. Los aracnoides sufrían más por la neurosis que por las armas del enemigo. En las islas, además, las guerras civiles y las revoluciones sociales hacían casi imposible la fabricación de municiones.

La facción más determinada de los aracnoides intentó poner fin a la lucha envenenando el océano. A su vez, las islas fueron envenenadas por los millones de cadáveres en descomposición que subían a la superficie del mar y eran arrojados a las costas. El veneno, las pestes y sobre todo la neurosis paralizaron la guerra, arruinaron la civilización y llevaron a las dos especies casi a la extinción. Los rascacielos abandonados que abarrotaban las islas empezaron a desmoronarse en montones de escombros. La jungla submarina cubrió las ciudades bajo el mar e ictioides de otras especies subhumanas con aspecto de tiburón las ocuparon. El conocimiento, que es un tejido delicado, comenzó a fragmentarse en retales de superstición.

Entonces llegó por fin la oportunidad de los partidarios de una simbiosis modernizada. No sin dificultad habían llevado una existencia secreta, asociados a sus compañeros en las regiones más remotas e inhóspitas del planeta. En ese momento, salieron audazmente a difundir su buena nueva entre los infelices restos de la población mundial. Hubo un furor de emparejamientos entre las especies. La agricultura primitiva y la caza submarina mantuvieron a las dispersas poblaciones mientras algunas de las ciudades

de coral eran reconstruidas. Se readaptaron los instrumentos para una civilización tambaleante pero esperanzadora. Fue una civilización provisional, pretecnológica, pero que prometía grandes aventuras en un plano superior, que se alcanzarían cuando se hubieran asentado los principios básicos de esta simbiosis reformada.

A nosotros nos parecía que tal empresa estaba condenada al fracaso. Así de claro veíamos que el futuro era para criaturas terrestres, no marinas. Pero nos equivocábamos. No podré entrar en detalles sobre la heroica lucha por la cual la especie remodeló su naturaleza simbiótica para adaptarla a los retos que se abrían ante sí. La primera etapa consistió en restablecer las centrales eléctricas en las islas y en reorganizar cuidadosamente una sociedad submarina por completo y dotada de energía. Pero esto habría sido inútil de no haber venido acompañado de un estudio minucioso de las relaciones físicas y mentales entre las dos especies. Se precisaba reforzar la simbiosis para hacer imposible en el futuro una lucha entre especies. Mediante un tratamiento químico en la infancia los dos tipos de organismos se hicieron más interdependientes y más robustos en su unión. Mediante un particular ritual psicológico, una especie de hipnosis mutua, los compañeros que se unían se fundían en una mente indisoluble. Esta comunión interespecie, que cada individuo vivía en su día a día, se convirtió con el tiempo en la experiencia básica de toda cultura y religión. La deidad simbiótica, presente en todas las mitologías primitivas, fue restablecida como símbolo de la personalidad dual del universo, un dualismo de creatividad y sabiduría, unificado en el espíritu divino del amor. Se inculcó que el único objetivo razonable de la vida social era la creación de un mundo de personas despiertas, sensibles, inteligentes y mutuamente comprensivas, unidas con el propósito común de explorar el universo y desarrollar las múltiples potencialidades del espíritu humano. Se guio imperceptiblemente a los jóvenes para que fueran descubriendo por sí mismos este objetivo.

Poco a poco y con gran cautela se repitieron todas las operaciones industriales y las investigaciones científicas de la época anterior. Pero con una diferencia. La industria se subordinó conscientemente al objetivo social. La ciencia, antes subordinada a la industria, se convirtió en una fuente de sabiduría.

De nuevo las islas se llenaron de edificios y de ávidos trabajadores aracnoides. Pero esta vez todas las aguas costeras poco profundas también se llenaron de vastas colmenas de viviendas, donde sus compañeros simbióticos les aguardaban. En las profundidades oceánicas las antiguas ciudades se convirtieron en escuelas, universidades, museos, templos, palacios

del arte y del entretenimiento. Allí se criaban juntos los jóvenes de ambas especies y, allí, los adultos de ambas especies se reunían constantemente para recrearse y para crecer. Mientras los aracnoides estaban ocupados en las islas los ictioides trabajan en la educación y en la remodelación de toda la cultura teórica del mundo, pues para entonces se sabía con certeza que en estos campos su temperamento y talento podían hacer una contribución vital a la vida común. Así, la literatura, la filosofía y la educación no científica se llevaba a cabo sobre todo en el océano, mientras que las islas sobresalían por la industria, la investigación científica y las artes plásticas.

Tal vez, a pesar de la estrecha unión de cada pareja, esta extraña división del trabajo habría conducido con el tiempo a un nuevo conflicto, de no haber sido por dos nuevos descubrimientos.

Uno fue el desarrollo de la telepatía. Varios siglos después de la Era de la Guerra se descubrió que era posible establecer un perfecto intercambio telepático entre los dos miembros de cada pareja. Con el tiempo, esta capacidad se hizo extensiva a toda esta especie dual. El primer resultado de este cambio fue una mejora en la facilidad de comunicación entre los individuos de todo el mundo y, con ello, un gran aumento en la comprensión mutua y en la unidad de propósito de la sociedad. Antes de que perdiéramos el contacto con esta raza, que avanzaba tan rápidamente, supimos de un efecto de esta telepatía mundial de mucho mayor calado. A veces, así nos dijeron, la comunión telepática de toda la especie causaba algo así como un despertar parcial a una mente-mundo comunal de la que participaban todos los individuos.

La segunda gran innovación vino por la investigación genética. Los aracnoides, que debían seguir siendo capaces de llevar una vida activa en la tierra firme de su masivo planeta, no pudieron lograr grandes mejoras en el peso y la complejidad de su cerebro. Pero los ictioides, grandes ya de por sí y con su peso neutralizado al vivir inmersos en el agua, no estaban sujetos a esta limitación. Tras largos y en ocasiones desastrosos experimentos, se produjo una raza de «súper ictioides». Con el tiempo, toda la población de ictioides llegó a estar compuesta por estas criaturas. Mientras tanto los aracnoides, que ya estaban explorando y colonizando otros planetas de su sistema solar, fueron mejorados genéticamente, no en lo que respecta a la complejidad general del cerebro, sino específicamente en los centros neuronales que permitían la comunicación telepática. Así, a pesar de su estructura cerebral más simple, eran capaces de mantener una comunidad telepática con sus compañeros con un cerebro mayor, quienes se mantenían lejos, en los océanos de su planeta madre. Los cerebros simples

Todos estos mundos sin alternancia de día y noche eran muy inhóspitos para la vida, pues mientras un hemisferio era extravagantemente caliente, el otro era extravagantemente frío. La cara iluminada podía alcanzar la temperatura del plomo fundido³⁰ a la vez que en la cara oscura ninguna sustancia podía conservar el estado líquido, pues la temperatura permanecía sólo uno o dos grados por encima del cero absoluto³¹. Entre los dos hemisferios se extendía una estrecha banda, o más bien tan sólo una cinta, que podría denominarse templada. En ella el inmenso y abrasador sol quedaba siempre parcialmente oculto por el horizonte. A lo largo del lado más frío de la cinta, a resguardo de los mortales rayos del disco solar, pero aún iluminado por su corona y caldeado por la conducción de calor a través del suelo, la vida no siempre era imposible.

Los mundos habitados de este tipo alcanzaban siempre una etapa bastante elevada de evolución biológica mucho antes de perder su rotación. A medida que el día se alargaba la vida se veía obligada a adaptarse a temperaturas diurnas y nocturnas más extremas. Los polos de estos planetas, si no estaban demasiado inclinados hacia la eclíptica³², se mantenían a una temperatura bastante constante, constituyéndose en reductos desde los que las formas de vida se aventuraban hacia regiones menos hospitalarias. Muchas especies lograban extenderse hacia el ecuador por el sencillo método de enterrarse e hibernar durante el día y la noche, saliendo sólo al amanecer y al atardecer para un periodo de furiosa actividad. A medida que los días se alargaban hasta convertirse en meses algunas especies adaptadas a la locomoción rápida sencillamente recorrían el planeta siguiendo

³⁰ El plomo funde a 327°C. Temperaturas superiores se alcanzan en las superficies de Mercurio y de Venus.

³¹ La temperatura real a la que un cuerpo así se estabilizaría es de alrededor de 2.72°K (es decir, 2.72 grados sobre el cero absoluto). Así, estos valores aventurados que ofrece Stapledon resultan ser sorprendentemente exactos, lo que habla muy bien de su intuición. La «temperatura» del espacio es un concepto que no se abordó hasta 1941 (esto es cuatro años después de la publicación de *Hacedor de Estrellas*) por parte del astrónomo canadiense Andrew McKellar (1910-1960), quien la estimó en 2.4°K. El valor aceptado hoy no se determinó hasta que se estudió con profundidad la radiación de fondo descubierta accidentalmente en 1965 por los físicos estadounidenses Arno Penzias (1933-) y Robert Wilson (1936-), por lo que serían más tarde galardonados con el Premio Nobel de Física de 1978.

³² La «eclíptica» es el plano en el que orbita un planeta. En el Sistema Solar todos los planetas lo hacen prácticamente en el mismo plano.



al atardecer o al amanecer³³. Resultaba extraño contemplar a esas ágiles especies surcando permanentemente las llanuras bajo la luz crepuscular del sol. Sus patas eran a menudo tan altas y esbeltas como los mástiles de un barco. De tanto en tanto daban un brusco giro y extendían sus largos cuellos para atrapar alguna criatura rastrera o arrancar algo de follaje. Una migración tan incansable y rápida habría sido imposible en mundos menos ricos en energía solar.

A una inteligencia de grado humano, al parecer, no se llegaba en estos mundos, a menos que se hubiera logrado desde antes de que la noche y el día se hicieran excesivamente largos y su diferencia de temperatura extrema. Los mundos donde los hombres-planta u otras criaturas habían alcanzado la civilización y la ciencia antes de que la rotación se hubiera ralentizado seriamente hicieron grandes esfuerzos para enfrentarse al creciente rigor de su medio ambiente. A veces, la civilización se limitaba a retirarse a los polos, abandonando el resto del planeta. A veces, establecían asentamientos subterráneos en otras regiones y sus habitantes salían sólo al amanecer y al atardecer para cultivar la tierra. A veces, un sistema de ferrocarriles que seguía los paralelos acarrea a su población de un centro agrícola a otro, siguiendo el crepúsculo en una migración sin fin.

Al cabo, sin embargo, cuando la rotación se detenía por completo, la civilización se detenía y asentaba a lo largo de toda la franja estable, entre noche y día. Para entonces, si no antes, también se había perdido la atmósfera. Bien puede imaginarse que una especie en lucha por su supervivencia en estas circunstancias, mortales, no podía mantener una vida metal rica ni delicada.

³³ Curiosamente en el Sistema Solar tenemos un caso donde esto sería posible: en Mercurio. Dada su lenta rotación, 58 días, que equivale a 2/3 de su período de traslación, el tiempo que transcurre entre dos amaneceres vistos desde su superficie (su «día solar») es de 176 días. Esto implica que en Mercurio la línea de crepúsculo (también llamada «terminador») avanza a un promedio de 3.6 km/h en la zona ecuatorial, al ritmo de una persona paseando, y aún más despacio en las latitudes intermedias. Esto no se conocía en 1937, cuando Stapledon escribió *Hacedor de Estrellas*, pues hasta las observaciones de radiotelescopio en 1965 se había supuesto que Mercurio mostraba siempre la misma cara al Sol, lo que se conoce como «bloqueo de marea» y sucede, entre otros muchos casos, con nuestra Luna. Stapledon lo ha descrito someramente dos párrafos antes.



CAPÍTULO VIII - SOBRE LOS EXPLORADORES

BVALLTU Y YO, EN COMPAÑÍA DEL CRECIENTE GRUPO DE COMPAÑEROS EXPLORADORES, VISITAMOS MUCHOS Y VARIOPINTOS MUNDOS. EN ALGUNOS NOS DEMORAMOS SÓLO UNAS POCAS SEMANAS DEL TIEMPO LOCAL; EN OTROS PERMANECIMOS DURANTE SIGLOS, O SALTAMOS A DISTINTOS PUNTOS DE SU HISTORIA AL DICTADO DE NUESTRO INTERÉS. NOS PRECIPITÁBAMOS, COMO UNA NUBE DE LANGOSTAS, SOBRE UN MUNDO RECIÉN DESCUBIERTO, ELIGIENDO CADA UNO DE NOSOTROS UN HUÉSPED ADECUADO. DESPUÉS DE UN PERÍODO DE OBSERVACIÓN, LARGO O CORTO, NOS ÍBAMOS, PARA POSARNOS, TAL VEZ, EN OTRA DE LAS ÉPOCAS DE ESE MISMO MUNDO. O, TAL VEZ, DISPERSÁBAMOS EL GRUPO ENTRE MUCHOS MUNDOS, MUY DISTANTES EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO.

Esta extraña vida me convirtió en un ser muy diferente de aquel inglés que, en cierta fecha de la historia humana, caminaba una noche por aquella colina. No sólo había expandido mi experiencia personal mucho más allá de lo habitual para una persona de mi edad, sino que también, por medio de una unión peculiarmente íntima con mis compañeros de viaje, yo mismo había sido, por así decirlo, multiplicado. En cierto sentido yo era ahora no sólo ese inglés, sino también Bvalltu y cada uno de mis compañeros.

Merece la pena describir con cuidado este cambio producido en nosotros, no sólo por su interés intrínseco, sino también porque nos proporcionó una clave para comprender a muchos seres del cosmos cuya naturaleza, de otro modo, nos habría resultado impenetrable.

En nuestro nuevo estado la comunidad alcanzaba tal perfección que las experiencias de cada uno pertenecían a todos. Así yo, el nuevo yo, participaba de las vivencias de aquel inglés, de Bvalltu y de los demás con igual facilidad. Y yo poseía los recuerdos de sus existencias anteriores, separadas del grupo, en sus respectivos mundos nativos.

Algún lector de temperamento filosófico puede preguntar: «¿Quiere decir que los varios individuos que vivieron esa experiencia se convirtieron en uno solo viviendo esa única corriente de experiencia? ¿O bien quiere decir que siguieron existiendo muchos individuos, cada uno con su experiencia, y que cada una de esas experiencias era compartida con las demás?» La respuesta es que no lo sé. Pero esto sí lo sé: yo, el inglés, y del mismo modo cada uno de mis compañeros nos «despertamos» gradualmente hacia una lúcida inteligencia que poseía la experiencia de cada uno. No sé si,



de todos. También había afectado críticamente al intercambio telepático entre los sistemas al obligar a cada uno a concentrarse en su propio y perentorio problema físico de repeler los ataques de su propio sol. La mente comunal de la Sociedad de Mundos dejó de funcionar.

La actitud emocional de los mundos también cambió. El fervor por el establecimiento de la Utopía Cósmica se desvaneció y, con ello, la aventura espiritual de la realización mediante el conocimiento y la creación. Ahora que el exterminio parecía inevitable en un plazo comparativamente corto creció la voluntad de afrontar el destino en una paz contemplativa, religiosa. El deseo de realizarse en lejanas metas cósmicas, antaño la suprema causa de todos los mundos despiertos, parecía ahora extravagante, incluso impío. ¿Cómo podían las pequeñas criaturas, los mundos despiertos, alcanzar el conocimiento del cosmos y de lo divino? En lugar de ello representarían un discreto papel en el drama cósmico y paladearían su trágico final con divino desprendimiento.

Este estado del ánimo de jubilosa resignación, idóneo para un desastre inevitable, cambió rápidamente influido por un nuevo descubrimiento. En ciertos círculos se sospechaba desde hacía mucho tiempo que la inusual actividad de las estrellas era intencionada, no espontánea; que las estrellas vivían y pugnaban por sacudirse la plaga de planetas. Esta posibilidad, que en principio había parecido demasiado fantástica, se fue haciendo evidente pronto, pues las actividades anómalas de las estrellas cesaban tras la destrucción de sus sistemas planetarios. Por supuesto, aún se contemplaba que, de alguna manera inexplicable, puramente física, la presencia de varios anillos de planetas propiciara una explosión o el lanzamiento de protuberancias, aunque la astrofísica no sugería ningún mecanismo con tales resultados. Se emprendieron entonces investigaciones telepáticas para probar la teoría de la conciencia estelar y, de ser posible, establecer comunicación con la mente de las estrellas. Esta empresa fue al principio completamente estéril. Los mundos carecían de conocimientos sobre el método apropiado de acercamiento a mentes que, de existir, debían de ser inconcebiblemente diferentes de las suyas. Parecía muy probable que nada en los mundos-mente tuviera la afinidad precisa con una mentalidad estelar como para tender un medio de contacto. Aunque los mundos utilizaron su capacidad de imaginación lo mejor que pudieron, aunque exploraron, por así decirlo, cada túnel, cada profunda galería de su propia mentalidad, sondeando todo con la esperanza de una respuesta, ninguna recibieron. La teoría de unas estrellas con un propósito empezó a parecer increíble y de nuevo los mundos comenzaron a abandonarse al consuelo, incluso al gozo,

de la aceptación. Sin embargo, unos pocos sistemas especializados en técnicas psicológicas persistieron en sus investigaciones aferrándose a que, si llegaran a comunicarse con las estrellas, lograrían cierto entendimiento y concordia entre los dos grandes órdenes de mentes de la galaxia. Por fin se produjo el deseado contacto con las mentes estelares. Y no ocurrió sólo merced a los esfuerzos de los mundos-mente de nuestra galaxia, sino también gracias a la mediación de otra galaxia donde los mundos y las estrellas habían adquirido ya conciencia mutua.

Incluso para las mentes de los mundos totalmente despiertos la mentalidad de las estrellas extrañaba casi hasta lo inconcebible. Para mí, el pequeño individuo humano, lo más distintivo de esa mentalidad se me hace inaprehensible. Sin embargo, trataré de resumir lo mejor posible al menos sus aspectos más simples, por ser esenciales para mi historia. Los mundos-mente contactaron con las estrellas por primera vez en los planos superiores de la experiencia estelar, pero no seguiré el orden cronológico de sus descubrimientos. En su lugar, comenzaré con aspectos de la naturaleza estelar que se dedujeron con vacilación sólo después de asentar una especie de relación. Es en el ámbito de su biología y psicología donde el lector concebirá con más facilidad algo de la vida mental de las estrellas.

3. ESTRELLAS

Las estrellas deben ser consideradas organismos vivos, pero fisiológica y psicológicamente de un tipo muy peculiar. Las capas externas y medias de una estrella madura constituyen, al parecer, «tejidos» formados por corrientes de gases incandescentes. Estos tejidos gaseosos viven y mantienen la conciencia de la estrella interceptando parte del inmenso torrente de energía que brota de su congestionado y furiosamente activo núcleo. La más interna de las capas vitales debe de ser una especie de aparato digestivo que transmuta la radiación cruda en la forma necesaria para el mantenimiento de la vida de la estrella. Fuera de esta zona digestiva yace una especie de capa coordinadora, que podría considerarse como el cerebro de la estrella. Las capas más externas, incluida la corona, responden a los muy débiles estímulos de su entorno cósmico como la luz de estrellas vecinas, los rayos cósmicos, el impacto de meteoritos o las tensiones de marea causadas por la influencia gravitatoria de planetas y otras estrellas. Este influjo no podría producir ningún efecto claro de no ser por ese extraño tejido de órganos sensoriales gaseosos, que discrimina el tipo y dirección del estímulo y transmite la información a la capa «cerebral» correspondiente.

CAPÍTULO XIII. EL PRINCIPIO Y EL FIN

1. DE VUELTA A LAS NEBULOSAS

MIENTRAS LAS GALAXIAS DESPIERTAS SE ESFORZABAN EN APROVECHAR PLENAMENTE la última fase de su conciencia lúcida, es decir, mientras yo, la mente cósmica imperfecta, lo hacía, empecé a tener una nueva y extraña experiencia. Me pareció tropezar telepáticamente con algún ser o seres de un tipo que me resultó bastante incomprensible de primeras.

Al principio supuse que había entrado inadvertidamente en contacto con seres infrahumanos en la era primitiva de algún planeta natural, tal vez con unos sencillos microorganismos ameboides que flotaban en un mar primitivo. Sólo sentí las crudas necesidades de su cuerpo, como el ansia física de asimilar energía para el mantenimiento de la vida, el ansia de movimiento y contacto, el ansia de luz y calor.

Impacienté, los deseché por triviales e irrelevantes. Pero siguieron persiguiéndome, cada vez más intrusivos y lúcidos. Gradualmente su intensidad se volvió bonancible y cobró un vigor físico, una confianza en lo divino como la que ningún espíritu había manifestado en ninguna época desde que nacieran las estrellas.

No es preciso relatar las etapas por las cuales, al fin, aprehendí el significado de esta experiencia. Gradualmente descubrí que no había hecho contacto con microorganismos, ni aún con mundos, estrellas ni mentes galácticas, sino con las mentes de las grandes nebulosas antes de que su sustancia se hubiera disuelto en las estrellas que formarían las galaxias.

Fue entonces cuando pude reconstruir su historia desde el momento de su primer despertar, desde su primera existencia separada como nubes de gas que se expandían tras el acto explosivo de la creación hasta el momento en que, con el nacimiento de una multitud de estrellas parasitando su sustancia, se hundieron en la senilidad y la muerte.

En su fase más temprana, cuando físicamente sólo eran nubes muy tenues, su mentalidad no era más que un anhelo informe de acción y una percepción somnolienta de la densidad infinitamente baja de su propia sustancia entre el vacío. Las vi condensarse en más apretadas bolas, de contornos más nítidos. Luego en discos con forma de lente, surcados por corrientes brillantes entre abismos oscuros. A medida que se condensaban cada una ganaba en unidad y su estructura se tornaba más orgánica. La densidad, a pesar de ser aún baja, trajo mayor interacción entre sus átomos,

que seguían estando menos empaquetados, en relación con su tamaño, que las estrellas en el espacio. Cada nebulosa fue ahora una gran fuente de suave radiación, un solo sistema de ondas que se extendían ubicuas de un átomo a otro.

Y ahora, mentalmente, estos grandes megaterios⁵¹, estas amebas titánicas, empezaron a despertar a una vaga unidad de experiencia. Para el estándar humano, e incluso para el estándar de un mundo mente o de una estrella, la experiencia de las nebulosas era increíblemente lenta. Debido a su prodigioso tamaño y al lento paso de las ondulaciones con las que su conciencia se relacionaba físicamente mil años para ellas eran un instante imperceptible. Experimentaban períodos como los que los hombres llaman geológicos, que abarcan el ascenso y la caída de una especie tras otra, como nosotros experimentamos las horas.

Cada una de las grandes nebulosas era consciente de su propio cuerpo lenticular como un volumen único, compacto, recorrido por corrientes hormigueantes. Cada una ansiaba realizar el potencial de su organismo, ansiaba liberarse de la presión de la energía que brotaba suavemente de su interior, ansiaba al tiempo expresar libre su capacidad motriz, ansiaba también algo más.

Porque, aunque tanto en lo físico como en lo mental estos seres primordiales se asemejaban extrañamente a los microorganismos primitivos de las vidas planetarias, también diferían grandemente. O al menos manifestaban una característica que incluso yo, la mente cósmica rudimentaria, había pasado por alto en los microorganismos. Se trataba de una voluntad o predilección que sólo puedo insinuar mediante una metáfora vacilante.

Pese a que incluso en su mejor momento estas criaturas eran física e intelectualmente muy simples, tenían el don de algo que me veo obligado a describir como una primitiva, pero intensa, conciencia religiosa, pues se regían por dos anhelos, ambos esencialmente religiosos. Deseaban (o más bien sufrían un impulso ciego hacia ello) la unión de unos con otros y ansiaban, con locura y pasión, reunirse de nuevo en la fuente de la que procedían.

El universo que habitaban era, por supuesto, un universo muy simple, incluso pobre. Para ellas, también, muy pequeño. Para cada una de ellas, el cosmos consistía en dos cosas: su propio cuerpo, casi sin rasgos, y los

⁵¹ Los megaterios, o más apropiadamente *Megatherium*, son una especie de mamíferos extintos emparentados con los actuales perezosos. Tenían un tamaño similar al de un elefante actual. Vivieron durante el Pleistoceno, como otras especies de megafauna, y se extinguieron hace unos 10 000 años, quizá por la presión cazadora humana.

cuerpos de las otras nebulosas. En esta primera época del cosmos las nebulosas estaban muy cerca unas de otras, ya que el volumen del cosmos era entonces pequeño en relación con sus partes, ya se hable de nebulosas o de electrones. En aquella época las nebulosas, que en la época del ser humano son como pájaros en libertad en el cielo, estaban confinadas, por así decirlo, dentro de un estrecho palomar. Así, cada una ejercía una influencia notable sobre sus congéneres. Y a medida que se organizaban más, en unidades físicas coherentes, distinguían más fácilmente entre su patrón de ondas nativo y las irregularidades que la influencia de sus vecinas le imponían. Y, por una propensión innata implantada en ellas desde el momento de su emergencia de la nube ancestral común, interpretaban en esa influencia la presencia de otras nebulosas-mente.

Así pues, las nebulosas en su apogeo eran vaga, pero intensamente, conscientes unas de otras como seres diferenciados. Lo eran, aunque se comunicaban entre sí pobremente y con lentitud. De la misma manera que los prisioneros confinados en celdas separadas se transmiten mutuamente una sensación de compañerismo golpeando las paredes de sus celdas, y con el tiempo pueden incluso elaborar un rudimentario sistema de señales, así las nebulosas se revelaban mutuamente su existencia ejerciendo fuerza gravitatoria sobre las otras y pulsando prolongados haces de luz. Incluso en la fase inicial de su existencia, cuando las nebulosas estaban muy cerca entre sí, un mensaje tardaba muchos miles de años en emitirse de principio a fin, y muchos millones de años en llegar a su destino. Cuando las nebulosas estuvieron en su apogeo, todo el cosmos reverberó con su charla.

En la fase más temprana de todas, cuando estas enormes criaturas, aún inmaduras, estaban aún muy cerca unas de otras, mediante sus conversaciones se esforzaban exclusivamente en revelarse mutuamente. Transmitían laboriosamente, con alegría infantil, su alegría de vivir, su hambre y dolor, sus caprichos, su idiosincrasia, el anhelo compartido por volver a estar unidos y ser, como a veces el ser humano ha dicho, uno en Dios.

Pero incluso en los primeros días, cuando aún pocas nebulosas habían madurado y la mayoría pensaba todavía con poca claridad, fue evidente para las más despiertas que, lejos de tender a la unidad, se alejaban constantemente. A medida que disminuía la interacción física entre ellas cada nebulosa percibía a sus compañeras encogiéndose en la distancia. Los mensajes tardaban cada vez más en obtener respuesta.

Si las nebulosas hubieran podido comunicarse telepáticamente habrían podido afrontar la expansión del universo sin desesperación. Pero, al parecer, estos seres eran demasiado simples como para entablar un contacto

mental directo y lúcido entre sí, lo que los condenaba a la separación. Y, como su ritmo vital era tan lento, les parecía que apenas se habían encontrado antes de separarse. Lamentaban con amargura la ceguera de su infancia y a medida que maduraban surgía en ellas no sólo la pasión por el mutuo deleite que llamamos amor, sino también la convicción de que el camino para reencontrarse con la fuente de la que habían surgido era la unión mental entre sí.

Cuando fue evidente lo inevitable de la separación, cuando la comunidad de estos seres sencillos, lograda con tanto esfuerzo, ya estaba fracasando por la comunicación cada vez más difícil, cuando las nebulosas más remotas ya se alejaban entre sí a gran velocidad, cada una se resignó a enfrentarse con el misterio de la existencia en absoluta soledad.

Siguió un eón, o para estas criaturas de vida lenta más bien un breve suspiro, en el que trataron, mediante el autocontrol sobre su propia carne y mediante la rectitud del espíritu, de encontrar la iluminación suprema que todo ser despierto, por su propia naturaleza, busca.

Pero ahora apareció un nuevo problema. Algunas de las nebulosas más ancianas aquejaban una extraña enfermedad que turbaba grandemente su meditación. Los bordes exteriores de su tenue carne empezaban a agruparse en pequeños flóculos. Con el tiempo se tornaron en granos apretados de fuego intenso y en el vacío intermedio no quedaron más que algunos átomos sueltos. Al principio la dolencia no parecía más grave que un sarpullido corriente en la piel de un humano, pero más tarde se extendió a los tejidos más profundos de la nebulosa y vino acompañada de graves problemas mentales. En vano aquellas criaturas condenadas hicieron de la necesidad virtud, considerando la plaga como una prueba enviada por los cielos. Aunque durante un tiempo pudieron dominarla con un simple pero heroico desprecio, sus estragos acabaron por doblegar su voluntad. Les pareció claro entonces que el cosmos era un lugar fútil y horroroso.

Pronto, las nebulosas más jóvenes observaron que sus mayores, una a una, caían en un estado de pereza y confusión que terminaba invariablemente en el sueño que los hombres llaman muerte. Pronto se hizo evidente, incluso para el espíritu más optimista, que esta enfermedad no era un accidente casual, sino el inherente destino de la naturaleza nebulosa.

Uno a uno, estos megaterios celestes fueron aniquilados, dando lugar a las estrellas.

Contemplando estos acontecimientos desde mi posición en el futuro lejano, yo, la rudimentaria mente cósmica, traté de mostrar a las moribundas nebulosas del pasado remoto que su muerte, lejos de ser el final, no

era sino una etapa inicial en la vida del cosmos. Esperaba poder consolarlas transmitiéndoles alguna idea del vasto e intrincado futuro y de mi propio despertar. Pero resultó imposible comunicarme con ellas. Aunque dentro de la esfera de su experiencia ordinaria denotaban cierto intelecto, fuera de ella eran casi imbéciles. Era como si un ser humano tratara de consolar a las células germinales de las que surgió hablándoles de su propia carrera de éxito en la sociedad humana.

Como este intento de consuelo fue vano dejé a un lado la compasión y me conformé con seguir hasta el final el colapso de la comunidad de nebulosas. Juzgada con estándares humanos, la agonía se prolongó inmensamente. Comenzó con la desintegración de las nebulosas más antiguas en estrellas y duró (o durará) hasta mucho después de la destrucción de la última raza humana en Neptuno. De hecho, la última de las nebulosas no se hundió en la completa inconsciencia hasta que muchos de los cadáveres de sus vecinas ya se habían transformado en sociedades simbióticas de estrellas y mundos-mente. Pero a las nebulosas, de vida tan lenta, la plaga les parecía una enfermedad galopante. Una tras otra, cada una de estas religiosas moles confrontaba a su sutil enemigo y libraba una elegante batalla, perdida de antemano, hasta que el estupor la abrumaba. Ninguna supo nunca que su carne desbaratada henchía de la más joven y veloz vida de las estrellas ni que ya la salpicaban aquí y allá las incomparablemente más pequeñas, incomparablemente más veloces e incomparablemente más ricas vidas de criaturas como el ser humano, cuyas historias abigarradas de acontecimientos quedaban comprimidas dentro de los últimos angustiosos momentos de esos monstruos primigenios.

2. EL MOMENTO SUPREMO SE ACERCA

El descubrimiento de la vida nebular conmovió profundamente a la incipiente mente cósmica en que me había convertido. Estudié con paciencia aquellos megaterios casi informes absorbiendo en mi propio ser compuesto el fervor de su naturaleza, simple pero profunda, pues estas criaturas simples perseguían su objetivo con un ahínco que eclipsaba el de los mundos y estrellas. Entré en su historia tan fervorosamente que yo misma, la mente cósmica, fui en cierto modo rehecha por la contemplación de estos seres. Considerando desde el punto de vista de las nebulosas la vasta complejidad y sutileza de los mundos vivientes empecé a preguntarme si las interminables divagaciones de los mundos se debían tanto a la riqueza del ser o más bien a su debilidad de percepción espiritual, tanto a la inmensamente variada potencialidad de su naturaleza o más bien a la pura falta de control.

La aguja de una brújula mal imantada oscila una y otra vez de oeste a este y tarda mucho en apuntar a la dirección correcta. Una más sensible se orienta inmediatamente hacia el norte. ¿La descomunal complejidad de cada mundo, con su multitud de miembros diminutos (también complejos), no habría confundido la dirección correcta de todo espíritu? ¿Acaso aquellos inmensos seres primitivos, con su simplicidad y vigor espiritual, habrían logrado algo de altísimo valor que la complejidad y la sutileza de los mundos nunca podrían alcanzar?

Pero ¡no! Por excelente que fuera la mentalidad de las nebulosas, a su extraña manera, las mentalidades estelar y planetaria tenían también sus virtudes especiales. Y de las tres, la planetaria debía de ser la más valiosa, pues era la que mejor podía comprender a las tres.

Ahora me permití creer que yo, al incluir por fin en mi propio ser una conciencia íntima no sólo de muchas galaxias, sino también de la primera fase de la vida cósmica, podía considerarme con cierta justicia como la mente incipiente del cosmos en su conjunto.

Pero las galaxias despiertas que me conformaban seguían siendo sólo una pequeña minoría de la población total de galaxias. Seguí ayudando, influyendo telepáticamente, a las muchas galaxias que estaban en el umbral de la madurez mental. Si pudiera incluir dentro de la comunidad cósmica de galaxias despiertas a algunos centenares más, tal vez yo mismo, la mente comunal, podría fortalecerme hasta el grado de superar mi estancamiento en la infancia mental hacia algo más parecido a la madurez. Veía claro, incluso ahora, en mi estado embrionario, que estaba preparándome para alguna nueva revelación y que, si la fortuna acompañaba, podría encontrarme en presencia de aquello que en el lenguaje humano de este libro se ha llamado Hacedor de Estrellas.

En aquel momento, mi anhelo por esa presencia se había tornado en una pasión que me desbordaba. Me parecía que el velo que aún ocultaba el origen y el fin de todas las nebulosas, estrellas y mundos ya se estaba levantando. Aquello que había movido a tantos seres a la adoración, pero que no se había revelado claramente a nadie, aquello por lo que todos los seres se habían esforzado ciegamente, representándose a sí mismos mediante las imágenes de una miríada de divinidades, estaba ahora, lo sentí, a punto de revelarse a mí, al incompleto, pero aún en crecimiento, espíritu del cosmos.

Yo, a quien habían idolatrado una multitud de mis pequeños miembros, yo, cuyos logros trascendían sus sueños, me sentí oprimido, abrumado, por el sentimiento de mi propia pequeñez e imperfección. Porque

la presencia, aún velada, del Hacedor de Estrellas ya me dominaba con su terrible poder. Cuanto más ascendía por el camino del espíritu más elevadas me parecían las alturas que se encontraban ante mí. Lo que una vez pensé que era la cumbre, la completa revelación, la veía ahora como el pie de una colina. El verdadero ascenso quedaba más allá. Empinado, escarpado, glacial, oculto entre tinieblas. Nunca, nunca podría escalar ese precipicio. Y, sin embargo, debía seguir adelante. El deseo irrefrenable vencía al terror.

Mientras tanto, bajo mi influencia, las galaxias inmaduras alcanzaban una a una ese grado de lucidez que les permitía unirse a la comunidad cósmica enriqueciéndome con su particular experiencia. Pero el declive físico del cosmos proseguía. Para cuando la mitad del total de galaxias había alcanzado la madurez quedaba ya claro que pocas más lo lograrían.

Apenas quedaban estrellas vivientes en ninguna galaxia. De entre la multitud de estrellas muertas, algunas, sometidas a desintegración atómica, se utilizaban como soles artificiales y fueron rodeadas por muchos miles de planetas artificiales. Pero la gran mayoría de ellas, ya solidificadas, estaban pobladas. Después de un tiempo fue preciso evacuar todos los planetas, pues incluso los soles artificiales despilfarraban la energía. Se destruyó, por tanto, una a una las especies que los habitaban, legando la materia de sus mundos y toda su sabiduría a los habitantes de las estrellas apagadas. A partir de entonces, el cosmos, que alguna vez había sido un ardiente enjambre de galaxias, cada una de ellas un enjambre de estrellas, estuvo compuesto enteramente por cadáveres de estrellas. Estos granos oscuros flotaban por la vacía oscuridad como un humo infinitamente tenue elevándose de un fuego extinguido. Sobre estas motas, sobre estos mundos gigantes, sus últimos moradores creaban aquí y allá, con su iluminación artificial, un resplandor pálido, invisible incluso desde el anillo más interno de planetas abandonados.

Con diferencia, el tipo de ser vivo más común en estos mundos estelares era el enjambre inteligente de diminutos gusanos o de insectoides. Pero también había diversas especies de criaturas mayores, de un curioso tipo, bien adaptado a la prodigiosa gravitación de tan gigantes mundos. Eran una especie de mantas vivientes. Tapizaba su superficie inferior un sinnúmero de diminutas patas, que también eran bocas. Éstas sostenían un cuerpo de no más de una pulgada de espesor, si bien medían hasta dos yardas de ancho y diez de largo. En su extremo delantero poseía unos «brazos» manipuladores, casi confundidos entre las patas. La superficie superior de

su cuerpo quedaba cubierta de poros, dispuestos como en panal y empleados para respirar, así como de una gran variedad de órganos sensoriales. Entre ambas superficies se encontraban los órganos metabólicos y una vasta región cerebral. A un ser humano le parecerían un despojo. En comparación con los enjambres de gusanos y de insectos tenían la ventaja de su más estable unidad mental y la superior especialización de los órganos. Pero eran menos versátiles y menos adaptables a la vida subterránea que más tarde se impondría a todas las poblaciones.

Esos enormes mundos oscuros, oprimidos por el inmenso peso sus atmósferas, plagados de increíbles extensiones de océano, donde las olas, incluso durante las más furibundas tormentas apenas eran más que ondulaciones en un tanque de mercurio, pronto estuvieron repletos de ciudades enjambre de gusanos e insectoides de variada especie y de refugios precarios para las criaturas manta. La vida en estos mundos era casi como la vida en una planilandia⁵² bidimensional. Hasta los más rígidos materiales artificiales eran demasiado débiles para permitir estructuras elevadas.

A medida que pasaba el tiempo el calor interno de las estrellas solidificadas se iba agotando. Fue preciso desintegrar los átomos de sus núcleos rocosos para sostener la civilización y así, con el tiempo, cada mundo estelar se convirtió en una esfera cada vez más hueca, sostenida por un sistema de grandes contrafuertes internos. Una a una, las poblaciones, o más bien los descendientes de las poblaciones anteriores, renovados y especialmente adaptados, se retiraron al interior de las estrellas desoladas.

Estas poblaciones, encarceladas en sus mundos ahuecados, físicamente aisladas del resto del cosmos, sostenían telepáticamente la mente cósmica. Eran mi carne. Con la inevitable expansión del universo las oscuras galaxias llevaban ya tantos eones separándose, y tan rápidamente, que la propia luz no podía ya salvar el abismo que las separaba. Pero esta prodigiosa desintegración del cosmos tuvo para sus pobladores tan poca importancia como el aislamiento físico de estrella a estrella por el cese de toda radiación y de todo viaje interestelar. La abundante población, que pululaba por las galerías de los muchos mundos, mantuvo su unión telepática. Se conocían íntimamente en toda su diversidad. Juntos sostenían la

⁵² Probablemente una referencia de Stapledon a la sensacional novela *Flatland: A Romance in Many Dimensions* (1884), traducida al español como *Planilandia: una novela en muchas dimensiones*. Su autor fue el escritor y teólogo inglés Edwin Abbot (1838-1926). La obra, además de entrar en disquisiciones de tipo matemático, tiene un profundo calado social. Existe una muy recomendable edición en español de excelente factura de José J. de Olañeta Editor.

mente común con total conciencia del vívido e intrincado pasado del cosmos y con un incansable esfuerzo por alcanzar la meta espiritual antes de que el aumento de la entropía destruyera el tejido viviente de la civilización que habían heredado.

Ésta era la situación del cosmos cuando se acercaba al momento supremo de su carrera, la iluminación que todos los seres de toda época habían perseguido en la oscuridad. Era extraño que estas poblaciones de los últimos tiempos, hacinadas y empobrecidas, racionando sus últimas pizcas de energía, logaran la tarea que había derrotado a las brillantes multitudes de épocas anteriores. Ciertamente, el suyo era el caso del chochín que superó al águila⁵³. A pesar de las limitaciones fueron capaces de mantener tanto la estructura esencial de una comunidad cósmica como de sostener la mente cósmica. Gracias al profundo conocimiento heredado utilizaron el pasado para abarcar con su sabiduría hasta mucho más allá de lo posible con cualquier sabiduría pasada. El momento supremo del cosmos no fue (o no será) un momento según los estándares humanos, aunque según los estándares cósmicos sí fue un breve instante. Para cuando poco más de la mitad de la población total de muchos millones de galaxias se había incorporado plenamente a la comunidad cósmica, quedó claro que no cabía esperar mucho más. Siguió un periodo de meditación universal. Las poblaciones mantuvieron entre estrecheces sus civilizaciones utópicas, vivieron sus vidas personales de trabajo y relación social y, al mismo tiempo, en el plano comunal, replantearon los fundamentos de la cultura cósmica. De esta fase apenas puedo decir nada. Bastará contar que a cada galaxia y a cada mundo le fue asignada una función mental creadora específica y que todos asimilaron el trabajo de todos. Al final de este período, yo, la mente comunal, emergí rehecha, como de una crisálida. Y durante un breve instante, que fue en verdad el momento supremo del cosmos, me encontré cara a cara con el Hacedor de Estrellas.

Al autor humano de este libro ya no le queda nada de ese momento interminable, eterno, que experimenté como mente cósmica, excepto la

⁵³ Se refiere a un cuento tradicional escocés. El águila y el chochín (que es un ave menuda, de gran vivacidad) se retaron para ver cuál llegaba más alto en su vuelo, y ésa sería la reina de las aves. El chochín salió disparado hacia el cielo, mientras el águila ganaba altura describiendo amplios círculos. Cuando el chochín se cansó se posó inadvertidamente en la espalda del águila. Cuando el águila, sintiéndose vencedora, llegó al límite de sus fuerzas y se interesó por la posición del chochín encontró que éste la había vencido, al quedar un poco por encima de ella.

reminiscencia de una amarga bienaventuranza, junto con unos pocos recuerdos incoherentes de la propia experiencia que esa bienaventuranza disparó en mí.

De alguna manera debo contar algo de esa experiencia. Inevitablemente me enfrento a esa tarea con una sensación abismal de incompetencia. Ni las mejores mentes de la humanidad, de toda época, lograron nunca describir sus momentos de más profunda comprensión. Entonces, ¿cómo atreverme yo a intentarlo? Y pese a todo, debo hacerlo. Aun a riesgo de un merecido ridículo, desprecio y censura moral. Aunque balbucee, explicaré lo que vi. Si un náufrago en su balsa es arrastrado impotentemente por costas maravillosas y luego vuelve a casa... no puede callarlo. Un hombre culto lo ignorará, desdeñando su acento grosero y su torpe dicción. Los entendidos se reirán de su incapacidad para distinguir realidad de ilusión. Pero debe hablar.

3. EL MOMENTO SUPREMO Y DESPUÉS

En el momento supremo del cosmos, a mí, como mente cósmica, me pareció estar confrontando el principio y fin de todas las cosas finitas.

Naturalmente, en aquel momento no percibí con los sentidos al espíritu infinito, el Hacedor de Estrellas. No percibí por los sentidos más que lo que ya percibía antes, el populoso interior de muchos mundos estelares moribundos. Pero a través del medio que en este libro he llamado «telepático» recibía ahora una percepción más profunda. Sentí junto a mí la presencia del Hacedor de Estrellas. En los últimos tiempos, como he dicho, ya me había invadido con fuerza la sensación de la presencia velada de algún ser distinto de mí, distinto de mi cuerpo cósmico y de mi mente consciente, distinto de mis miembros vivos y de los enjambres de estrellas consumidas. Pero ahora el velo, trémulo, se me hizo semitransparente a la visión mental. El principio y fin de todo, el Hacedor de Estrellas, se me desveló, oscuramente, como un ser ciertamente distinto de mi yo consciente, objetivo a mi vista, aunque como insertado en mi propia naturaleza. En verdad, como yo mismo, aunque infinitamente más que yo mismo.

Me pareció ver ahora al Hacedor de Estrellas en dos aspectos. Uno, como el creador de la espiritualidad que me había alumbrado a mí, al cosmos. Otro, el más aterrador, como algo incomparablemente más grande que la creatividad, como la perfección eterna e inmutable del espíritu absoluto.

Yermas, estériles, triviales son estas palabras. Pero no lo fue la experiencia.

Enfrentado a este infinito, que yacía más profundo que las más profundas de mis raíces y se erguía más alto que mi mayor alcance, yo, la mente cósmica, la flor y nata de todas las estrellas y mundos, me horroricé, como cualquier salvaje se horroriza ante el relámpago y el trueno. Y mientras me sentía abyecto ante el Hacedor de Estrellas, inundó mi mente una avalancha de imágenes. Las deidades ficticias de todas las especies de todos los mundos se agolparon sobre mí, símbolos de majestad y ternura, de poder despiadado, de creatividad ciega y de sabiduría omnisciente. Y aunque estas imágenes no fueran más que fantasías creadas por sus mentes, me pareció que todas y cada una de ellas encarnaban algún aspecto auténtico del impacto del Hacedor de Estrellas sobre sus criaturas.

Mientras contemplaba esa multitud de deidades que se elevaban hacia mí como una humareda desde los muchos mundos una nueva imagen, un nuevo símbolo del espíritu infinito, tomó forma en mi mente. Aunque nacía en mi propia imaginación cósmica alguien mayor que yo lo engendraba. Al escritor humano de este libro poco le queda de aquella visión que tanto me humilló y engrandeció como mente cósmica. Pero me esforzaré por evocarla en esta frágil redcilla de palabras lo mejor que pueda.

Me pareció que había retrocedido en el tiempo hasta el momento de la creación. Observé el nacimiento del cosmos.

El espíritu meditaba. Aunque infinito y eterno, se había limitado a un ser finito y temporal, y meditaba sobre un pasado que no le complacía. Estaba insatisfecho con alguna creación pasada, oculta para mí y le insatisfacía, también, su propia naturaleza pasajera. El descontento impulsaba al espíritu a una nueva creación.

Pero ahora, según la fantasía que mi mente cósmica concebía, el espíritu absoluto, autolimitado como creador, extrajo de sí mismo un átomo de su infinita potencialidad. Preñaba este microcosmos el germen de un tiempo y un espacio propios y de todas las clases de seres cósmicos. Dentro de este cosmos puntual, una inmensidad (aunque no innumerable) de centros de poder físico, que los hombres conciben vagamente como electrones, protones y demás, coincidían al principio unos con otros. Todos latentes. La materia de diez millones de galaxias yacía latente en un punto.

Dijo el Hacedor de Estrellas: «haya luz», y hubo luz⁵⁴. De todos los cuerpos físicos, coincidentes y puntuales, saltó y resplandeció la luz. El

⁵⁴ Stapledon usa literalmente el versículo Génesis 1:3, donde reemplaza Yaveh o Dios por «Hacedor de Estrellas». La versión empleada en esta traducción procede de la versión de la Biblia Nácar-Colunga. *Dijo Dios: «Haya luz», y hubo luz.*



cosmos estalló, realizando su potencial de espacio y tiempo. Los cuerpos físicos, como fragmentos de una bomba que ha explotado, salieron despedidos. Pero cada uno retuvo en sí, como un recuerdo y un anhelo, el espíritu único del todo. Y cada uno reflejó en sí aspectos del resto a lo largo de todo el espacio y tiempo cósmico.

El cosmos, ya no puntual, fue ahora un volumen en constante expansión de materia inconcebiblemente densa y de radiaciones inconcebiblemente violentas. Y fue un espíritu infinitamente disociado que dormía.

Pero decir que el cosmos se expandía equivalía a decir que sus partes se contraían. Sus centros de poder, todos al principio coincidentes en el cosmos puntual, generaron ellos mismos el espacio cósmico por su desvinculación entre sí. La expansión de todo el cosmos no era sino la contracción de todas sus unidades físicas y de las longitudes de onda de su luz. Aunque el cosmos tuviera siempre un volumen finito, para las ondas de luz sería ilimitado y sin centro. Como la superficie de una esfera en expansión carece de límites y de centro, así el volumen en expansión del cosmos carecía de límites y de centro. Y como la superficie esférica está centrada en un punto ajeno a ella, en una «tercera dimensión», así el volumen del cosmos está centrado en un punto ajeno a él, en una «cuarta dimensión».

La atestada nube de fuego en expansión se hinchó hasta alcanzar el tamaño de un planeta, de una estrella, de toda una galaxia y de diez millones de galaxias. Y al hincharse se hizo más tenue, menos brillante, menos turbulenta. Finalmente, tensada por el conflicto entre su expansión y la adhesión mutua de sus partes, la nube cósmica se desintegró en muchos millones de nubes, el enjambre de las grandes nebulosas.

Durante un tiempo estuvieron tan próximas entre sí en relación con su volumen como los cúmulos en un cielo nuboso. Pero los espacios entre ellas se ensancharon, hasta que se separaron como flores en un arbusto, como abejas volando en un enjambre, como aves migratorias, como barcos en el mar. Cada vez se alejaron más rápidamente unas de otras, al mismo tiempo que cada nube se contraía, convirtiéndose primero en una bola de plumón, luego en una lente giratoria y, más tarde, en un llamativo torbellino de corrientes estelares.

El cosmos siguió expandiéndose, hasta que las galaxias más alejadas unas de otras se separaron tan rápidamente que la luz que se desplegaba por el cosmos ya no pudo salvar el abismo entre ellas.

Pero yo, con mi mirada imaginativa, conservaba todas ellas a la vista. Como si alguna otra luz, una luz hipercósmica e instantánea, surgiendo de

ninguna parte del espacio cósmico, iluminara todas las cosas interiormente.

De nuevo, esta vez bajo una luz nueva, fría y penetrante, observé todas las vidas de las estrellas y de los mundos, y de las comunidades galácticas. También de mí mismo, hasta el momento en que ahora me encontraba, confrontado a la infinitud que los hombres llaman Dios y conciben según sus apetencias humanas.

También intenté ahora aprehender el espíritu infinito, el Hacedor de Estrellas, hilando su imagen con mi propia naturaleza finita, aunque cósmica. Porque ahora me parecía... me parecía que de repente sobrepasé la visión tridimensional propia de todas las criaturas y que vi físicamente al Hacedor de Estrellas. Vi, aunque en ninguna parte del espacio cósmico, la fuente resplandeciente de luz hipercósmica, como si fuera un punto abrumadoramente brillante, una estrella, un sol más poderoso que todos los soles juntos. Me pareció que esta refulgente estrella era el centro de una esfera cuatridimensional cuya superficie curva era el cosmos tridimensional. Yo, su criatura cósmica, percibí esta estrella de estrellas, esta estrella que era en verdad el Hacedor de Estrellas, durante un instante antes de que su fulgor abrasara mi visión. Y en ese momento supe que había visto la fuente misma de toda luz, vida y mente cósmicas. Y supe de cuántas cosas más aún no sabía nada.

Pero esta imagen, este símbolo que mi mente cósmica había concebido bajo la tensión de esa experiencia inconcebible, se rompió y se transformó en el mismo acto en que la concebí. Así de inadecuada era para la realidad de esa experiencia. Remontándome por mi ceguera hasta el momento de la visión, concebí ahora que había percibido a la estrella que era el Hacedor de Estrellas, centro inmanente de toda existencia, como mirándome a mí, su criatura, desde las alturas de su infinitud. Al verlo extendí inmediatamente las pobres alas de mi espíritu para elevarme hacia él, sólo para ser cegado, abrasado y derribado. Me pareció, en el momento de mi visión, que daban fuerza a mis alas todo el anhelo y la esperanza de todos los espíritus finitos por unirse con el espíritu infinito. Me pareció que la Estrella, mi Hacedor, se inclinaría para recogerme y elevarme envuelto en su esplendor y me pareció que yo, el espíritu de tantos mundos, fruto de tantos eones, era la Iglesia Cósmica, apta por fin para desposarse con Dios. Pero, en lugar de ello, fui cegado, abrasado y abatido por una luz terrible.

No fue sólo el resplandor físico lo que me derribó en el momento supremo de mi vida. En ese instante supe la intención con la que el espíritu

infinito había hecho y sostenido el cosmos, observando su torturado crecimiento. Y ese descubrimiento fue lo que me derribó.

No confrontaba a un amor acogedor y bondadoso, sino a un espíritu muy diferente. Y de inmediato supe que el Hacedor de Estrellas no me había creado para ser ni su esposa ni su retoño más preciado, sino para otro fin.

Me pareció que me contemplaba desde la altura de su divinidad con la atención distante, aunque apasionada, con la que un artista juzga su obra terminada regocijándose sereno de su logro, pero, al cabo, reconociendo los defectos irreversibles de su concepción inicial, deseando ya una nueva creación.

Su mirada me diseccionó con serena habilidad, señalando mis imperfecciones y absorbiendo para su propio enriquecimiento cada pequeña excelencia que yo había alcanzado en la lucha edad tras edad.

En mi agonía grité contra mi despiadado creador. Grité que, después de todo, la criatura era más noble que el creador. Pues la criatura amaba y ansiaba amor, incluso de la estrella que era el Hacedor de Estrellas. Pero el creador, el Hacedor de Estrellas, ni amaba ni necesitaba amor.

Pero tan pronto como grité en mi miserable ceguera caí mudo de vergüenza. Porque de repente vi claro que la virtud en el creador no es la misma que la virtud en la criatura. Porque el creador, si amara a su criatura, sólo amaría una parte de sí mismo; pero la criatura, adorando al creador, adora una infinitud más allá de sí. Vi que la virtud de la criatura es amar y alabar, mientras que la virtud del creador es crear y ser el infinito, ser la meta irrealizable e incomprensible de las criaturas que lo adoran.

Una vez más, pero con vergüenza y alabanza, clamé ante mi creador. Dije: «Es suficiente, y mucho más que suficiente, ser la criatura de un espíritu tan digno de temor y amor, de infinito potencial, cuya naturaleza sobrepasa la comprensión incluso de la mente de todo un cosmos. Bástame con haber sido creado, con haberme expresado por un instante ante el espíritu infinito lleno de creación. Es infinitamente más que suficiente haber sido utilizado, haber sido un esbozo para otra creación más perfeccionada.»

Y entonces me invadió una extraña paz y una extraña alegría.

Mirando el futuro vi sin pena, más bien con tranquilo interés, mi propio declive y caída. Vi cómo los habitantes de los mundos estelares iban agotando los recursos que sostenían sus frugales civilizaciones. Desintegraban tanta materia del interior de las estrellas que se arriesgaban al colapso de sus mundos. Y, en efecto, algunos se hacían añicos derrumbándose sobre sus centros ahuecados, aniquilando a los pueblos que los habitaban. La

mayoría, antes de alcanzar ese punto crítico, se rehacían, pacientemente se desmenuzaban y reconstruían a menor escala. Una a una, cada estrella se convertía en un mundo de tamaño meramente planetario. Algunos, no mayores que la Luna. Las propias poblaciones reducían su número a una millonésima parte de la original. Sostenían, dentro de cada pequeño grano hueco, en condiciones más y más penosas, el puro esqueleto de la civilización.

Mirando desde el momento supremo del cosmos hacia los eones venideros vi a sus habitantes aferrarse todavía a la esencia de su antigua cultura. Aún vivían sus vidas personales con entusiasmo e interminable iniciativa, practicando todavía el intercambio telepático entre mundos, compartiendo todavía telepáticamente todo lo que era de valor en sus respectivos mundos espirituales, sosteniendo todavía una comunidad cósmica verdadera, con su única mente cósmica. Me vi a mí mismo conservando aún, aunque cada vez con mayor dificultad, la lucidez, luchando contra la aparición de la somnolencia y la senilidad. Ya no albergaba la esperanza de alcanzar un estado más glorioso que el que conocí, ni la de depositar una ofrenda de adoración no tan imperfecta ante el Hacedor de Estrellas. Sólo sentía ansia de experiencia y de lealtad al espíritu.

Pero, inevitablemente, la decadencia me alcanzó. Un mundo tras otro, luchando contra las crecientes dificultades económicas, se vio obligado a reducir su población por debajo del número preciso para hacer funcionar su propia mente comunal. Así, como un cerebro en degeneración, ya no pudieron participar de la experiencia cósmica.

Escudriñando más allá, desde mi posición en el momento supremo del cosmos, me vi a mí mismo, la mente cósmica, precipitándome sin remisión hacia la muerte. Pero en este mi último eón, cuando todos mis poderes menguaban y la carga de mi cuerpo decadente oprimía mi debilitado coraje, el evanescente recuerdo de la reciente lucidez aún me consolaba. Porque, confusamente, sabía que incluso en esta mi última y más lastimosa etapa, seguía bajo la mirada entusiasta, aunque desprendida, del Hacedor de Estrellas.

Sondeando más en el futuro, desde el momento de mi suprema madurez, contemplé mi muerte, la ruptura final del contacto telepático del que dependía mi ser. A partir de entonces los escasos mundos supervivientes vivieron en absoluto aislamiento, en esa barbarie a la que el ser humano llama civilización. Luego, en un mundo tras otro, los rudimentos básicos de la civilización material comenzaron a fallar, en especial las técnicas de

la desintegración atómica y la fotosíntesis. Mundo tras mundo, o bien explotaron por accidente consumiendo la poca materia remanente, convirtiéndose en una esfera de ondas de luz que se extendía y desvanecía en la inmensa oscuridad, o bien murieron miserablemente de hambre y frío. Finalmente no quedó en todo el cosmos más que la oscuridad y las apagadas nubes de polvo que una vez habían sido galaxias. Transcurrieron eones incontables. Poco a poco, estos vahos de granos pulverulentos se contrajeron sobre sí mismos por su atracción gravitatoria. Al fin, no sin ardientes colisiones entre los granos errantes, toda la materia de cada nube se concentró hasta convertirse en un solo cuerpo. La presión de las enormes regiones exteriores calentó el centro de cada cuerpo hasta la incandescencia e incluso hasta la actividad explosiva. Poco a poco, los últimos recursos del cosmos fueron irradiados desde esas bolas en enfriamiento. No quedaron más que roca y las inconcebiblemente débiles ondas de radiación que se extendían en todas direcciones a través del cosmos en expansión constante, demasiado lentas para salvar los abismos cada vez mayores entre esas islas rocosas.

Como cada esfera rocosa, que una vez fue una galaxia, quedaba más allá de toda posible influencia física de sus semejantes y no quedaban mentes que mantuvieran contacto telepático entre ellas, cada una conformaba un universo completamente separado. Y como todo cambio había cesado, el tiempo propio de cada estéril universo también cesó.

Puesto que aparentemente éste iba a ser el fin estático y eterno, devolví mi fatigada atención de nuevo hacia el momento supremo, que era de hecho mi presente, o más bien mi pasado inmediato. Y con todo el poder de la madurez de mi mente traté de ver más claramente qué era lo que había habido para mí en ese momento. Porque en aquel instante en que vi la estrella resplandeciente que era el Hacedor de Estrellas vislumbré, en el mismísimo ojo de aquel esplendor, extrañas visiones del ser; como si en las profundidades del pasado hipercósmico, y también del futuro hipercósmico, pues coexistían en la eternidad, yacieran cosmos tras cosmos.



CAPÍTULO XIV. EL MITO DE LA CREACIÓN

UN CAMINANTE EN UNA REGIÓN MONTAÑOSA, PERDIDO EN LA NIEBLA Y yendo a tientas de roca en roca, puede emerger de repente de la nube para encontrarse al borde mismo de un precipicio. Abajo ve valles y colinas, llanuras, ríos e intrincadas ciudades, el mar con todas sus islas y, en lo alto, el sol. Así yo, en el momento supremo de mi experiencia cósmica, emergí de la niebla de mi finitud para encararme con un cosmos tras otro y con la luz misma, que no sólo ilumina, sino que da vida a todo. Inmediatamente, la niebla volvió a cerrarse sobre mí.

Esa extraña visión, inconcebible para cualquier mente finita, incluso de estatura cósmica, es indescriptible. Yo, el pequeño individuo humano, estoy ahora infinitamente alejado de ella. Incluso desconcertó a la propia mente cósmica. Sin embargo, si no fuera a contar lo que contuvo el momento culminante de mi aventura, defraudaría el espíritu de esta obra. Aunque el lenguaje humano e incluso el propio pensamiento humano son tal vez incapaces por su propia naturaleza de la verdad metafísica debo ingeniármelas para expresarlo de alguna forma, aunque sólo sea mediante metáforas.

Todo lo que puedo hacer es glosar, lo mejor que permiten mis pobres facultades humanas, algo de las extrañas y tumultuosas impresiones que dejó esa visión sobre mi imaginación cósmica cuando la intolerable lucidez ya me había cegado y yo me esforzaba a tientas por recuperar lo que fuera que se me había revelado. En esta ceguera mía la visión evocó en mi mal-trecha mente un reflejo fantástico de sí misma, un eco, un símbolo, un mito, una ensoñación, despreciable por burda y falsa, aunque, según creo, no del todo carente de significado. Contaré este pobre mito, esta mera parábola, en la medida en que pueda recordarlo en mi estado como mero humano. No puedo hacer más. Aunque ni siquiera esto podré lograr. No una vez, sino ciento, he dado cuenta por escrito de mi sueño, para luego destruirlo por inadecuado. Con esta sensación de fracaso absoluto apenas podré bosquejar más que unas pocas de sus características más inteligibles.

Mi mito presentaba un aspecto de la visión real de una manera muy desconcertante, impropia. Según mi mito, mi momento supremo como mente cósmica contuvo, en realidad, toda la eternidad, que venía conformada con una multiplicidad de secuencias temporales totalmente distintas entre sí. Porque, aunque en lo eterno todos los tiempos están presentes (y por ser perfecto el espíritu infinito comprende en sí mismo la totalidad de

los logros de todas las creaciones posibles), esto no podía ser a menos que en su finitud, es decir, en su modo temporal y creativo, el espíritu infinito y absoluto concibiera y ejecutara toda la vasta serie de creaciones. En pro de la creación el espíritu eterno e infinito se dota de tiempo dentro de su eternidad e incorpora toda la prolongada secuencia de creaciones.

En mi sueño el propio Hacedor de Estrellas, como espíritu eterno y absoluto, contemplaba intemporalmente todas sus obras. Pero también, en su modo finito y creativo del espíritu absoluto, daba cuerpo a sus creaciones, una tras otra, en la secuencia temporal particular de su propia epopeya y de su maduración. Y, además, cada una de sus obras, cada cosmos, estaba dotado de su propio tiempo peculiar, de tal manera que el Hacedor de Estrellas podía ver toda la secuencia de acontecimientos de cualquier cosmos no sólo desde dentro del propio tiempo cósmico, sino también externamente, desde el tiempo propio de su propia vida, con todas las épocas cósmicas coexistiendo juntas⁵⁵. Según el extraño sueño o mito que se apoderó de mi mente, el Hacedor de Estrellas, en su modo finito y creador, era en realidad un espíritu en desarrollo, un espíritu que aún estaba despertando. Que él fuera así, y sin embargo eternamente perfecto, es por supuesto humanamente inconcebible. Pero mi mente, sobrecargada con la visión sobrehumana, no encontró otra forma de expresarse a sí misma el misterio de la creación.

Eternamente, así me lo decía mi ensoñación, el Hacedor de Estrellas es perfecto y absoluto. Sin embargo, al principio del tiempo propio de su modo creador era una deidad niño, inquieta, ansiosa, poderosa, pero sin dirección clara. Estaba dotado de total poder creador. Podía concebir universos con toda clase de atributos físicos y mentales. Sólo lo limitaba la lógica. Así, podía disponer las leyes naturales más sorprendentes, pero no podía, por ejemplo, hacer que dos veces dos fueran cinco. La inmadurez lo limitaba, también, en sus fases iniciales, cuando pasaba por el trance de la infancia. Aunque la fuente inconsciente de su deseo consciente de exploración y creación no era otra que su propia esencia eterna, en lo consciente, al principio, no era más que una difusa y ciega ansia por crear.

En sus comienzos se puso inmediatamente a explorar su poder. Objetivó de sí mismo algo de su propia sustancia inconsciente para que fuera el soporte de su arte y lo moldeó con un propósito consciente. Así, una y otra vez creó un cosmos de juguete tras otro.

⁵⁵ El autor incluye un diagrama que explica este pasaje. Véase la Escala Temporal 3, después de la novela.

Pero la propia sustancia inconsciente del Hacedor de Estrellas que creaba no era otra cosa que el propio espíritu eterno, el Hacedor de Estrellas en su faceta eterna y perfecta. Así, en sus fases inmaduras, cada vez que evocaba desde su propia profundidad la sustancia bruta de un cosmos, esa sustancia resultaba no ser informe sino rica en potencialidades determinadas: lógicas, físicas, biológicas, psicológicas. Estas potencialidades se mostraban a veces refractarias al propósito consciente del joven Hacedor de Estrellas. No siempre podía reconciliarlas y menos aún realizarlas. Me parecía que esta idiosincrasia, connatural al medio, a menudo derrotaba su plan, pero que también le sugería vez tras vez concepciones más fértiles. Una y otra vez, según mi mito, el Hacedor de Estrellas aprendía de su criatura, y así la superaba y surgía el anhelo de trabajar sobre un plan más amplio. Una y otra vez dejó de lado un cosmos acabado y evocó de sí mismo una nueva creación.

Muchas veces, en la primera parte de mi sueño, sentí dudas sobre lo que el Hacedor de Estrellas se afanaba por conseguir con su creación. No pude menos que creer que su propósito, al principio, no estaba claramente concebido. Evidentemente, él mismo tuvo que descubrirlo poco a poco y, a menudo, sus obras me parecieron tanteos y sus objetivos confusiones. Pero alcanzada la madurez quiso crear tan plenamente como le fuera posible, sacar a relucir todo el potencial de sus medios, crear obras cada vez más sutiles y de una diversidad cada vez más armoniosa. A medida que aclaraba su propósito parecía incorporar también la voluntad de crear universos conteniendo cada uno de ellos algún logro singular de conciencia y expresividad, pues el que su criatura lograra percepción y volición era aparentemente el instrumento por el cual el propio Hacedor de Estrellas, cosmos tras cosmos, despertaba a una más aguda lucidez.

Así fue cómo, a través de la sucesión de sus criaturas, el Creador de Estrellas avanzó de etapa en etapa progresando de una divinidad infantil a una madura.

Así fue cómo, al final, se convirtió en lo que desde el punto de vista eterno ya era en el principio, la base y la cúspide de todas las cosas.

Con la irracionalidad típica de los sueños este mito onírico surgido en mi mente representaba al espíritu eterno como la causa y el resultado, a la vez, de la infinita multitud de existencias finitas. De alguna manera ininteligible todas las cosas finitas, aunque fueran en cierto sentido quimeras del espíritu absoluto, eran también esenciales para su existencia misma. Fuera de ellas, carecía de ser. Pero no puedo decir si esto era una verdad fundamental o sólo una ficción trivial de mi sueño.



CAPÍTULO XV. EL HACEDOR Y SUS OBRAS

1. CREACIONES INMADURAS

DE ACUERDO CON EL FANTÁSTICO MITO O SUEÑO QUE MI MENTE EVOCÓ DE su experiencia tras el momento supremo, el cosmos concreto que había llegado a considerar como «yo mismo» no se sitúa ni al principio ni al final de la vasta serie de creaciones. Parecía ser en algunos aspectos la primera obra madura del Hacedor de Estrellas, pero en comparación con creaciones posteriores era en muchos aspectos aún juvenil en espíritu.

Si bien las primeras creaciones expresan la naturaleza del Hacedor de Estrellas sólo en su fase inmadura la mayoría se apartaban marcadamente del alcance del pensamiento humano, así que ahora apenas puedo evocarlas. Me dejaron poco más que una vaga impresión de la multiplicidad y diversidad de las obras del Hacedor de Estrellas. Sin embargo, como me quedan algunos retales humanamente inteligibles, debo dejar registro.

En la tosca interfaz que era mi sueño el primer cosmos de todos apareció como algo sorprendentemente simple. El niño Hacedor de Estrellas, molesto, así me lo pareció, por su potencial no expresado, concibió y objetivó a partir de sí mismo dos cualidades. Sólo con ellas creó su primer cosmos de juguete, un ritmo temporal, por así decirlo, de sonido y silencio. A partir de este primer y simple toque de tambor, premonitorio de mil creaciones, desarrolló con un entusiasmo infantil, pero divino, un redoble parpadeante, una cambiante complejidad rítmica. Luego, a través de la contemplación de la simple forma de su criatura, concibió la posibilidad de una creación más sutil. Así, la primera de todas las criaturas engendró en su creador una necesidad que él mismo nunca podría satisfacer. Y con eso el Hacedor de Estrellas niño puso fin a su primer cosmos. Mirándolo desde fuera del tiempo cósmico que había generado aprehendió toda su trayectoria como presente, aunque no por ello dejara de fluir. Cuando hubo evaluado tranquilamente su obra retiró su atención de ella y meditó sobre una segunda creación.

De ahí en adelante un cosmos tras otro, cada uno más rico y sutil que el anterior, saltaron de su ferviente imaginación. En algunas de sus primeras creaciones parecía preocuparse sólo por el aspecto físico de la sustancia

que había objetivado a partir de sí mismo. Estaba aún ciego a su potencialidad física. Sin embargo, en uno de sus cosmos tempranos, los patrones cualitativos físicos con los que jugaba aparentaron una individualidad y una vida que, en realidad, no poseían. ¿O quizá sí? En una creación posterior una vida auténtica irrumpió de forma extraña. Se trató de un cosmos que el Hacedor de Estrellas aprehendía físicamente, igual que el ser humano aprehende la música. Consistía en una rica secuencia de cualidades diversas de tono e intensidad. Con este juguete, el Hacedor de Estrellas niño se deleitó inventando una infinita riqueza de melodías y contrapuntos. Pero antes de agotar todas las sutilezas posibles en este pequeño mundo de música fría y matemática, antes de que hubiera creado más que unos pocos tipos de criaturas musicales inertes, se hizo evidente que algunas de sus criaturas manifestaban trazas de vida propia y que se resistían al propósito consciente del Hacedor de Estrellas. Los motivos musicales empezaron a mostrar comportamientos discordantes con el canon que él les había ordenado. Me pareció que los observaba con intenso interés y que lo estimulaban a nuevas concepciones, más allá de la capacidad de las criaturas para cumplirlas. Viendo esto puso fin a este cosmos de una manera novedosa. Hizo que el último estado del cosmos condujera inmediatamente al primero, anudando en el tiempo los acontecimiento final e inicial, de modo que el tiempo cósmico formó un círculo sin fin. Después de evaluar su obra fuera de su tiempo, la apartó y meditó sobre una nueva creación.

Para el siguiente cosmos proyectó conscientemente algo de su propia percepción y voluntad, haciendo que ciertos patrones y ritmos fueran los cuerpos perceptibles de las mentes que las percibían. En principio estas criaturas debían colaborar para producir la armonía que él había preconcebido para este cosmos. Pero, en lugar de ello, cada una buscó la manera de moldear todo el cosmos de acuerdo con su propia forma. Las criaturas lucharon con desespero e inquebrantable convicción. Cuando se las dañaba sufrían dolor. Esto, parecía ser, era algo que el joven Hacedor de Estrellas nunca había experimentado ni concebido. Embelesado, sorprendido y (así me lo pareció) con júbilo casi diabólico, observó los desatinos y sufrimientos de sus primeras criaturas vivas hasta que las luchas y matanzas redujeron el cosmos al caos.

A partir de entonces el Hacedor de Estrellas nunca ignoró el intrínseco potencial vital de sus criaturas. Me pareció, sin embargo, que muchos

de sus primeros experimentos de creación de vida se torcían inesperadamente y que, a veces, aparentemente disgustado con lo biológico, volvía por un tiempo a fantasías puramente físicas.

Sólo puedo describir brevemente la multitud de primeras creaciones. Baste decir que, una tras otra, surgieron de su divina imaginación, si bien aún infantil, burbujas brillantes aunque triviales de colores chillones, ricas en todo tipo de sutilezas físicas, líricas y a menudo trágicas de amor y odio. Y con ellas, los deseos, aspiraciones y empresas comunales de los primeros seres conscientes experimentales del Hacedor de Estrellas.

Muchos de estos primeros universos no eran espaciales, aunque sí físicos. Y de estos universos no espaciales, no pocos eran del tipo «musical», en los que representaba el espacio extrañamente una dimensión que correspondía al tono musical y que copaban miríadas de diferencias tonales. Las criaturas se percibían unas a otras como complejos patrones y ritmos. Podían mover sus cuerpos en la dimensión del tono y a veces en otras dimensiones, humanamente inconcebibles. El cuerpo de una criatura era un patrón tonal más o menos constante, con el mismo grado de inflexión y pequeños cambios que admite un cuerpo humano. Además, podía atravesar otros cuerpos vivos en la dimensión tonal de forma parecida a como se cruzan los trenes de olas en un estanque. Pero, aunque estos seres podían fluir unos a través de otros, también podían chocar y dañarse mutuamente los tejidos tonales. Algunos, de hecho, vivían de devorar a otros, pues los más complejos precisaban integrar en su propio patrón vital los patrones más simples, que se desprendían como escamas por todo el cosmos directamente del poder creativo del Hacedor de Estrellas. Las criaturas inteligentes podían manipular para sus propios fines elementos extraídos del entorno tonal fijo construyendo así artefactos de patrones tonales. Algunos servían como herramientas para realizar más eficientemente las actividades «agrícolas», mediante las cuales propiciaban la abundancia de su alimento natural. Los universos de este tipo no espacial, aunque incomparablemente más simples y restringidos que nuestro propio cosmos, eran lo suficientemente ricos como para producir sociedades capaces no sólo de «agricultura», sino también de «artesanía» e incluso un tipo de arte puro que combinaba las características de canto, danza y versificación. La filosofía, generalmente más bien pitagórica, apareció por primera vez en uno de estos cosmos de tipo «musical». Según revelaba mi ensoñación, en casi todas las obras del Hacedor de Estrellas el tiempo era un atributo más fundamental que el espacio. Aunque en algunas de sus primeras creaciones excluyó el

tiempo limitándose a plasmar un diseño estático pronto abandonó ese plan, pues coartaba sus habilidades. Además, excluir la posibilidad de la vida y la mente era incompatible con todos sus intereses, salvo los de su fase más temprana.

El espacio, así lo revelaba mi sueño, apareció primero como el desarrollo de una dimensión no espacial en un cosmos «musical». Las criaturas tonales de este cosmos podían moverse no sólo «arriba y «abajo» por la escala, sino también «hacia el lado». En la música humana puede parecer que determinados temas se acercan o se alejan por las variaciones de volumen y timbre. De forma parecida, las criaturas de este cosmos «musical» podían acercarse unas a otras o retroceder para, finalmente, desaparecer fuera del alcance del oído. Al pasar «hacia el lado» cruzaban medios tonales en continuo cambio. En un cosmos posterior este movimiento «hacia el lado» de las criaturas se enriqueció en una experiencia espacial auténtica.

Siguieron creaciones con características espaciales de varias dimensiones, creaciones euclídeas y no euclídeas⁵⁶, creaciones que ejemplificaban una gran diversidad de principios geométricos y físicos. A veces el tiempo, o el espacio-tiempo, era la realidad fundamental del cosmos y las entidades no eran más que sus modificaciones fugaces. Pero más a menudo los acontecimientos cualitativos eran fundamentales y éstos se relacionaban de forma espaciotemporal. En algunos casos el sistema de relaciones espaciales era infinito, en otros finito, aunque ilimitado. En algunos la extensión finita del espacio era de magnitud constante respecto a los componentes materiales atómicos del cosmos. En otros, como en nuestro propio cosmos, se manifestaba como una «expansión» en muchos aspectos. Incluso en otros el espacio se «contraía», con lo que el fin de un cosmos tal, rico acaso en comunidades inteligentes, era la colisión y acumulación de todas sus partes, que coincidían y se desvanecían en un punto final adimensional.

En algunas de las creaciones a la expansión y quietud final del universo le seguían la contracción y tipos completamente nuevos de actividad física. A veces, por ejemplo, la antigravedad reemplazaba a la gravedad. Todas las grandes acumulaciones de materia tendían a estallar en pedazos y las pequeñas a separarse unas de otras. En uno de esos cosmos también se in-

⁵⁶ Un espacio euclídeo o euclidiano es aquél cuya geometría establece que por un punto exterior a una recta sólo se puede trazar una recta paralela a ella. No es así en geometrías no euclídeas, siendo quizá las más estudiadas la esférica y la hiperbólica.

virtió la ley de la entropía. La energía, en lugar de extenderse gradualmente de forma uniforme por todo el cosmos, se acumulaba poco a poco sobre los cúmulos finales de masa. Con el tiempo llegué a sospechar que a mi propio cosmos le seguiría un cosmos invertido de este tipo, en el que, por supuesto, la naturaleza de los seres vivos sería profundamente diferente de cualquier cosa concebible por el ser humano. Pero esto es una digresión, pues de momento describo universos mucho más antiguos y simples. Muchos universos eran físicamente un fluido continuo en el que nadaban criaturas sólidas. Otros estaban contruidos como series de esferas concéntricas pobladas por diversos órdenes de criaturas. Algunos universos bastante tempranos eran casi astronómicos y consistían en un vacío salpicado con unos pocos diminutos centros de energía.

A veces, el Hacedor de Estrellas creaba un cosmos carente de una naturaleza física única y objetiva. Sus criaturas no se influían unas a otras, pero bajo el estímulo directo del Hacedor de Estrellas cada una concebía un mundo físico propio, ilusorio pero congruente, que poblaba con productos de su imaginación. El genio matemático del Hacedor de Estrellas correlacionaba sistemáticamente estos mundos subjetivos de manera perfecta.

No hablaré mucho más de la inmensa diversidad de formas físicas que, de acuerdo con mi sueño, tomaron las primeras creaciones. Baste mencionar que, en general, cada cosmos era más complejo y, en cierto sentido, más voluminoso que el anterior, pues en cada uno las unidades físicas últimas eran menores en relación con el todo y más abundantes. Además, en cada uno de ellos las criaturas individuales conscientes eran generalmente más numerosas y más diversas. Las más despiertas de cada cosmos alcanzaban una mentalidad más lúcida que cualquiera de las criaturas del cosmos anterior.

En lo biológico y en lo psicológico las primeras creaciones eran de lo más diverso. En varios casos existía el tipo de evolución biológica que conocemos, en la que una pequeña minoría de especies ascendía precariamente hacia una mayor individuación⁵⁷ y claridad mental. En otras crea-

⁵⁷ «Individuación» es una palabra usada casi exclusivamente en filosofía y psicología. Se refiere al proceso o la manera con que se genera un individuo que es identificable como diferente respecto a otros. Este concepto estaba muy en boga cuando Stapledon escribió *Hacedor de Estrellas* por los trabajos del psicólogo suizo Carl Jung (1875-1961)

ciones las especies estaban fijadas biológicamente y el progreso, de producirse, era totalmente cultural. En unas pocas creaciones, las más desconcertantes, el estado más despierto del cosmos sucedía al principio y el Hacedor de Estrellas contemplaba con calma la decadencia de esa conciencia lúcida.

En ocasiones, el cosmos comenzaba como un único organismo poco sofisticado en un entorno no orgánico. Se multiplicaba dividiéndose en una multitud creciente de criaturas cada vez menores, cada vez más individualizadas y despiertas. En algunos de estos universos la evolución continuaba hasta que las criaturas se volvían tan diminutas que no podían ya albergar la complejidad de la estructura orgánica necesaria para una mente inteligente. El Hacedor de Estrellas observaba entonces cómo las sociedades cósmicas se esforzaban desesperadamente por esquivar la degeneración a la que su especie estaba predestinada.

En algunas creaciones, el cosmos culminaba en un caos de sociedades mutuamente ininteligibles, cada una dedicada al servicio de un modo del espíritu y hostil a todas las demás. En algunas, el clímax era una única sociedad utópica compuesta por mentes distintas. En otras, una única mente cósmica combinada.

A veces, el Hacedor de Estrellas disponía que cada criatura del cosmos expresara de manera inevitable, predeterminada, el impacto del entorno sobre sus antepasados y sobre sí misma. En otras creaciones, cada criatura gozaba de cierto libre albedrío y una pizca de la propia creatividad del Hacedor de Estrellas. O así me lo pareció... pero incluso en mi sueño sospeché que, para un observador más sutil, ambos tipos habrían parecido predeterminados sin dejar también de ser espontáneos y creativos.

El Hacedor de Estrellas, una vez ordenados los principios básicos de un cosmos y creado su estado inicial, por lo general se contentaba con observar su desarrollo. Pero a veces elegía interferir, bien infringiendo las leyes naturales que él mismo había dispuesto, bien introduciendo nuevos principios formativos, bien influyendo en las mentes de las criaturas por revelación directa. Esto, según mi ensoñación, lo hacía a veces para mejorar un diseño cósmico, pero, más a menudo, el plan original incluía la interferencia. En ocasiones el Hacedor de Estrellas alumbraba creaciones consistentes en muchos universos enlazados, sistemas físicos completamente distintos de clases muy diferentes pero relacionados por el hecho de que las criaturas vivían sus vidas sucesivamente en un universo tras otro asumiendo en cada hábitat una forma física autóctona. Llevaban consigo,

en su transmigración, recuerdos débiles y difíciles de interpretar de existencias anteriores. Empleaba también este principio de transmigración a veces de otra manera. Así, incluso las creaciones no directamente vinculadas podían albergar criaturas que mentalmente se hacían eco de una manera vaga, pero inquietante, de la experiencia o el temperamento de sus homólogos en algún otro cosmos.

En numerosos cosmos utilizó un recurso muy dramático. He mencionado antes que, según mi sueño, el Hacedor de Estrellas inmaduro pareció tratar el trágico fracaso de su primer experimento biológico con una especie de regocijo diabólico. En muchas creaciones posteriores también pareció tener dos mentes. Cada vez que su plan creativo consciente se veía frustrado por alguna potencialidad insospechada de la sustancia que había objetivado desde su profundidad inconsciente, su estado de ánimo parecía no sólo frustrado sino también satisfecho por la sorpresa, como un apetito no reconocido que se viera inesperadamente saciado. Esta doble mentalidad dio lugar a un nuevo modo de crear. Llegó un momento en el crecimiento del Hacedor de Estrellas, tal como lo representaba mi sueño, se las ingeniaba para disociarse en dos espíritus independientes. Uno era su yo esencial, el espíritu que perseguía la creación positiva de formas vitales y espirituales con una conciencia cada vez más lúcida. El otro era un espíritu rebelde, destructivo y cínico que sólo podía existir como parásito de las obras del otro.

Una y otra vez disoció de sí mismo estos dos estados de ánimo, objetivándolos como espíritus independientes y permitiéndoles confrontarse dentro de un cosmos por su dominio. Uno de esos cosmos, consistente en tres universos enlazados, recordaba en cierto modo a la ortodoxia cristiana. Poblaban el primero de estos universos generaciones de criaturas dotadas de diversos grados de sensibilidad, inteligencia e integridad moral. Aquí los dos espíritus competían por el alma de las criaturas. El espíritu «bueno» exhortaba, ayudaba, recompensaba, castigaba; el espíritu «malo» engañaba, tentaba y destruía moralmente. Al morir, las criaturas pasaban a uno u otro de los dos universos secundarios, que constituían un cielo y un infierno fuera del tiempo. Allí experimentaban un momento eterno de plenitud, adoración y éxtasis o el suplicio de un remordimiento extremo.

Cuando mi sueño me mostró esta cruda, esta bárbara ideación, al principio me conmovieron el horror y la incredulidad. ¿Cómo podía el Hacedor de Estrellas, aun en su inmadurez, condenar a sus criaturas a la agonía por una debilidad que él mismo les había asignado? ¿Cómo podía

una deidad tan vengativa demandar adoración? En vano me expliqué a mí mismo que mi sueño debía de falsear la realidad... pero estaba convencido de que no era falso, sino verdadero, al menos en lo simbólico. Incluso cuando me enfrenté a este hecho brutal, incluso lleno de repugnancia, piedad y horror, alabé al Hacedor de Estrellas.

Para excusar mis alabanzas me dije que un misterio tan espantoso quedaba mucho más allá de mi comprensión y que, en cierto sentido, incluso una crueldad tan flagrante debía, en el Hacedor de Estrellas, ser lo correcto. Tal vez la barbarie sólo aparecería en el Hacedor de Estrellas en su inmadurez. ¿La superaría acaso más adelante, en su plenitud? No. Yo bien sabía que esta crueldad se manifestaría incluso en el cosmos definitivo. ¿Podría haber, entonces, algún hecho clave, que yo hubiera pasado por alto, por el cual este aparente afán de venganza estuviera justificado? ¿Se trataría simplemente de que todas las criaturas no eran más que fruto de su poder creador y que al atormentarlas el Hacedor de Estrellas no hacía más que atormentarse a sí mismo como una forma de autoexpresión? ¿O acaso sería que incluso el propio Hacedor de Estrellas, aunque poderoso, estaba limitado en toda creación por ciertos principios lógicos absolutos y que uno de ellos era, para un espíritu despierto, el vínculo indisoluble entre el mal y el remordimiento? ¿Habría, en ese raro cosmos, simplemente aceptado y utilizado las limitaciones ineluctables de su arte? O, volviendo a lo mismo, ¿respetaría yo al Hacedor de Estrellas sólo como espíritu «bueno», no como espíritu «malvado»? ¿Se estaría esforzando por expulsar el mal de sí mismo mediante esta ideación de disociación?

La extraña evolución de este cosmos sugirió respuestas. Dado que la mayoría de sus habitantes adolecían de un grado muy bajo de inteligencia e integridad moral, el infierno pronto estuvo sobrepoblado mientras que el cielo permanecía casi vacío. Pero el Hacedor de Estrellas, en su aspecto «bueno», amaba y se compadecía de sus criaturas. Por tanto, el espíritu «bueno» entró en la esfera mundana para redimir a los pecadores con su propio sufrimiento. Y así, por fin, se pobló el cielo, aunque no se despo blara el infierno.

¿Era, pues, sólo el aspecto «bueno» del Hacedor de Estrellas lo que yo adoraba? ¡No! Irrracionalmente, pero con convicción, adoré al Hacedor de Estrellas, que reunía en sí los aspectos de su doble naturaleza, tanto el «bien» como el «mal», tanto lo dulce como lo terrible, tanto el ideal humano como lo incomprensiblemente inhumano. Como un amante chiflado

por su amada que niega o excusa sus flagrantes defectos, yo trataba de paliar la inhumanidad del Hacedor de Estrellas; aún más, me glorificaba con ella. ¿Había, entonces, algo cruel en mi propia naturaleza? ¿O mi corazón reconocía vagamente que el amor, virtud suprema de las criaturas, no debía ser absoluto en el Creador?

Este angustioso e insoluble problema se me repitió a lo largo de mi sueño. Por ejemplo, apareció una creación en la que se permitió a los dos espíritus luchar de una manera novedosa y más sutil. En su fase inicial, este cosmos sólo manifestaba características físicas, pero el Hacedor de Estrellas dispuso que su potencialidad de vida se expresara gradualmente en ciertas clases de criaturas vivas que, generación tras generación, emergían de lo puramente físico evolucionando hacia la inteligencia y la lucidez espiritual. Este cosmos permitía incluso que los dos espíritus, el «bien» y el «mal» compitieran en la propia creación de las criaturas.

En las largas eras primitivas, los espíritus lucharon por la evolución de las innumerables especies. El espíritu «bueno» trabajaba en producir criaturas mejor organizadas, más individuales, más delicadamente relacionadas con su entorno, más habilidosas en su actuar, más global y vívidamente conscientes de su mundo, de sí mismas y de otros seres. El espíritu «maligno» trataba de frustrar esa empresa.

Los órganos y tejidos de cada especie manifestaban en toda su estructura el conflicto de los dos espíritus. A veces, el «maligno» introducía características aparentemente irrelevantes, pero insidiosas y letales que llevaban a la criatura a su perdición. Su naturaleza adolecía de una tendencia particular a ser parasitada, de una debilidad del aparato digestivo, de una inestabilidad del sistema nervioso. En otros casos, el espíritu «maligno» equipaba a alguna especie inferior con armas especiales para la destrucción de los pioneros de la evolución, de modo que sucumbieran, bien por alguna nueva enfermedad, bien por plagas de las alimañas de este cosmos particular, bien a manos los más brutos de su propia especie.

El espíritu maligno utilizaba, a veces con gran efecto, un plan aún más ingenioso. Cuando el espíritu bueno daba con alguna idea prometedora, y con un comienzo discreto creaba una especie particularmente favorecida por su comportamiento o por alguna nueva estructura orgánica, el espíritu maligno se las ingeniaba para que el proceso de evolución continuase mucho después de haber alcanzado el punto idóneo para las necesidades de la criatura. Así, los dientes se harían tan grandes que comer se volvería com-

plicado, los caparazones protectores tan pesados que dificultarían la locomoción, los cuernos tan curvados que presionarían sobre el cerebro, el impulso a la individualidad tan imperioso que destruiría la sociedad o el impulso social tan obsesivo que aplastaría la individualidad.

Así, en un mundo tras otro de este cosmos, que sobrepasó en complejidad ampliamente a todas las creaciones anteriores, casi todas las especies murieron antes o después. Aunque en algunos mundos una sola especie alcanzó un nivel humano de inteligencia y de sensibilidad espiritual, combinación que debería haberlas protegido de todo posible ataque. Pero el espíritu maligno pudo pervertir tanto la inteligencia como la sensibilidad espiritual porque, aunque por naturaleza fueran complementarias podían entrar en conflicto y, o bien una o ambas, podían extremarse hasta tornarse tan letales como los extravagantes cuernos y dientes de las especies anteriores. Así, la inteligencia, que conducía por un lado al dominio de la fuerza física y por otro a la sutileza del intelecto, podía, si se divorciaba de la sensibilidad espiritual, causar desastres. El dominio de la fuerza física producía a menudo manía por el poder y la fragmentación de la sociedad en dos clases ajenas: amos y esclavos. La sutileza intelectual producía manía por el análisis y la abstracción, así como ceguera ante todo lo que el intelecto no pudiera desvelar. Y esa misma sensibilidad, al rechazar la crítica intelectual y las necesidades de la vida cotidiana, se perdía en divagaciones.

2. CREACIÓN MADURA

De acuerdo con mi mito, el que mi mente había creado tras el momento supremo de mi experiencia cósmica, el Hacedor de Estrellas entró en un éxtasis de meditación mediante el cual su propia naturaleza sufrió un cambio revolucionario. Así, al menos, lo juzgué a la vista del gran cambio que se produjo en su actividad creadora.

Tras repasar con una nueva mirada todas sus obras anteriores, desechando cada una de ellas con una mezcla de respeto e impaciencia, se descubrió preñado de una nueva concepción.

El cosmos que ahora alumbró fue el que contiene a los lectores y al escritor de este libro. Para su creación utilizó, con un arte más astuto, muchos de los principios de los que ya se había servido en creaciones anteriores. Los entretejió formando una unidad más sutil y amplia que nunca antes.

Me pareció, en mi fantasía, que emprendía esta empresa con un ánimo nuevo. Cada cosmos anterior parecía haber sido creado con la voluntad

consciente de encarnar ciertos principios físicos, biológicos y psicológicos. Y, como ya he dicho, a menudo surgía un conflicto entre su propósito intelectual y la naturaleza desnuda que él mismo había insuflado en su criatura desde la profundidad de su misterioso ser. Esta vez, sin embargo, trató con más delicadeza el medio donde creaba. Moldeó con propósito aún tentativo, objetivó desde su ignota profundidad, una cruda «materia» espiritual con una inteligencia más empática, con más respeto por su naturaleza y su potencialidad, aunque ajeno a sus demandas más extravagantes.

Antropomorfizar así al espíritu creador universal es casi infantil, pues tal espíritu, si es que acaso existe, tendría una mentalidad completamente diferente de la humana y nos sería totalmente inconcebible. Sin embargo, ya que este simbolismo tan infantil se abrió paso en mí, lo registro. A pesar de su tosquedad tal vez contenga algún reflejo genuino de la verdad, por distorsionado que sea.

La nueva creación contenía una curiosa discrepancia entre el tiempo propio del Hacedor de Estrellas y el tiempo propio del cosmos. Hasta entonces, aunque podía separarse del tiempo cósmico cuando la historia de un cosmos terminaba y observar todas sus eras como un presente, no podía crear las fases posteriores de un cosmos antes de haber creado las anteriores. En su nueva creación no estuvo limitado así.

Así, aunque este nuevo cosmos fuera mi propio cosmos, lo contemplé desde una perspectiva sorprendente. Ya no aparecía como la familiar secuencia de acontecimientos históricos que arrancaba con la explosión física inicial y proseguía hasta su muerte final. Ahora no lo vi desde el flujo del tiempo cósmico, sino de otra forma. Observé la formación del cosmos en el tiempo propio del Hacedor de Estrellas y la secuencia de sus actos creativos difería mucho de la secuencia de los acontecimientos históricos.

Primero alumbró desde lo más profundo de su propio ser un algo, ni mente ni materia, rico en potencial, promisorio, destellante, plagado de sugerencias para su imaginación creadora. Durante mucho tiempo reflexionó sobre esta fina sustancia. En este medio lo uno y lo múltiple exigían la más sutil dependencia mutua. Todas sus partes y sus características debían impregnar y ser impregnadas por todas las demás. Cada cosa no aparentaría ser sino una influencia en todas las demás cosas. A la vez el todo no sería otra cosa que la suma de sus partes y cada parte vendría determinada por el omnipresente todo. Era una sustancia cósmica en la que cualquier espíritu individual debía ser, misteriosamente, a la vez un yo absoluto y una mera figuración del todo.

El Hacedor de Estrellas labró este medio sutilísimo dándole la forma general de un cosmos. Así, creó un espacio-tiempo aún indeterminado, sin geometría; una física amorfa, indefinida, sin dirección clara, sin leyes físicas intrincadas; una vitalidad bien desarrollada, con mente épica; y un clímax sorprendentemente definido y coronado por la lucidez espiritual. Esto último, aunque ubicado en las postrimerías del tiempo cósmico, en la secuencia de trabajo fue bien perfilado antes que cualquier otro factor del cosmos. Y me pareció que hizo esto así porque la propia sustancia inicial exponía claramente la potencia de una forma espiritual semejante. Así fue cómo el Hacedor de Estrellas, al principio, casi descuidó las minucias físicas de su trabajo, descuidó también las eras primeras de la historia cósmica y dedicó su habilidad casi enteramente a dar forma al clímax espiritual de toda la criatura. Hasta que no hubo asegurado inequívocamente la fase más despierta del espíritu cósmico no delineó ninguna de las abigarradas tendencias psicológicas que, en el tiempo cósmico, deberían conducir a ella. Hasta que no esbozó los intereses increíblemente diversos del crecimiento mental no se dedicó plenamente a construir las evoluciones biológicas y la intrincada física y geometría que mejor podrían evocar las potencialidades más sutiles de su espíritu cósmico, aún sin desarrollar. Pero, a medida que creaba geometría, también volvía intermitentemente a modificar y elucidar el propio clímax espiritual. Sólo cuando la forma física y geométrica del cosmos estuvo casi completamente modelada pudo dotar de individualidad, plena y concreta, al clímax espiritual.

Mientras seguía trabajando en los detalles conmovedores de las innumerables vidas individuales, en las fortunas de los hombres, de los ictioídes, de los nautiloides y del resto, me convencí de que su actitud hacia sus criaturas difería mucho de la que había mostrado en cualquier otro cosmos. Ni era frío con ellas ni estaba simplemente enamorado. De hecho, enamorado de ellas sí lo estaba, pero parecía sobrepuesto a todo deseo de salvarlas de las consecuencias de su finitud y del cruel impacto del medio ambiente. Las amaba sin piedad. Veía que su virtud distintiva residía en su finitud, su minuciosa particularidad, su torturado equilibrio entre la estupidez y la lucidez. Y que salvarlas de esto sería aniquilarlas.

Cuando hubo dado los últimos toques a cada edad del cosmos, desde el momento supremo hacia atrás hasta la explosión inicial y hacia delante

hasta la muerte final, el Hacedor de Estrellas contempló su obra. Y vio que era buena⁵⁸.

Mientras repasaba nuestro cosmos con amor, aunque críticamente, en su breve momento de lucidez, en toda su infinita diversidad, sentí que de pronto se llenaba de reverencia por la criatura que había creado (o que había alumbrado de sus entrañas como una divina comadrona de sí mismo). Sabía que esa criatura, aunque imperfecta, aunque una mera criatura, una mera figuración de su propio poder creador, era sin embargo en cierto modo más real que él mismo. Pues al lado de este esplendor concreto, ¿qué era él, sino un mero y abstracto poder creador? También, en otro aspecto, lo que había creado era su superior y su maestro, pues al contemplar esta obra, la más bella y sutil de todas, exultante, incluso con horror, recibió un impacto que lo cambió, aclarando y ahondando su voluntad. A medida que discriminaba sus virtudes y sus debilidades su propia percepción y su propia habilidad maduraban. Al menos eso le pareció a mi mente, aturdida y sobrecogida.

Así, poco a poco, sucedió que, como tantas otras veces, el Hacedor de Estrellas se sobrepuso a su criatura. Frunció el ceño más y más ante su belleza, que aún apreciaba. Entonces, aparentemente preso de un conflicto entre reverencia e impaciencia, colocó nuestro cosmos en su lugar entre sus otras obras.

De nuevo, se sumió en una profunda meditación. Y una vez más, el impulso creativo se apoderó de él.

De las muchas creaciones que siguieron apenas podría decir nada porque la mayoría de sus aspectos quedaban fuera de mi alcance mental. No podía conocerlos más que en la medida en que contenían, junto a muchos otros inconcebibles, algunos rasgos que no eran más que fantásticas encarnaciones de principios que sí conocía. Así pues, toda innovación crucial se me escapaba.

Puedo, eso sí, decir de todas estas creaciones que eran inmensamente amplias, inmensamente sutiles, como nuestro propio cosmos. Que, de un modo u otro, cada una de ellas tenía tanto un carácter físico como mental. Aunque en muchas el aspecto físico, por crucial que fuese para el creci-

⁵⁸ La expresión «y vio Dios que era bueno/a» se repite varias veces en primer capítulo del Génesis, que narra el proceso creativo de los cielos y la tierra, según la tradición judeo-cristiana.

miento del espíritu, era más transparente, más patente que en nuestro propio cosmos. En algunos casos, a menudo, ocurría parecido con el aspecto mental y los seres vivían mucho menos engañados por la opacidad de sus procesos mentales individuales y eran más sensibles a la unidad subyacente.

También puedo decir que me parecía que en todas estas creaciones el objetivo que el Hacedor de Estrellas perseguía era la riqueza, la delicadeza, la profundidad y la armonía del ser. Pero me resultaría difícil explicar en detalle las implicaciones de estas palabras. Me pareció que, en algunos casos, como en nuestro propio cosmos, perseguía su objetivo mediante un proceso evolutivo que culminaba en una mente cósmica despierta que se esforzaba por reunir en su propia conciencia toda la riqueza de la existencia cósmica y, mediante una acción creadora, aumentarla. Pero en muchos casos el mismo objetivo se alcanzaba con gran economía de esfuerzos y de sufrimientos por parte de las criaturas, sin la enorme pérdida de vidas, desperdiciadas e ineficaces, que nos resulta tan desgarradora. Sin embargo, en otras creaciones el sufrimiento parecía al menos tan grave y general como en nuestro propio cosmos.

En su madurez el Hacedor de Estrellas concibió muchas formas extrañas de tiempo. Por ejemplo, diseñó algunas de las creaciones más sofisticadas con dos o más dimensiones temporales. Las vidas de esas criaturas eran secuencias temporales en una u otra dimensión del «área» o «volumen» temporal. Estos seres experimentaban su cosmos de una manera peculiar. Al vivir durante un breve período a lo largo de una dimensión cada uno percibía en cada momento de su vida una vista simultánea que, aunque por supuesto fragmentaria y oscura, era en realidad una visión de toda una evolución cósmica «transversal», única en la otra dimensión. En algunos casos, una misma criatura llevaba una vida activa en cada dimensión temporal del cosmos. La habilidad divina que disponía todo el «volumen» temporal de manera que cada infinito acto espontáneo de cada criatura encajara para producir un sistema coherente de evoluciones transversales superaba con mucho incluso el ingenio del anterior experimento de «armonía preestablecida».

En otras creaciones a una criatura sólo se le daba una vida, pero ésta era una «línea en zigzag», que alternaba de una dimensión temporal a otra según la calidad de las elecciones que la criatura tomaba. Las elecciones fuertes o morales llevaban en una dirección temporal, las débiles o inmorales en otra.

En otro cosmos, inconcebiblemente complejo, cada vez que una criatura se enfrentaba a varios posibles cursos de acción los tomaba todos, creando así muchas dimensiones temporales e historias distintas del cosmos. Como en cada estadio evolutivo del cosmos coexistían muchísimas criaturas cada una se enfrentaba constantemente a muchos cursos posibles y las combinaciones de todos ellos eran innumerables, a cada momento, en cada secuencia temporal de este cosmos, que se exfoliaba en una infinidad de universos distintos.

En algunas creaciones cada ser percibía sensorialmente el cosmos físico desde muchos puntos de vista espaciales, o incluso desde todos los puntos de vista posibles. En este último caso, por supuesto, la percepción de cada mente era idéntica en cuanto al alcance espacial, pero variaba de una mente a otra en enfoque o en profundidad de pensamiento. Esto dependía del calibre mental y de la predisposición de cada mente en particular. A veces, estos seres no sólo tenían una percepción omnipresente, sino también una volición ubicua. Podían actuar en todas las regiones del espacio, aunque con precisión y determinación variables según su poder mental. En cierto modo eran espíritus incorpóreos que luchaban sobre el cosmos físico como jugadores de ajedrez o como dioses griegos sobre la llanura de Troya⁵⁹.

En otras creaciones, aunque sí existía un aspecto físico, no había nada que se correspondiera al universo físico que nos es familiar. La experiencia física de los seres quedaba determinada por completo mediante su impacto mutuo. Cada uno llenaba a sus semejantes con «imágenes» sensoriales, cuya calidad y ritmo lo determinaban las leyes psicológicas del impacto de una mente en otra.

En otras creaciones los procesos de percepción y memoria, el intelecto e incluso el deseo y los sentimientos eran tan diferentes de los nuestros que constituían, de hecho, una mentalidad de un orden completamente distinto. De tales mentes, aunque me parece captar sus ecos remotos, nada puedo decir.

Aunque más bien, a pesar de no poder describir los extraños modos psíquicos de estos seres, puedo señalar algo muy sorprendente sobre ellos. Por incomprensible que me fuera su urdimbre mental básica y el patrón

⁵⁹ Según Homero narra en la *Iliada* tanto griegos como troyanos recibieron la ayuda de varios dioses del Olimpo. Atenea, Poseidón, Hera, Hefesto, Hermes y Tetis ayudaron directa o indirectamente a los griegos. Apolo, Afrodita, Ares y Leto, a los troyanos.

que la entretejía, todos estos seres llegaron fugazmente a mi comprensión en un aspecto. Por ajenas que me resultaran sus vidas, en cierto sentido estábamos emparentados, pues todas estas criaturas cósmicas, superiores a mí y mejor dotadas que yo, se enfrentaban constantemente a la existencia del modo que yo mismo aún me esforzaba en aprender. Incluso en el dolor y en la pena, incluso en sus actos moralmente más exigentes y en su ardorosa piedad, se enfrentaban al destino con alegría. Tal vez lo más sorprendente y alentador que surgió de toda mi experiencia cósmica e hipercósmica fue este parentesco y mutua inteligibilidad, incluso con estos seres extrañísimos, respecto a la experiencia espiritual pura. Aunque pronto descubriría que, a este respecto, aún me quedaba mucho por aprender.

3. EL COSMOS DEFINITIVO Y EL ESPÍRITU ETERNO

Mi fatigada y torturada atención en vano se esforzó en seguir las creaciones cada vez más sutiles que, según mi sueño, concebía el Hacedor de Estrellas. Un cosmos tras otro emergía de su fértil imaginación. Cada uno con un espíritu distintivo e inabarcablemente diverso, cada uno con una culminación más despierta que su precedente. Pero cada uno menos comprensible para mí.

Al final, según señalaba mi sueño, mi mito, el Hacedor de Estrellas creó el cosmos definitivo, el más sutil, para el que todos los demás no habían sido más que preparativos. De esta criatura final sólo puedo decir que abarcaba dentro de su propia textura orgánica las esencias de todas sus predecesoras... y mucho más. Era como el último movimiento de una sinfonía, que abarca todos los temas y la esencia de los movimientos anteriores, y mucho más. Esta metáfora extravagante subestima la sutileza y la complejidad del cosmos definitivo. Me vi obligado a creer que la relación con cada cosmos anterior se aproximaba a la de nuestro propio cosmos con un ser humano. Más aún, con un solo átomo físico. Cada cosmos que había observado hasta entonces se me reveló ahora como un único ejemplar de una clase multitudinaria, como una especie biológica o la clase de todos los átomos de un elemento concreto. La vida interna de cada «cosmos-átomo» aparentaba tener la misma relevancia (y la misma irrelevancia) para la vida del cosmos definitivo que los acontecimientos dentro de una célula cerebral, o en uno de sus átomos, para la vida de una mente humana. Sin embargo, a pesar de esta colosal desproporción, me pareció percibir en toda

la vertiginosa jerarquía de creaciones una sorprendente identidad de espíritu. En conjunto, el objetivo final se había concebido para reunir a la comunidad con la mente lúcida y creativa.

Forcé mi extenuado entendimiento para captar algo de la forma del cosmos definitivo. Con una mezcla de admiración y reparo atisbé vacilante la sutileza final de ese mundo de carne y espíritu, de la comunidad de esos seres tan diversos e individualizados, despiertos al pleno conocimiento de sí y a la comprensión mutua. Pero, a medida que me esforzaba por desentrañar esa música de espíritus particulares en los incontables mundos, capté ecos no sólo de indecible gozo, sino también de penas inconsolables. Algunos de estos seres definitivos no sólo sufrían, sino que sufrían en la oscuridad. Aunque dotados de pleno poder de discernimiento, este poder era estéril. Se les negó la visión. Sufrieron como un espíritu inferior nunca sufriría. La intensidad de la experiencia me resultó intolerable, a mí, el frágil espíritu de un cosmos humilde. Agonizante de horror y piedad me tapé con desespero los oídos de la mente. En mi pequeñez le grité a mi creador que ninguna gloria de lo eterno y absoluto podría redimir tal agonía en sus criaturas. Incluso si la desdicha que había vislumbrado no fuera en realidad más que unas pocas hebras oscuras que enriquecían el tejido de un tapiz de oro, y todo el resto era dicha, aun así, tal desolación de los espíritus despiertos, grité, no debería nunca jamás existir. ¿Por qué diabólica maldad, pregunté, estos seres gloriosos no sólo eran torturados, sino privados del supremo consuelo, del éxtasis de contemplación y alabanza que es el derecho innato de todos los espíritus plenamente despiertos? Un tiempo hubo en que yo mismo, como mente comunal de un cosmos humilde, contemplé ecuánime la frustración y el dolor de mis pequeños miembros, consciente de que el sufrimiento de estos seres aún durmientes no era un gran precio a pagar por la lucidez que yo mismo aportaba a la realidad. Pero los individuos que sufrían dentro del cosmos definitivo, aunque pocos en comparación con las multitudes de criaturas dichosas, eran seres, me parecía, de mi propia estatura mental cósmica. No eran las frágiles y oscuras existencias que contribuyeron con sus penurias a mi creación. Y esto no podía soportarlo.

Sin embargo, vi tenuemente que el cosmos definitivo era, no obstante, adorable y de perfecta hechura. Que toda frustración y agonía contenida en él, por cruel que fuera para quien las sufría, desembocaban finalmente, sin accidentes, en una mayor lucidez del propio espíritu cósmico. En este sentido, al menos, ninguna tragedia individual era en vano.

Pero esto no era nada. Ahora, a través de lágrimas de compasión y acalorada indignación, me pareció ver al alma del cosmos perfecto y definitivo enfrentarse cara a cara con su creador. En ella, parecía, la adoración subyugaba a la compasión y la indignación. Y el Hacedor de Estrellas, ese poder oscuro, esa inteligencia lúcida, encontró en la gracia concreta de su criatura el deseo cumplido. Y el gozo mutuo del Hacedor de Estrellas y el cosmos definitivo alumbró, de la manera más extraña, al mismísimo espíritu absoluto, que comprende todo tiempo y todo ser. Y así el espíritu fruto de esta unión confrontó a mi titubeante inteligencia revelándose a la vez como el principio y fin de todo lo temporal y lo finito.

Pero esta remota perfección mística no me significó nada. Con vergüenza y rabia humanas, con compasión por los seres torturados, desprecié mi derecho innato a extasiarme con esa perfección inhumana. Anhelé volver a mi humilde cosmos, a mi propio insatisfactorio mundo humano. Allí, para luchar hombro con hombro junto a mi propia especie medio animal contra los poderes de la oscuridad. Sí, y contra el indiferente, despiadado e invencible tirano cuyos meros pensamientos forman torturados mundos que sienten.

Entonces, en el propio acto de este gesto desafiante, mientras cerraba de golpe y con pestillo el portón de mi pequeña y oscura celda, la presión de una luz irresistible destruyó y derrumbó sobre mí mis propios muros. Y, otra vez, la lucidez abrasó mi visión ya desgarnecida, más allá de toda resistencia.

¿Otra vez? No. La interpretación de mi ensoñación tan sólo regresó al mismo momento de iluminación en el que creí extender mis alas para encontrarme con el Hacedor de Estrellas y fui derribado y cegado por una luz terrible. Pero ahora entendía más claramente qué era lo que me había superado. En efecto, me enfrentaba al Hacedor de Estrellas, pero el Hacedor de Estrellas se me revelaba ahora como algo más que un espíritu creador y, por tanto, finito. Ahora aparecía como el espíritu eterno y perfecto que abarca todas las cosas y todos los tiempos y que contempla atemporalmente la infinitamente diversa multitud que comprende. La iluminación que me penetró y me empujó a una adoración ciega era apenas un destello, así me lo pareció, de la propia experiencia que todo lo penetra del espíritu eterno.

Con angustia y horror, aunque aquiescente e incluso con alabanza, sentí (o me pareció hacerlo) parte del temperamento del espíritu eterno cuando él aprehende en una visión intuitiva e intemporal todas nuestras

vidas. No había piedad en ello, ni un a propuesta de salvación, ni una ayuda bondadosa. O quizá toda la piedad y todo el amor, pero dominados por un frío éxtasis. Nuestras vidas destrozadas, nuestros amores, nuestras locuras, nuestras traiciones, nuestras gallardas causas desesperadas, eran diseccionadas con calma una a una, evaluadas y colocadas. Ciertamente las vivía con total comprensión, penetración y empatía, incluso con pasión. Pero el espíritu eterno no se fundamentaba sobre la empatía, sino sobre la contemplación. El amor no era absoluto, la contemplación sí. Y aunque había amor, también había odio dentro del talante del espíritu, pues se deleitaba cruelmente en la contemplación de todo horror y se regocijaba con la derrota de los virtuosos. Todas las pasiones, al parecer, quedaban comprendidas en el temperamento del espíritu, si bien dominadas, atrapadas en el témpano helado, claro y cristalino del éxtasis de la contemplación.

¡Que éste fuera el objeto de todas nuestras vidas! ¡La aguda apreciación de un científico! ¡No, de un artista! Y aún con todo, ¡lo adoraba!

Pero esto no era lo peor. Al afirmar que el temperamento del espíritu era la contemplación yo le imputaba una experiencia humana finita y una emoción. Así me consolaba. Un pobre consuelo. Pero en verdad el espíritu eterno era inexpresable. Nada verdadero podía enunciarse de él. Incluso llamarlo «espíritu» era quizá más de lo que estaba justificado. Sin embargo, no erraría menos negándole tal nombre, porque fuera lo que fuese, era más, no menos, que espíritu; más, no menos, que cualquier posible significado humano de esa palabra. Y desde el nivel humano, incluso desde el nivel de una mente cósmica, este «más», apenas tenue y agónicamente entrevisto, era un misterio terrible, que obligaba a la adoración.



CAPÍTULO XVI. EPÍLOGO: DE VUELTA A LA TIERRA

DESPERTÉ EN LA COLINA. LAS FAROLAS DE NUESTRO SUBURBIO ECLIPSABAN las estrellas. A la reverberación de una campanada del reloj le siguieron once campanadas más. Me fijé en nuestra ventana. Una oleada de alegría, de salvaje alegría, me barrió como una ola. Luego, paz.

¡La pequeñez, pero la intensidad, de los acontecimientos terrenales! La realidad hipercósmica, la salvaje fuente de creación y toda esa pléyade de mundos se habían ido, extinguido, en un instante. Desvanecidos, tornados en fantasía y sublime irrelevancia.

La pequeñez, pero la intensidad, de toda esta bola de roca, con su película de océano y de aire y su discontinua, abigarrada y trémula capa de vida; de las colinas sombrías; del mar, vago, sin horizonte; del palpitante faro cefeido; de los ruidosos vagones del ferrocarril. Mi mano acarició la agradable aspereza del brezo.

La aparición hipercósmica, esfumada. No como soñaba que pudiera suceder en realidad, sino de forma infinitamente más sutil, más temible, excelente. E infinitamente más cerca de casa.

Sin embargo, por falsa que hubiera sido la visión en sus detalles, incluso en su conjunto, su carácter seguramente era relevante. Su carácter podría incluso ser auténtico. Lo real de su aspecto, seguramente, me había impulsado a idear aquella imagen, falsa en cada detalle, pero verdadera en espíritu.

Las estrellas titilaban débilmente sobre las farolas. ¿Grandes soles? ¿O débiles chispas en el cielo nocturno? Soles, se dice. Al menos luces para la orientación y para distraer la mente del trajín terrestre. Pero que atraviesan el corazón como frías lanzas.

Sentado allí sobre el brezo, en el grano de arena que es nuestro planeta, me sentí diminuto ante los abismos que se abrían a los lados y hacia el futuro. La silenciosa oscuridad y lo desconocido sin rostro nos son más temibles que cualquier espanto que evoque la imaginación. Escudriñándolos la mente no puede afirmar nada. Nada en toda la experiencia humana puede considerarse cierto, salvo la misma incertidumbre. Nada es cierto, salvo la oscuridad que origina una vorágine de teorías. La ciencia del hombre es una mera niebla de números; su filosofía, una de palabras. Su propia percepción de este grano rocoso y de todas sus maravillas, no más que una

aparición cambiante y embustera. Incluso el yo, ese hecho aparentemente central, es un mero espectro, tan engañoso que hasta el más honesto de los hombres debe cuestionar su propia honestidad, y tan insustancial como para dudar de su propia existencia. Y nuestras lealtades... tan engañosas, tan malformadas y erradas. ¡Atracciones salvajes retorcidas por el odio! Nuestros mismos amores, incluso los más íntimos y desinteresados, habrían de ser condenados por ciegos, egoístas y autocomplacientes. Y aun con todo... miré nuestra ventana. Habíamos sido felices juntos. Habíamos encontrado, o habíamos creado, nuestro pequeño tesoro de comunidad, que era lo más sólido de toda la maraña de experiencias. Esto, este tesoro nuestro, ni la inmensidad astronómica e hipercósmica ni siquiera este minúsculo planeta, sólo esto, cimentaba la existencia. Por doquier reinaba la confusión, la tormenta arreciaba, las olas más grandes ya nos alcanzaban. Y entreveíamos a nuestro alrededor, en el oscuro marasmo, rostros y manos suplicantes, que iban desapareciendo.

¿Y el futuro? Lo ensombrecía la recia tormenta de locura de este mundo, aunque lo iluminaban destellos de una esperanza nueva e impetuosa, la esperanza de un mundo cuerdo, razonable y más feliz. Entre nuestro tiempo y ese futuro, ¿qué horrores nos aguardaban? Los opresores no cejarían con docilidad. Nosotros dos, tan hechos a la seguridad y a la suavidad, sólo éramos aptos para un mundo amable, uno sin tormento, uno sin desesperanza. Estábamos adaptados sólo a la bonanza de una sociedad segura y justa y a practicar la virtud de la amabilidad, no la más difícil virtud de la heroicidad. En su lugar, nos veíamos en la época de un conflicto titánico. Uno en el que los poderes de la oscuridad, implacables, y los poderes de la luz, despiadados por lo desesperado, se abalanzarían en una lucha a muerte en el maltrecho corazón del mundo. Uno en el que, crisis tras crisis, se tomarían decisiones difíciles para las que ningún principio sencillo y familiar sería adecuado.

Detrás de nuestro río, un rojo fuego brotaba de una fundición. Más cerca, las formas oscuras de las aulagas llenaban de misterio el gastado páramo del suburbio.

Con la imaginación vi, detrás de la cima de nuestra colina, otras colinas más lejanas, no visibles. Vi llanuras, bosques y campos. Vi toda la tierra curvada debajo de mí, yo estaba en su cima. Unían los pueblos redecillas de carreteras, vías de acero y cables que zumbaban. Gotas de niebla en una telaraña. Aquí y allá, alguna ciudad desplegaba su luminosa extensión, nebulosa, salpicada de estrellas.

Más allá de las llanuras, el hervidero de Londres, iluminado en neón, era una muestra de agua sucia puesta al microscopio, atestada de animalitos fisgones. ¡Animales! Desde el punto de vista de las estrellas, sin duda, esas criaturas eran meras alimañas. Sin embargo, cada una para sí misma, y a veces unas para otras, eran más reales que todas las estrellas.

Mirando más allá de Londres, la imaginación entreveía el Canal y detrás toda Europa, un mosaico de labranza e industrialización aún dormida. Más allá de los álamos de Normandía se extendía París. La curvatura de la Tierra inclinaba levemente las torres de Notre Dame. Aún más allá, las ciudades asesinadas incendiaban la noche española. Lejos, a la izquierda, se extendía Alemania, con sus bosques y sus fábricas, su música, sus cascos de acero. En las plazas de las catedrales me parecía ver a por miles a jóvenes alineados, exaltados, poseídos, saludando al Führer bajo los focos de luz. También en Italia, tierra de recuerdos e ilusiones, un ídolo del populacho hechizaba a los jóvenes⁶⁰.

También a la izquierda, aún más lejos, Rusia se extendía bajo las estrellas y los cúmulos. Un segmento apreciablemente convexo de nuestro globo, pálido como la nieve en la oscuridad. Inevitablemente vi las torres del Kremlin, frente a la Plaza Roja. Allí yacía Lenin, victorioso. A lo lejos, al pie de los Urales, la imaginación divisaba las volutas rojizas y la nube de humo de Magnetostroy⁶¹. Más allá de las colinas se atisbaban las luces del alba, pues el día, en mi medianoche, ya se abría paso hacia el oeste cruzando Asia, adelantando con su frente de oro y rosa a la minúscula oruga humeante del Transiberiano. Al norte, el duro Ártico oprimía a los exiliados en los campamentos. Lejos por el sur se abrían los ricos valles y llanuras que fueron la cuna de nuestra especie. Vi más líneas de ferrocarril que cruzaban la nieve. En cada aldea los niños asiáticos se despertaban a otro día escolar y a la leyenda de Lenin. De nuevo al sur, el Himalaya, cubierto de

⁶⁰ La novela se escribió en 1937 marcada por el auge de los fascismos. Las referencias son claras a la Guerra Civil española y al auge de Hitler y Mussolini

⁶¹ Magnetostroy fue un trust de empresas soviéticas orientado a la producción de acero que tenía su principal centro de producción en Magnitogorsk, ciudad rusa situada al sureste de los Urales. Magnetostroy, bajo la dirección de Jakob Pavlovitch Schmid, reclutó mano de obra nacional y flamantes expertos extranjeros, haciéndose ver cómo un éxito de la iniciativa socialista. Participó en los planes quinquenales con grandes cuotas, que fracasó en cubrir. En 1937, durante las purgas de Stalin, los extranjeros fueron expulsados y Magnitogorsk se declaró ciudad cerrada, si bien Magnetostroy siguió operando y fue clave en el esfuerzo soviético de guerra.

nieve desde la falda hasta la cresta, se asomaba con multitud de picos sobre sobre la abarrotada India. El algodón y el trigo se mecían, y el río sagrado llevaba las aguas de Kamet⁶² más allá de los arrozales, de las riberas infestadas de cocodrilos, más allá de Calcuta, con sus barcos y sus oficinas, hasta el mar. Desde mi medianoche miré hacia China. El sol de la mañana se reflejaba en los campos anegados y doraba las tumbas ancestrales. El Yangtsé, un hilo brillante y doblado, bramaba cruzando sus gargantas. Más allá, las cordilleras coreanas, y al otro lado del mar, se levantaba el Monte Fuji, extinto, señorial. A su alrededor, una población en erupción se agitaba y bullía en aquella tierra estrecha, como lava en un cráter, derramaba sobre Asia un torrente de comercio y de ejércitos. La imaginación retrocedió y se volvió hacia África. Vi el hilo artificial de agua que une Occidente con Oriente⁶³; detrás minaretes, pirámides, la Esfinge, siempre en espera. La antigua Menfis traía ecos del rumor de Magnetostroy. Hacia el sur, hombres negros dormían junto a grandes lagos. Los elefantes pisoteaban los cultivos. Más lejos aún, vagos sueños de libertad agitaban a millones de negros, de los que se lucraban holandeses e ingleses. Mirando más allá de la gran protuberancia de África, más allá de la nublada Table Mountain⁶⁴, vi el Océano Antártico ennegrecido por las tormentas y, detrás, acantilados de hielo con focas y pingüinos y los elevados campos de nieve del único continente despoblado. Con la imaginación miré el sol de medianoche, crucé el Polo y pasé junto al Erebus⁶⁵, que vertía ardiente lava desde su manto de armiño. Seguí al norte sobre un mar veraniego, cruzando Nueva Zelanda, esa Gran Bretaña más libre pero menos consciente, hasta Australia, donde unos jinetes de claros ojos recogían sus rebaños.

⁶² El Kamet es un pico del Himalaya (7756 m), situado en India, muy cerca de la meseta tibetana. Estuvo muy de moda en los años 30s porque tras ser escalado en 1931 se convirtió en el pico más alto alcanzado por el hombre, y así se mantuvo hasta 1936, cuando se alcanzó el Nanda Devi (7816 m), apenas más alto. Los alrededores tuvieron fama de inaccesibles y enigmáticos. El escalador y explorador Frank Smythe (1900-1949) publicó sobre la zona, con mucho éxito, el libro *The Valley of Flowers* en 1938.

⁶³ Por supuesto, se refiere al Canal de Suez. En Port Said (orilla oeste, africana, del canal) pasó su primera infancia Olaf Stapledon.

⁶⁴ Característica montaña de cima plana situada en las inmediaciones de Ciudad del Cabo.

⁶⁵ El Erebus (3794 m) es un volcán activo en la Antártida, el más austral del mundo. Está situado en la isla de Ross, muy cerca de la costa del continente y de la estación antártica estadounidense de McMurdo.

Y manteniendo mi mirada hacia el este desde mi colina, vi el Pacífico, sembrado de islas; y luego las Américas, donde los descendientes de Europa dominaron hace ya mucho a los descendientes de Asia, gracias a su mayor destreza en el uso de las armas, con la arrogancia consiguiente. Junto al océano más lejano, al norte y al sur, se extendía el viejo Nuevo Mundo. El Río de la Plata y Río de Janeiro, las ciudades de Nueva Inglaterra, desde donde se irradia el viejo nuevo estilo de vida y pensamiento. Nueva York, oscura contra el sol de la tarde, era un racimo de altos cristales, un Stonehenge de megalitos modernos. Alrededor de ellos, como peces mordisqueando las patas de los ánades, se agolpaban los grandes transatlánticos. También los vi en alta mar, y a los cargueros, persiguiendo el atardecer, brillantes sus portillas y cubiertas. Los fogoneros sudaban en las calderas, temblaban los vigías en las cofas, el viento ahogaba la música de baile que salía de las puertas abiertas.

Todo el planeta, todo el grano de roca, con sus ajetreos enjambres, me pareció ahora como un campo donde dos antagonistas cósmicos, dos espíritus, se preparaban para una lucha vital adoptando un aspecto terrestre y local y enfrentándose dentro de nuestras mentes medio despiertas. En una ciudad tras otra, un pueblo tras otro, en innumerables granjas, casas de campo, chozas, cabañas, en cada grieta donde las criaturas humanas se aferraban a sus pequeñas comodidades, a sus triunfos, o se evadían, se gestaba la gran lucha de nuestra época.

Uno de los antagonistas aparecía como la voluntad de arriesgarse en el anhelo de un mundo nuevo, razonable y feliz, en el que todo hombre y toda mujer puedan tener margen para vivir plenamente y vivir al servicio de la humanidad. El otro aparecía esencialmente como un miedo miope a lo desconocido. ¿O sería más siniestro? ¿Era la astuta voluntad de dominio, que fomentaba para sus propios fines la arcaica pasión de la tribu, que odia la razón y es vengativa?

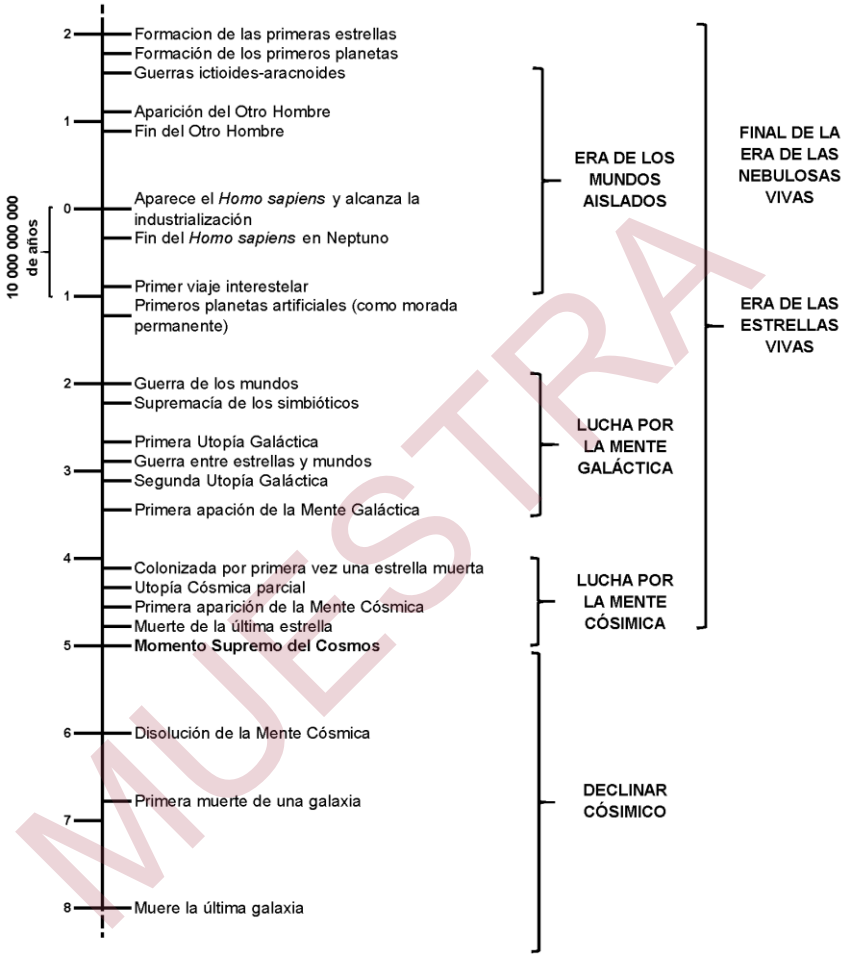
En la tormenta que se avecinaba parecía que todo lo que nos es más querido debía ser destruido. Toda felicidad particular, todo amor, todo trabajo creativo en el arte, la ciencia y la filosofía, todo escrutinio intelectual, las especulaciones de la imaginación y toda construcción social creativa. De hecho, todo para lo que el hombre viviría en una situación normal, parece una locura, una burla, un comportamiento autoindulgente, ante semejante calamidad pública. Pero si no lográbamos preservar todo eso, ¿cuándo revivirían?

¿Cómo afrontar una época así? ¿Cómo reunir el valor preciso si uno posee tan sólo virtudes hogareñas? ¿Cómo hacerlo y, al mismo tiempo, preservar la integridad de la mente no dejando que la lucha destruya en su corazón la integridad que intentó ofrecer al mundo?

Dos luces nos guían. La primera, nuestra pequeña pero resplandeciente partícula de comunidad, con todo lo que significa. La segunda, la fría luz de las estrellas, símbolo de la realidad hipercósmica con su prístino éxtasis. Extraño es que, bajo esta luz que valora con frialdad hasta el amor más noble y que contempla sin remisión la posible derrota de nuestro medio despierto mundo, la crisis humana no pierde, sino que gana significado. Extraño es que parezca más urgente, y no menos, desempeñar algún papel en esta contienda, este breve esfuerzo de los animalitos esforzándose en lograr para su especie algo más de lucidez antes de la oscuridad definitiva.

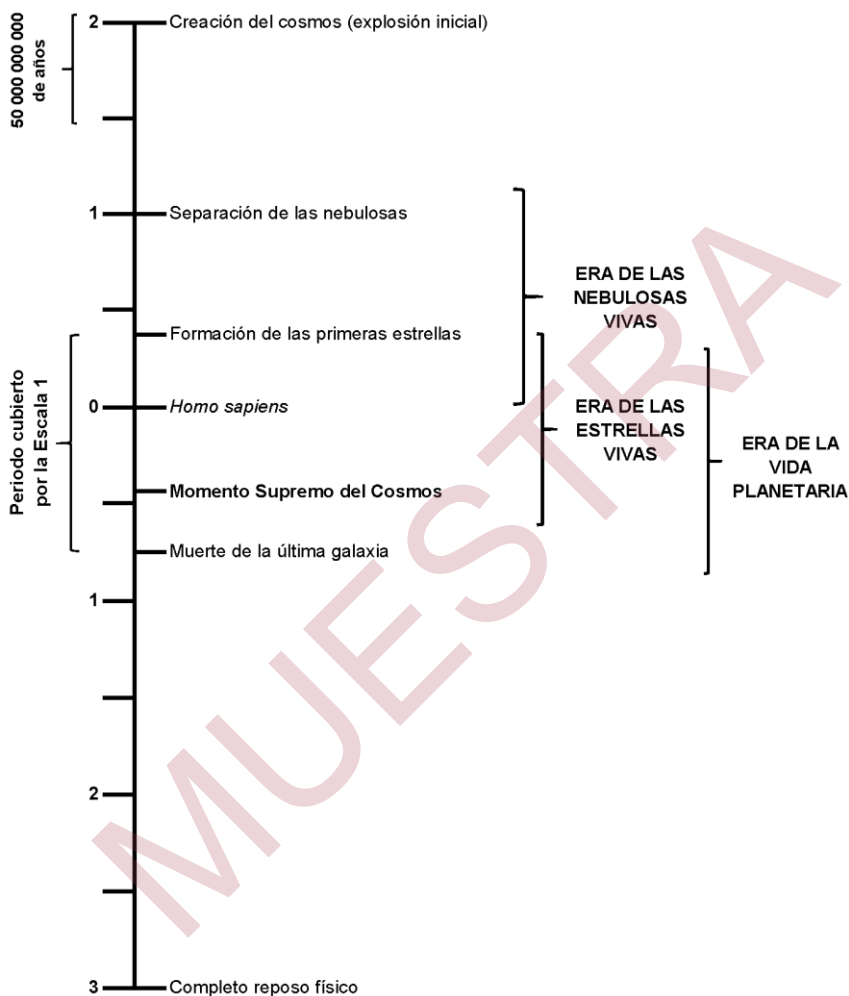
FIN

ESCALA TEMPORAL 1



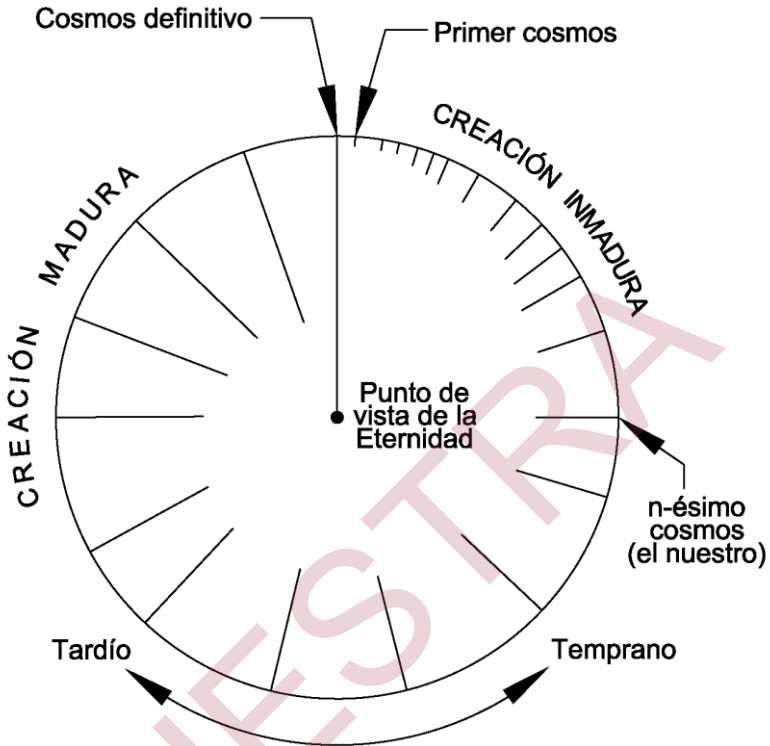
NOTA DEL AUTOR: He situado cada elemento de la escala sólo para ilustrar la historia ficticia de este libro. Muchos científicos negarían que el hombre pueda estar tan lejos del nacimiento de las estrellas como he encontrado conveniente suponer.

ESCALA TEMPORAL 2



NOTA DEL AUTOR: Esta escala hace la edad actual del cosmos mucho mayor de lo que nos permite la actual teoría del universo en expansión. Debemos de estar mucho más cerca el comienzo de todo de lo que he imaginado en este libro.

ESCALA TEMPORAL 3



NOTA DEL AUTOR: El círculo representa el tiempo propio del Hacedor de Estrellas. El punto más alto de él es el comienzo y el fin de su tiempo, que discurre en el sentido de las manecillas del reloj. Cada «radio roto» de la rueda representa un tiempo cósmico. Cada tiempo cósmico es, por supuesto, inconmensurable, pero para representar el progreso de la actividad creativa del Hacedor de Estrellas trazo cada línea cósmica algo más larga a medida que las creaciones se vuelven más maduras. Este incremento de longitud representa el aumento de complejidad y sutileza de las sucesivas creaciones. El «Punto de vista de la Eternidad» representa la aprehensión, atemporal, del Hacedor de Estrellas de toda existencia, en su capacidad de espíritu eterno y absoluto. El objetivo del espíritu creador es la completa realización de sus capacidades y la consecución de la visión eterna mediante el clímax del cosmos definitivo. Las creaciones tempranas se acercan, pero no alcanzan ese clímax. Cada historia cósmica se representa como una dimensión que forma un ángulo recto con el tiempo propio del Hacedor de Estrellas. Él puede, por supuesto, vivir a través de una historia cósmica, pero también aprehenderla al completo. Algunas de las historias cósmicas podrían haberse representado como círculos, puesto que los tiempos de algunas son cíclicos. Otras podrían haber sido áreas, pues tienen más de una dimensión temporal. Sólo he representado unas pocas del infinito número de las creaciones.

ILUSTRACIONES DE *STAR MAKER THE VISUAL EDITION*

DURANTE EL VERANO BOREAL DEL AÑO 2022 MUCHOS DEBIERON DE NOTAR un estremecimiento que les bajaba por la espalda. No pocos ilustradores, artistas, fotógrafos y diseñadores gráficos debieron de sentir lo mismo que los linotipistas, toneleros, ascensoristas y pregoneros en algún momento del siglo XX: que la guadaña de la historia los rondaba.

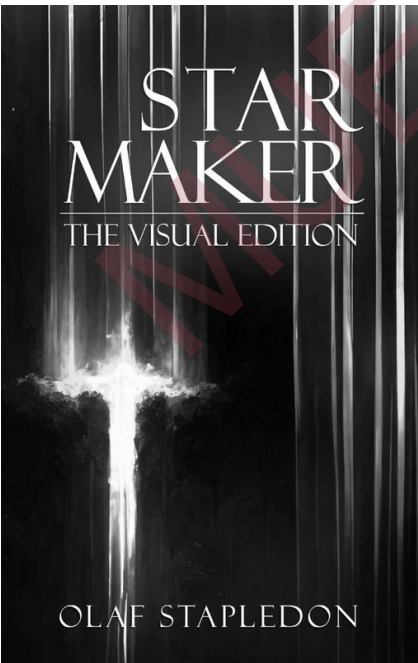
En julio de 2022 se presentó al público un potente software generativo de imágenes. Un software de este tipo, mediante el empleo tan sólo de unas instrucciones sencillas escritas en lenguaje natural (*prompt*), genera imágenes artísticas mediante inteligencia artificial (IA). El primero en hacerlo, ya es historia, fue Midjourney. Espoleados por su irrupción pronto otros desarrolladores y compañías presentaron su propio software, con capacidades no muy diferentes.

Aunque, a decir de algunos, las ilustraciones obtenidas por IA no sean tan concretas, inspiradas o auténticas como las que se pueden obtener mediante un encargo a un profesional humano, no hay duda de que tienen una creatividad y una fuerza visual inimaginable hasta ese momento. Algunas de las imágenes generadas, y esto es una opinión personal, están a la altura de los mejores diseñadores gráficos del momento, tanto en expresividad como en técnica. Y el software las genera como churros. Genera un torrente de miríadas de ilustraciones por minuto, con una variedad de estilos, técnicas y temas que sorprende. Honestamente, destilan una imaginación y una creatividad genuinas. Y, entre tal vorágine, casi a cada segundo, se produce alguna joya particularmente impresionante. Tanto es así que es difícil no ponerse a pensar sobre en qué posición nos deja todo esto a nosotros, los humanos, torpes, lentos y repetitivos. Para colmo, todo sugiere que esto sólo acaba de empezar y que el futuro traerá música, literatura, cómic, arquitectura, cine... y quizá creaciones de un tipo completamente nuevo que aún no podemos ni imaginar.

Poco después, en septiembre de 2022, se presentó la primera novela gráfica cuyas ilustraciones estaban generadas exclusivamente mediante IA. Y esa novela fue, precisamente, *Hacedor de Estrellas*. Kevin Hess utilizó arte generado por software para ilustrarla en 706 páginas a todo color. Sus imágenes, sugerentes, potentes, refuerzan el texto de Stapledon, que también se incluye íntegramente (en inglés). El resultado es un volumen fascinante titulado *Star Maker The Visual Edition*.

Con el estado de la técnica en el momento ciertamente pocas novelas se prestaban mejor para ser la pionera que *Hacedor de Estrellas*. La técnica empleada es idónea para una novela épica y «sin personajes» como ésta, que nos pinta escenarios variados por docenas y que desborda de imaginación y mística como pocas creaciones de la ciencia ficción, ni antes ni después. Es fascinante que un visionario como Stapledon pueda contemplar, desde su cielo del espíritu, su obra ilustrada mediante una tecnología que ni él, fabulador del futuro, pudo anticipar.

«¿Y dónde queda lo humano?». Es una pregunta, comprensible, que se repite desde la irrupción de la IA. Pero la respuesta es trivial: lo humano está tan presente como siempre, si no más. Lo humano está en la propia IA, concebida, codificada y nutrida por cientos de programadores, artistas, colaboradores, ingenieros... humanos. Lo humano está en escoger, entre millones de posibles ilustraciones, las idóneas, las que expresan lo que el autor desea transmitir. Lo humano está en la elaboración de las preguntas correctas que formularle a una máquina muy espabilada y hacendosa (pero aún sin iniciativa propia) para ponerla a trabajar. Y, ante todo, lo humano está en la intención que ponemos en lo que hacemos. Kevin Hess declaró





en una entrevista sus motivos: «*Star Maker* es mi novela favorita con diferencia y llevo años intentando que la gente la lea». Preferencia e intención social, difícil ser más humano en una sola frase.

Como sugiere el pensador español Adolfo González Uzábal (1977-), nos hemos adentrado en la Era de las Preguntas y, en ella, lo importante es acertar a formular, sea a nosotros mismos o sea a otros, las preguntas precisas. Sólo las preguntas con sentido nos acercarán a las respuestas correctas. Será crucial la pregunta, más que el medio con el que le hallemos respuesta... sea leyendo los posos de café o interrogando a HAL 9000. El científico de computación holandés Edsger Dijkstra (1930-2002) afirmó que la pregunta de si un ordenador puede pensar no es más interesante que la pregunta de si un submarino puede nadar. Así opinaba también el escritor estadounidense Isaac Asimov (1920-1992). Lean su ensayo *Más pensamientos sobre el pensamiento*, incluido en la colección *El secreto del universo*, escrito nada menos que en 1983, y admírense de su perspicacia.

Echen un ojo a *Star Maker. The Visual Edition*. Les gustará. Les dejo un par de enlaces:

Perihelion Books
<https://payhip.com/PerihelionBooks>



Amazon

<https://www.amazon.com/dp/B0BFHJPGKP>



Como verán en el primer enlace, Kevin Hess ha usado parecida técnica para ilustrar también *La última y la primera humanidad*, también obra de nuestro buen Olaf Stapledon, así como *La Divina Comedia* de Dante Alighieri y *Utopía* de Thomas More. Quizá tenga nuevas obras en su cocina.

Kevin ha cedido para esta edición, desinteresadamente, el uso de algunas de sus imágenes. Las he convertido a escala de grises para ilustrar este libro, aunque les aseguro que en color son aún mejores. Muchas gracias, Kevin, por tu generosidad. Todo esto nos acerca más al Hacedor de Estrellas.

Rubene Guirauta

MUESTRA

SOBRE LA EDICIÓN DE MINOTAURO Y ÉSTA

HACEDOR DE ESTRELLAS FUE TRADUCIDO AL ESPAÑOL Y EDITADO POR PRIMERA vez por Minotauro en 1965. Minotauro fue una legendaria editorial argentina fundada en 1955 por Francisco «Paco» Porrúa (1922-2014), quien jugó un papel crucial en la ciencia ficción en español durante los años 50s y 60s del siglo XX. Desde 2008 Minotauro es un sello dentro de la Editorial Planeta.

Paco Porrúa salió casi de la nada y se convirtió en una gran figura de las letras en español. En 1955 leyó un texto en francés que sugería un futuro brillante para un «nuevo» género, la ciencia ficción, y que elogiaba en particular al escritor estadounidense Ray Bradbury (1920-2012). Leyó en inglés a este autor estadounidense y quedó fascinado. Entusiasmado, cansado de editar enciclopedias, vio claro el camino. Tras hacerse con los derechos de sus *Crónicas Marcianas* y algunos otros títulos fundó una editorial para publicar obras escogidas de ciencia ficción y fantasía, sobre todo anglosajonas. Así nació Minotauro. No es, por cierto, lo único brillante que Paco Porrúa hizo, pues también fue él quien impulsó las carreras de Julio Cortázar (1914-1984) y Gabriel García Márquez (1927-2014), entre otros.

Paco, capaz de leer en varios idiomas (español, inglés, francés, italiano, alemán y portugués, al menos), no era amigo de contratar traductores. Probablemente creía que nadie mejor que él comprendería a autores tan ajenos a la literatura que por entonces se traducían y editaban en español. Como le parecía poco creíble, o poco profesional, ser a la vez el propietario, el editor, el traductor y hasta el comercial de distribución (pues todo ello era), emplearía pseudónimo para sus traducciones.

Traducía diez horas al día, según declaraba. Y era perfeccionista. Opinaba de la traducción lo mismo que Paul Valéry (1871-1945) de los poemas: que nunca se terminan, sino que uno se cansa de ellos y los abandona. Aunque predispuesto a corregir infinitamente un texto, también sabía bastante sobre pagar facturas y nóminas, con lo que, antes o después, y mejor antes, había que mandar material a la imprenta.

Tradujo al español más obras maestras que nunca nadie antes. Entre otras: *La naranja mecánica* (Burgess), *El fin de la infancia* (Clarke), *Mercaderes el espacio* (Kornbluth y Pöhl), *El nombre del mundo es bosque* y *Los desposeídos* (Leguin), *Ciudad* (Simak), *Soy leyenda* (Matheson), *El hombre en el castillo*

(Dick), *El color que cayó del cielo* (Lovecraft), *Las sirenas de Titán* (Vonnegut), *El día de los trífidos* (Wyndham), *El hobbit* y *El Señor de los Anillos* (Tolkien), *Fahrenheit 451* y *Crónicas marcianas* (Bradbury) y, por supuesto, también *Hacedor de Estrellas* (Stapledon).

Casi nadie sabía que sus traductores eran todos el mismo (él), pues usaba multitud de pseudónimos. Y lo hizo de una forma deliciosa. Las traducciones que consideraba mejores las firmaba Francisco Abelenda (éste era su apellido materno). Las buenas, pero no excelentes, las firmaba Luis Domènech (apellido de su abuela paterna). Las notables las firmaban José Valdivieso o su igualmente imaginario hermano Joaquín Valdivieso. También tenía otros traductores para trabajos no tan logrados: Manuel Figueroa, Gregorio Lemos y Ricardo Gossey. Incluso en un caso especial usó a Ana María Valdivieso (acaso pariente de José y Joaquín). Pero todos ellos ocultaban a Paco Porrúa, propietario, editor, traductor y comercial de Minotauro.

La traducción de *Hacedor de Estrellas* en 1965 la firmó Gregorio Lemos. Señal de que Porrúa no estaba completamente satisfecho de su trabajo. Por un lado, no es una novela sencilla de traducir por la alambicada cosmogonía que trata y el ascetismo que subyace. Por otro, quizá pasó algo en su vida por aquel entonces. Desde que funda Minotauro edita un promedio de tres libros por año. Pero en 1964, ninguno, y en 1965 sólo *Hacedor de Estrellas*. Por lo que fuera, lo cierto es que no es una traducción al español redonda. Demasiadas construcciones suenan poco naturales. En ocasiones falta la palabra precisa. De vez en cuando hay que volver al comienzo del párrafo para tratar de comprender su sentido. No me malinterpreten, no por ello su edición deja de ser fabulosa. Cuando la leí por primera vez, siendo un adolescente, quedé fascinado y no dudé de la bondad de la traducción (eso no me llegaría hasta terceras o cuartas lecturas).

Ya una década antes Jorge Luis Borges (1899-1986) había prologado para Minotauro *Crónicas marcianas*. Porrúa le pide a Borges un prólogo para *Hacedor de Estrellas*. O tal vez éste se lo ofrece, pues Borges apreciaba a Stapledon y admiraba su obra (aunque no por eso dejaba de señalar sus limitaciones cada vez que podía). Ya años antes Borges había leído *Star Maker* y lo había reseñado favorablemente: «Baruch Spinoza, geómetra de la divinidad, creía que el universo consta de infinitas cosas en infinitos modos. Olaf Stapledon, novelista, comparte esa abrumadora opinión». Ciertamente la literatura de Borges enlaza perfectamente con la mística de Olaf Stapledon y escribe para Minotauro un prólogo generoso con la obra y generoso, casi entrañable, con el autor. «*Hacedor de estrellas* es, además de una

prodigiosa novela, un sistema probable o verosímil de la pluralidad de los mundos y de su dramática historia».

Hacedor de Estrellas fue un éxito de ventas y gustó también a los lectores ajenos al círculo de la ciencia ficción. No se puede decir que fuera un *best seller*, pero sí un *long seller*, lo cual es incluso mejor para los habitualmente vacíos bolsillos de un editor. Conoció numerosas ediciones y reimpressiones manteniendo siempre el mismo prólogo y la misma traducción (aunque seguro que Porrúa, de vez en cuando, iría limando por aquí y abriéndolo por allá). Ahora, tantos años después, me he atrevido en esta edición a traducir el texto inglés desde cero, a redibujar los tres apéndices, a cambiar de prologuista y a añadir imágenes.

Deseo al lector que en esta puesta al día de *Hacedor de Estrellas* hayamos sido de su agrado tanto el prologuista, Fred Azeredo (por cierto, argentino, como Porrúa y Borges), el ilustrador, Kevin Hess, cuya obra, *Star Maker. The Visual Edition*, he reseñado en este mismo volumen, y yo mismo, en un papel que remeda pobremente al de Porrúa. Si no hemos conseguido mejorar la edición de 1965, deseo al menos que hayamos conseguido proyectar nuevas luces sobre esta obra inmortal e inconmensurable que es *Hacedor de Estrellas*.

Rubene Guirauta

COLECCIÓN CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN

Editados:

- | | |
|----------------------------|----------------|
| 01. El metal de la Luna | G.P. Serviss |
| 02. Edison conquista Marte | G.P. Serviss |
| 03. El Segundo Diluvio | G.P. Serviss |
| 04. Hacedor de Estrellas | Olaf Stapledon |

Próxima aparición:

- | | |
|----------------------------|---------------|
| 05. Entre dos planetas | Kurd Lasswitz |
| 06. Un pionero del espacio | G.P. Serviss |

Planeados:

- | | |
|----------------------------|--------------------|
| 07. Muerte tornándose vida | Olaf Stapledon |
| 08. Lumen | Camille Flammarion |

EDICIONES

el

cilindro

www.elcilindro.com

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, en tal manera
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No tienes que me dar porque te quiera;
porque aunque cuanto espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

San Juan de Ávila (1500-1569)